

DESCUBRIMIENTO
Y CONQUISTA DE LA AMERICA,
O
COMPENDIO
DE LA HISTORIA GENERAL
DEL NUEVO MUNDO,

POR EL AUTOR DEL NUEVO ROBINSON:

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, CORREGIDO
Y MEJORADO

POR D. JUÁN CORRADI.

TOMO III.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

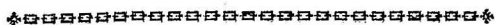
AÑO DE 1803.



FRANCISCO PIZARRO:•

Conquistador del Perú:•

T. III.º



RELACION XXXVII.

Concluida la relacion de la historia de la conquista de México y de casi toda la América septentrional, se pasáron algunos dias, sin que el padre se manifestase dispuesto á continuar con otra, porque se complacia en ver la impaciencia de los niños, que de continuo le importunaban para que les refiriese, conforme se lo habia ofrecido, lo que iba sucediendo en otra parte de la América, mientras Cortés estaba ocupado en la conquista de Nueva España. Por fin un dia, hallándose ya todos juntos, le preguntó Antonio, como el mas instruido en la geografia, ¿qué quien habia descubierto los vastos reynos de Chile y del Perú? Y como el padre estaba en ánimo de complacerlos, tomó pie de esta pregunta para tocar aquella materia, contestándole de esta manera.

EL PADRE. Ese descubrimient o será

(4)

el asunto de la primera relacion, con que daré principio á la historia que he resuelto contaros.

CARLOTA. ¿Y cuándo empezará vmd.?

EL PADRE. Así que vosotros queráis.

TODOS. Pues ahora, papá, ahora.

EL PADRE. Poco á poco, niños. Quando alguien aspira á conseguir algun fin, ¿no es regular que emplee los medios propios para ello?

FEDERICO. Seguramente.

EL PADRE. Pues es preciso que indique estos medios á esos dos niños recién venidos, supuesto que ya vosotros no ignorais lo que es menester hacer para obligarme á que os cuente algo.

JACINTO Y TEODORO. Muy bien, papá; nosotros nos avendremos á todo lo que sea del gusto de vmd.

EL PADRE. Para que yo haga lo que vosotros deseais, es preciso que esté contento, y tenga motivos de satisfaccion.

TEODORO. ¿Y para eso qué es lo

que nosotros hemos de hacer?

EL PADRE. Muy poco: dar bien la leccion, y cumplir exâctamente con vuestras obligaciones diarias.

JACINTO. Si no se requiere mas que eso, ya puede vmd. principiar quando guste.

EL PADRE. Pues he de complaceros, siendo yo el primero que empiece á desempeñar mi parte, á fin de que así tomeis exemplo vosotros, para desempeñar luego la vuestra.

Observóse desde el dia siguiente con exâctitud el convenio, esmerándose los niños en sus tareas, y dando el padre principio á su historia en estos términos.

La mayor parte de los acontecimientos, de que voy á hablaros, sucedió en la misma época, en que Cortés estaba inmortalizando su nombre con la conquista de Nueva España; por cuyo motivo es necesario que demos algunos pasos atrás, retrocediendo al tiempo en que aun no tenian los Europeos noticia alguna de México, para

coger el hilo de los extraordinarios sucesos que han de ocupar vuestra atención.

Ya os acordareis que el mismo Colon descubrió la costa del continente de la América, inmediata al Orinoco, sin embargo de que Americo Vespucci quiso apropiarse la gloria de tan notable descubrimiento. Tampoco os habreis olvidado de que aquel célebre navegante recorrió toda la costa del istmo, entre las dos Américas, septentrional y meridional, no solo desde la isla *Guanaja* hasta *Nombre de Dios*, sino más adelante, con la esperanza de hallar un paso para la India oriental por los mares del norte y del sur. No logró su intento Colon, y ya os constan los peligros á que se expuso, y los trabajos que padeció en aquel último viage. Despues de su muerte se presentáron sucesivamente los hombres mas extraordinarios, animados todos de un mismo espíritu, y todos con igual empeño de extender los descubrimientos, aunque con distintas miras. Alonso de

Ojeda, y Diego de Nicuesa se dirigieron desde luego al istmo del Darien, distrito que toma este nombre de un gran rio que desagua en el mar en aquellas inmediaciones. Hago mencion especial de estos dos navegantes, porque cada uno fundó una colonia, el primero con el título de S. Sebastian, y el segundo con el de Nombre de Dios. Desde ahora, hijos, tened cuidado de echar la vista al mapa, siempre que yo nombrare alguna provincia ó pueblo de que no tengais noticia, porque en adelante por no interrumpir la narracion, no haré mas que indicarlos.

MATIAS. Papá, ¿ cómo daría Nicuesa ese nombre tan particular á la poblacion que fundó?

EL PADRE. Contemplando aquel sitio á propósito para poblar, mandó que se detuviese su gente, diciendo: parémonos aquí en el nombre de Dios; y desde entonces quedó el establecimiento con tan respetable nombre. Eran los naturales de aquella costa

gente belicosa, y no dexáron de oponerse con las armas. Peleaban con flechas, que arrojaban con gran destreza, emponzoñando las puntas con yerbas, para hacer mas peligrosas las heridas; de suerte que todas, por pequeñas que fuesen, eran mortales. Por esta circunstancia, y la falta de víveres, pereció en poco tiempo la mayor parte de los soldados de Ojeda, quien de resultas tuvo que enviar á la Española á solicitar un refuerzo.

Mientras el Bachiller Martin Fernandez de Enciso pasa á practicar esta diligencia, os enteraré de algunas costumbres no menos bárbaras que extrañas de aquellos feroces salvages. Faltábales á muchos, así hombres como mugeres, la primera juntura de alguno de los dedos de las manos; y preguntando despues el motivo de semejante particularidad, se averiguó que habia una ley, que obligaba á todas las personas viudas á mutilarse de aquella conformidad. Reynaba otra costumbre no menos particular, pero mucho mas

cruel; y se reducía á enterrar, quando moria una viuda, á todos sus hijos, que por la edad no pudiesen alimentarse solos.

CARLOTA. ¡Jesus, qué crueldad!

FERNANDO. ¿Por qué harian eso?

EL PADRE. Porque nadie queria tomar á su cargo el darles de comer, y juzgaban cumplir con la compasion y la humanidad, librándolos del hambre, por medio de una muerte pronta; por lo qual los enterraban así que espiraba la que debia sustentarlos.

Pero volvamos ahora á Enciso, que ya venia de evacuar su comision. Traia consigo á un soldado, cuyo nombre se ha hecho harto célebre, para que pueda yo pasarle en silencio. Llamábase Vasco Nuñez de Balboa, y juntaba á los talentos militares de que estaba dotado un valor y una intrepidez sin límites. Resuelto á huir de la Española, donde se hallaba acosado por las muchas deudas, que habia contraido, discurrió ocultarse en una pipa, y hacerse llevar de este modo á la embar-

cacion de Enciso. Salióle tan bien la estratagema , que el Capitan no tuvo el menor indicio de aquel engaño , y él no se echó fuera de la pipa , sino despues de muchos dias de navegacion , quando ya estaban muy distantes de la costa. Irritóse Enciso al verle , y le amenazó con que le dexaria en la primera isla despoblada que encontrasen ; pero por fin , á instancias de la tripulacion se aplacó , y Balboa llegó de esta manera al Darien.

No tardó mucho en distinguirse por su prudencia , actividad y constancia. A insinuacion suya fundáron allí los Españoles á la boca del rio una poblacion , que aun en el dia se llama Santa Maria la Antigua del Darien ; y fue tanto el crédito que adquirió , que á poco tiempo pudo conseguir de sus compañeros que negasen la obediencia á Enciso , que mandaba en lugar de Ojeda , y le nombrasen á él por Gobernador. Desde entonces se esmeró en aprovechar todas las ocasiones para asegurarse mas en su puesto , y hacerse

memorable con algun descubrimiento útil, ó alguna conquista de consideracion. Con este objeto recorrió aquellas inmediaciones, sujetando con la fuerza una parte de los Caciques, y ganándose con medios mas suaves la amistad y benevolencia de la otra. Hallóse entre los últimos uno, llamado Comagre, que recibió á Vasco Nuñez y á sus compañeros con las mayores demostraciones de afecto. Reparando su hijo mayor en el aprecio que hacian del oro los Españoles, juntó una gran porcion de este metal, que entre ellos no tenia valor alguno, para obsequiarlos con semejante regalo. Y viendo que altercaban al repartirle, pesándole con demasiada escrupulosidad, arremetió enojado á las balanzas, y dando en ellas con el puño cerrado, desparramó todo el oro, diciéndoles, que no habia motivo para que riñesen por tan poca cosa; y que si tanta gana tenian de aquel metal, que por adquirirle inquietaban á las gentes pacíficas de aquellas tierras, desterrándose de las

suyas, les mostraría provincias, en donde pudiesen saciar sus deseos.

Excitáron la curiosidad y el ansia de los Españoles estas palabras del hijo de Comagre, y preguntándole cómo se llamaba ese país que producía el oro, respondió, que era un vasto y poderoso reyno, situado al sur.

ANTONIO. Ese sin duda sería el Perú.

EL PADRE. Con efecto; pero añadió el Indio, que no esperasen conseguir la entrada en aquella tierra con tan pocas fuerzas, porque tendrían que pelear con Príncipes poderosos y gente aguerrida, la qual mas allá de ciertas provincias navegaba en otro mar con navíos poco menores que los nuestros. Esta fue la primera noticia que hubo del Perú. Balboa á la verdad se conocía muy débil, para aventurarse desde luego á una expedicion tan vasta; pero ni sus compañeros se arredraron á vista de tantos obstáculos, ni él dexó de concebir el designio de emprender aquella arriesgada conquista, así que recibiese socorros de la Española.

Mas no tuvo efecto tan presto el descubrimiento del Perú , porque el navío, despachado por Balboa á la Española, naufragó en la costa de Yucatan ; y aunque la tripulacion tomó tierra, cayó luego en manos de los naturales, que sacrificáron la mayor parte, pereciendo la otra de hambre y miseria. Dos solos se libertáron; el uno fue Gerónimo de Aguilar.....

HENRIQUE. ¿El que halló despues en aquella costa Hernan Cortés?

EL PADRE. El mismo ; y pues ya sabeis sus aventuras, excusaré volveroslas á referir.

En vano aguardaba Vasco Nuñez, que volviese de la Española su navío; y para mayor desgracia le avisáron de España, que sus enemigos, y entre ellos el Bachiller Enciso, habian salido victoriosos en la Corte, logrando denigrar su conducta en términos, que mandó el Rey que se le tomase una cuenta exâcta y rigurosa de sus operaciones ; sin embargo, no flaqueó su constancia á vista de este accidente,

que habria amedrentado á otro qualquiera que no hubiese tenido una entereza igual á la suya.

Conocia que el único medio de reconciliarse con la Corte era aprovechar la especie que le insinuó el hijo de Comagre, y descubrir una tierra, que segun la descripcion que le hizo de ella, era superior á quantas se habian descubierto hasta entonces; pero ademas de que sus recursos eran sumamente limitados, se hallaba su corto ejército en el estado mas deplorable. ¿Cómo podia pues atreverse á invadir un reyno poderoso con un puñado de hombres casi desnudos y mal armados? No obstante, viendo que aquel era el único arbitrio para conseguir su intento, resolvió ponerle por obra, y supo comunicar á sus atrevidos compañeros su mismo ardor, y la inalterable intrepidez que le caracterizaba.

Componíase todo el ejército de ciento noventa Españoles, y algunos perros de ayuda; fuerzas bien desproporcionadas para tanto empeño.

Cumplió el hijo de Comagre su promesa de servirles de guia y ayudarlos con la gente de su padre; y sin mas dilacion se dió principio á la marcha.

RELACION XXXVIII.

EL PADRE. Aunque el fin del viaje de Vasco Nuñez fuese propiamente llegar al Perú con los pocos soldados que le acompañaban, tenia no obstante otras miras, cuyo logro no era para él de menos importancia. Con lo que le dixo el hijo de Comagre, tocante á que hácia el mediodia, á seis soles de distancia (que equivale á seis dias de camino), habia otro océano, que cercaba el pais del oro, adonde él ofreció conducir á los Españoles, llegó á figurarse con razon, que aquel nuevo mar habia de ser el que buscó inútilmente Colon, y por donde, navegando al oeste, se iria en derechura á la India oriental; y la esperanza de hacer un descubrimiento de esta na-

turalaleza, le indemnizaba de antemano de todos los males y peligros de aquella dificultosísima empresa.

NICOLAS. ¿Pues cómo era tan difícil atravesar un istmo tan angosto como el que separa los dos mares del norte y del sur?

EL PADRE. La naturaleza, para ponerle al abrigo de los embates de esos dos mares, le guarneció, digámoslo así, de una cadena de altísimas montañas, contiguas á las que se llaman cordilleras de los Andes, y cubiertas de bosques tan espesos, que solo pudiera penetrarlos el teson de aquellos esforzados Españoles. Y como regularmente en esas tristes regiones llueve nueve meses continuos, los valles que de trecho en trecho dividen las sierras, unos estan anegados, y otros llenos de pantanos intransitables. Es fácil inferir quan enfermo ha de ser un pais de tanta humedad, y la multitud de insectos y sábandijas que con precision debe engendrar. En efecto, hay una cantidad inmensa de lagartos y cule-

bras de todas clases : plagados estan los árboles de cierto género de hormigas que los destruyen ; é infestan la atmósfera bandadas interminables de mosquitos mucho mas grandes que los de Europa , y cuyas picaduras son peores que las de nuestras avispas. Despéñanse desde las cumbres de las montañas torrentes impetuosos que inundan los valles en términos , que cuesta grandes trabajos pasarlos ; y añadiendo á todos estos inconvenientes los que resultan de un ayre grueso y caliente , que no solo hace penosa la respiracion , sino que causa enfermedades peligrosas , y muchas veces la muerte , os hareis cargo del valor que se necesitaba para vencer tantos obstáculos con medios tan limitados.

Teniale Vasco Nuñez en todo aquel grado que era menester , y por consiguiente , sin hacer alto en las dificultades , se puso en camino . Tocó primeramente en la tierra de un Cacique , con quien se habia confederado antes : desde allí se adelantó hácia la

sierra , acercándose á los domiños de otro Cacique, el qual, aunque al pronto se puso en fuga, informado luego del intento de los Españoles, procuró grangearse su amistad, presentándoles todo el oro que pudo recoger; y ya por último principiaban á caminar por la sierra misma, quando advertido de su llegada un señor poderoso, que mandaba en aquel distrito, juntó á toda priesa un numeroso ejército para rechazarlos.

Avanzáron los Españoles con intrepidez , sin que los atemorizase la vista de aquel ejército formidable. Acercáronse algunos Indios á preguntarles el motivo de su viage, y á requerirlos, para que no pasasen adelante; pero viendo que no hacian caso, se presentó al frente el mismo Cacique , vestido de tela de algodón, al contrario de los demas, que venian en carnes, y al momento se adelantáron los Indios con ímpetu y grandes voces, en ademan de embestir á los nuestros. Mandó entonces Balboa, que los aguar-

dasen á pie firme; y llegados al alcance de las armas de fuego, hizo seña á los que las llevaban que disparasen. Fuéron tales el terror y la confusión que causó en aquella gente, así el estruendo de los arcabuces, como el ver caer los heridos, que echáron á huir con precipitación, sin atreverse á volver el rostro, pensando que los Españoles manejaban á su arbitrio los rayos y los truenos. Siguióse el alcance, y pereció la mayor parte de aquellos fugitivos, siendo víctima de los perros los que se escapáron de las espadas. Murió tambien el Cacique; saqueóse el pueblo de su residencia (si este nombre merecen quatro chozas), y el oro que cogiéron en esta ocasion los soldados, suavizó la amargura de aquellas incomodidades, animándolos á tolerar con firmeza lo que aun tenían que padecer antes que tocar al término de sus anhelos.

Dexó Vasco Nuñez en el pueblo recién conquistado á los enfermos, y prosiguió adelante con el corto resto

de su ejército, encontrando á cada paso inmensas dificultades. Pero el cuerpo y el alma de los Españoles parecian de acero; y tan inalterable era la constancia con que pugnaban con los obstáculos, que se hará increíble á todos los que sean delicados como nosotros. El hambre, la sed, el calor, el frio, y todas las incomodidades juntas de un camino penoso y casi intransitable, no fuéron capaces de detenerlos un punto. Vasco Nuñez era el primero que presentaba el pecho á los peligros; y sufriendo la intemperie del clima y la falta de alimento con la misma conformidad que el soldado mas ínfimo, infundia en los demas su mismo esfuerzo, y tanto los animaba su exemplo, que todos le seguian sin quejarse, á pesar de que parecia que se iba alejando cada dia mas el cumplimiento de sus deseos.

Hacia ya veinte y cinco dias que caminaban, y por la aspereza de la tierra no habian andado mas que lo que andaria en seis un hombre de un

paso regular por nuestros caminos de España, quando por fin llegaron á la falda de la sierra, desde cuya cumbre, segun afirmaba el hijo de Comagre, se descubriria el nuevo océano. Allí mandó Balboa hacer alto, y dispuso trepar él solo por la montaña, para no partir con otros el honor de tan importante descubrimiento. Seguiale con la vista todo el ejército, aguardando con impaciencia que llegase á la cumbre; en donde apenas puso el pie, quando, arrebatado de gozo, se dexó caer de rodillas, levantando las manos al Cielo, á manera de quien le da gracias por algun gran beneficio. Comprehendieron al momento los Españoles el motivo de aquella accion, y se apresuraron por subir á lo alto, para tomar parte en el júbilo de su Capitan, y gozar de aquella halagüena perspectiva, que por primera vez se presentaba á su admiracion.

Apenas viéron la vasta extension de aquel nuevo piélago, quando asombrados, no menos que enternecidos, se

arrodiilláron todos á imitacion del General, para dar las gracias al Ser supremo de un suceso, que los colmaria de gloria, y proporcionaria á su patria imponderables utilidades. Absortos estaban los Indios, sin poder comprender la causa de tanta alegría; y se aumentó sobremanera su asombro al ver las ceremonias con que en nombre de los Reyes de Castilla se tomó posesion de aquellas tierras, y del mar del sur que las bañaba. Levantó Vasco Nuñez en señal de dominio altos montones de piedras, plantó grandes cruces de madera, y escribió con un cuchillo en la corteza de muchos árboles el nombre del Catolico Rey D. Fernando, que aun vivia.

JACINTO. ¿Pues en qué año se hizo este descubrimiento?

EL PADRE. En el de 1513, á 25 de Setiembre, y por consiguiente cinco años antes que Hernan Cortés saliese de Cuba para ir á la conquista de México.

Concluidas las ceremonias, baxó

el ejército la sierra , venciendo nuevas dificultades ; y llegados á la orilla del mar , se metió Vasco Nuñez en él hasta los muslos , con la espada en la mano y la rodela en el brazo , y volviéndose á los circunstantes , dixo : que los llamaba por testigos , para que vieses como tomaba posesion de aquel mar y sus tierras por los Reyes de Castilla , cuyo derecho y propiedad defenderia cuerpo á cuerpo , y de qualquiera otro modo contra quantos se atreviesen á disputárselos.

Executóse este acto , que las costumbres de aquellos tiempos libertan de la tacha de ridículo , en una bahía cerca del istmo de Panamá. Observadla aquí en el mapa , inmediata á un golfo , el qual conserva todavía el nombre de San Miguel , que se le puso entonces , por haber entrado en él el dia de este Santo.

Por último , despues de haber Vasco Nuñez sujetado á varios Caciques , obligándolos á que le proveyesen de víveres , y le diesen oro , formó el de-

signio de recorrer en lanchas la bahía y las islas adyacentes, para tomar conocimiento de ellas y de toda la costa. Procuraron los Indios disuadirle de aquella empresa, haciéndole presente que era muy peligroso navegar por allí en aquel tiempo; pero despreciando Balboa la advertencia, se embarcó con ochenta hombres de los mas robustos, y muchos Indios remeros, resuelto á internarse con nueve miserables canoas en aquel mar inmenso que acababa de descubrir. Mas no tardó mucho en arrepentirse de su temeridad, porque de improviso se alteró el mar en tales términos, que toda la gente se reputó por perdida. Los mismos Indios estaban muy temerosos; sin embargo, arrojándose al agua con su acostumbrada destreza, ataron las canoas unas con otras, á fin de que no se trastornasen tan fácilmente. Con esto, despues de muchos sustos y trabajos, tomaron una isleta de peñascos, y saltando en tierra, aseguraron las canoas lo mejor que pudieron, aguar-

dando á que calmase la tormenta. Pero les duró poco el consuelo, pues creciendo por instantes el mar, cubrió enteramente la isla, y se hallaron toda la noche con el agua hasta la cintura, expuestos á ahogarse sin remedio, si la marea hubiese continuado creciendo. Por fin, quando Dios quiso pareció el día: sin embargo, tambien este alivio fue para ellos de corta duracion, porque quando acudiéron á sus canoas, encontraron algunas hechas pedazos; otras abiertas por muchas partes, y todas llenas de arena y agua, y absolutamente sin provisiones. No es fácil figurarse la angustia de aquellos desgraciados, al verse no solo pasmados de frio y sin víveres algunos, sino tambien sin embarcaciones para pasar al continente: de conformidad que parecia que no les quedaba recurso alguno para librarse de la muerte.

Peró ¿qué no puede la necesidad? ¿qué no discurre el temor? No desmayó Vasco Nuñez, ni se acobardaron los Españoles, á pesar de ser tan apu-

rada su situacion. Quitáron la corteza á unos arbolillos marinos, de que por fortuna abundaba la isla, y majándola, tapáron con ella y yerbas las hendeduras de las canoas que no estaban del todo abiertas. Con tan débiles embarcaciones se aventuráron otra vez á la inconstancia del mar, y de esta suerte tuviéron por fin la felicidad de alcanzar la playa.

No obstante, no estaban todavía libres de riesgos. Acosados por el hambre, se internáron en el pais, esperando encontrar vituallas en abundancia; pero el Cacique de aquella comarca, lejos de darles el socorro que necesitaban, los recibió con las armas, para obligarlos á que retrocediesen. Haciéndose cargo entonces los Españoles de que no habia mas remedio que sacar fuerzas de flaqueza, aunque hambrientos y extenuados, acometiéron á los Indios con tanto denuedo, que en breve tiempo los dispersáron, quedando hechos pedazos todos los que alcanzáron los perros, y herido el mismo Cacique.

De resultas de este sangriento combate se entablaron negociaciones de paz. Envió el Cacique á su hijo con víveres, oro y perlas, á cuya vista diéron los Españoles por bien empleados todos sus trabajos. Tres dias despues llegó el mismo Cacique en persona, y reparando en el aprecio que hacian del oro y de las perlas, puso en su noticia como el uno le producian en gran cantidad unas tierras situadas al sur, y las otras una isla, que solo distaba cinco leguas. Aconsejóles al mismo tiempo, que no se embarcasen para ella hasta pasado el rigor del invierno; y escarmentados los Españoles del riesgo anterior, tuviéron la prudencia de allanarse á seguir su consejo. Suplicáron pues de comun acuerdo al General, para que tratase de volver á la colonia; y viendo Balboa que casi todos estaban cansados y enfermos, acordó complacerlos. A fin de reconocer mejor la tierra tomó otro camino diferente; pero tan arduo y peligroso fue este como el primero : igual resistencia en-

contráron en los habitantes de las sier-
ras; y por último, no llegaron á Santa
María sino muy débiles y quebran-
tados.

Entre todos los compañeros de
Vasco Nuñez, que concurriéron á es-
ta memorable expedicion, sobresalió
cierto Francisco Pizarro....

TODOS. ¡ Ha, ya !

EL PADRE. Ahora se presenta por
primera vez en un teatro, donde pres-
to le veremos hacer el papel mas bri-
llante. Era Pizarro.... Mas no trastor-
nemos el órden de los sucesos. Vuel-
vo pues á coger el hilo de mi narra-
cion, prosiguiendo la historia del in-
mortal Vasco Nuñez de Balboa.

Lo primero que hizo entonces, fue
despachar á España á un amigo suyo,
llamado Pedro de Arbolancha, con la
noticia al Rey de aquellos nuevos des-
cubrimientos, y parte del oro y de las
perlas que traxo de su viage, á fin de
conseguir un refuerzo de mil hombres,
que habia solicitado antes, para em-
prender con ellos la conquista del Pe-

rú, de que ya tenia noticias circunstanciadas.

Recibiéronse en la Corte con grande alegría las que remitió Vasco Nuñez, porque el descubrimiento de un camino mas recto para la India oriental, infundia esperanzas de penetrar con mas facilidad en aquel rico pais, y disputar á los Portugueses los tesoros que hasta entonces habían disfrutado.

Pero ¿quién creerá que los mismos motivos que contribuyéron á las desgracias de Colon, concurriéron entonces tambien para que se procediese con Balboa de un modo contrario á lo que merecian sus servicios? Temiendo el Rey, que sería arriesgado encargar el gobierno de todas aquellas tierras á un hombre tan intrépido y valiente, determinó fomentar la empresa, pero al mismo tiempo nombró á otro por Gobernador del Darien en lugar de Vasco Nuñez.

ALGUNOS. ¡Qué lástima!

EL PADRE. De aqui tuviéron origen sus desgracias, y mañana vereis el fin

inmatureo de este héroe, que seguramente puede compararse con los mas grandes que nos presenta la historia.

RELACION XXXIX.

Llegada la hora del recreo , volvió el padre á coger el hilo de su narracion, continuándola de esta manera.

Pedrarias Dávila , ó Pedro Arias de Avila, que así se llamaba el nuevo Gobernador del Darien, era hombre de ilustre nacimiento, de bella presencia, y de un trato y unos modales sumamente atractivos; pero á estas calidades exteriores no correspondian las de su corazon. Diéronsele, para continuar la conquista comenzada por Balboa, diez y siete navíos de gran porte, y mil y doscientos hombres, á los quales se agregáron voluntariamente trescientos nobles, estimulados del deseo de distinguirse en una expedicion de tanta importancia. Gastó el Rey en esta ocasion cincuenta y quatro mil du-

cados, cantidad en aquellos tiempos exôrbitante.

Así que entró aquella crecida armada en el golfo de Urabá, á legua y media del Darien, despachó Pedrarias un expreso á Vasco Nuñez con el aviso de que habia llegado para sucederle en el gobierno. Creyó desde luego el mensagero, que le encontraria rodeado de toda la pompa correspondiente á sus hazañas, y quedó absorto quando halló aquel Vasco Nuñez, de quien tanto se hablaba en Europa, vestido sencillamente de tela de algodón y con alpargatas, ayudando á unos Indios que le estaban techando su casa de paja. Hablóle Balboa con un desembarazo, de que no podia ofenderse la sumision; sin embargo, no dexó de extrañar aquella novedad: los mismos soldados la reprobáron; y no faltó quien le aconsejase á resistirse con las armas. Pero aunque él á la sazón se hallaba con quatrocientos cincuenta hombres, criados y curtidos en trabajos, incluidos ciento y cincuenta que recibió de

la Española, reputó por acción impropia de su nobleza vengar un agravio con una infidelidad, y de consiguiente el resumen de su respuesta fue, que él y toda su gente estaban resignados á la voluntad del Rey, y obedientes á sus mandatos.

Con efecto, estando ya cerca el nuevo Gobernador, salió Vasco Nuñez á recibirle. Presentóse con grandes demostraciones de respeto, ofreciéndose á servirle y obedecerle; y Pedrarias en pago de tanta generosidad, no solo ordenó, pocos dias despues, al Licenciado Espinosa, que le tomase rigurosa residencia, sino que luego le mandó prender, imponiéndole una multa muy quantiosa, con el pretexto de que se habia apropiado injustamente aquel gobierno, usurpándosele á Enciso. Grande fue el sentimiento de Vasco Nuñez al verse privado en un momento del fruto de sus largos sudores; no obstante, era tal la grandeza de su ánimo, que sufrió tambien esta injusticia con la mayor entereza.

Por desgracia llegó Pedrarias al Darien, justamente en aquella estacion lluviosa, que solia causar tantas enfermedades, y no tardó su gente en experimentar los efectos de un clima, que aun para los naturales no dexaba de ser funesto. Morian los Españoles á centenares; y los que tuviéron bastante robustez para resistir á las enfermedades, no tardáron en verse reducidos á los últimos extremos por falta de víveres, de comodidades y de asistencia. Suscitóse por tanto un descontento general, y desvanecidas ya las esperanzas de enriquecerse, instaban todos al Gobernador para que les facilitase el regreso á España, lo mas presto que fuese posible. Pedrarias para apaciguarlos se valió de un medio, no menos fatal para la colonia, que para los naturales, permitiéndoles que invadiesen todo el pais, así para buscar bastimentos, como para adquirir oro; y fue tan grande el exceso con que se abusó de este imprudente permiso, que desde luego se puede asegurar que no lo

hubo mayor en ningun tiempo.

Extendiéronse los Españoles por toda aquella tierra, penetrando hasta las provincias mas remotas, y cometiendo todo género de excesos, sin respetar ni siquiera los pueblos con quienes se había confederado Balboa. Sintiólo él en el alma; y viendo muy próxima la ruina de aquellos establecimientos, de que se prometia infinitas utilidades, y que tantos sudores le habian costado, no pudo menos de dar cuenta al Rey de los desaciertos de Pedrarias. Conoció entonces la Corte su error en haber preferido un palaciego sin experiencia, ni conocimientos, á un soldado de capacidad y mérito; y para remediarle en parte, nombró á Vasco Nuñez Adelantado del mar del sur, y Vice-Gobernador de la provincia de Panamá, con orden expresa á Pedrarias de que le diese todo el auxilio que hubiese menester, y no emprendiese cosa alguna sin su dictámen.

Esta disposicion, que á la verdad no podia ser mas acertada, solo contri-

buyó á aumentar el odio y la envidia de Pedrarias, el qual no pudiendo rehusarse á obedecer las órdenes del Rey, trabajaba de oculto para destruir á su rival. Tuvo con él varias competencias, hasta mandarle prender, y ordenar que le encerrasen en una jaula de madera; pero últimamente por mediacion de Fray Juan de Quevedo, Obispo del Darien, se reconciliáron; y Pedrarias, para disimular mejor la falsedad con que procedia, aparentó quererle casar con una hija suya, que tenia en España. Vasco Nuñez por el contrario, olvidó con la franqueza y generosidad de un soldado las ofensas recibidas, depuso todo rencor, y solo se ocupó en los medios de proporcionar al Rey y á la patria la posesion de los inmensos tesoros del Perú. Consiguió con efecto, despues de imponderables riesgos y trabajos, embarcar á trescientos hombres en quatro bergantines, que mandó construir, venciendo dificultades casi insuperables; y con estas fuerzas se atrevia á pensar en

la conquista del imperio mas poderoso del Nuevo Mundo.

Ya iba á dar la vela, quando recibió una carta de Pedrarias, en que le mandaba que antes de emprender su viage, pasase á verse con él, porque tenia que comunicarle asuntos de mucha importancia. Obedeció Vasco Nuñez sin rezelo alguno; pero no tardó en saber la intencion de Pedrarias, y encontrando en el camino á Francisco Pizarro que iba á prenderle, le dixo: ¿Qué es esto, Francisco Pizarro? No soliais vos salir así á recibirme. Llegó por fin á Aclas, pueblo donde residia entonces Pedrarias; el qual anhelando por deshacerse de un hombre, cuyos talentos y hazañas excitaban en sumo grado su baxa envidia, dispuso al punto que le pusiesen preso, y ordenó al Licenciado Espinosa, que por todo el rigor de justicia procediese contra él, como que meditaba proyectos contrarios al servicio del Rey. Sustancióse en breves dias la causa, y se le impuso la pena de muerte. En vano pidieron

por él los soldados, el mismo Juez y toda la colonia. No hubo remedio: Pedrarias se mantuvo inexôrable, y el desgraciado Vasco Nuñez de Balboa dexó la cabeza en un cadalso.

TODOS. ¡Qué dolor!

TEODORO. ¿Y á ese perverso Pedrarias no se le castigó luego?

EL PADRE. No, hijo.

TEODORO. ¿Pues cómo? ¿no llegó á noticia del Rey semejante maldad?

EL PADRE. Sí, supo el Rey lo que habia sucedido; pero disfrazáron el hecho con tales apariencias de justicia, que no solo quedó sin castigo la muerte del ilustre Vasco Nuñez, sino que su asesino prosiguió pacíficamente en su gobierno.

JACINTO. Apuesto yo no obstante á que no habrá dexado de sufrir el castigo de aquella injusticia.

EL PADRE. Sin duda le sufriria allá donde pesa Dios las acciones de los hombres, y del mismo modo premia las que merecieron recompensa, y no la obtuviéron, que castiga los delitos

que aquí quedáron impunes.

Retardo este suceso todavía por algunos años la conquista del Perú: porque como Pedrarias no tenia suficiente capacidad para emprender en persona aquella expedicion, y qualquiera otro que tuviese los talentos necesarios no se atreveria á sobresalir baxo el mando de un xefe tan envidioso y de tan dañada intencion, no se hizo otra cosa mas que proseguir recorriendo las tierras del istmo y vexar á los naturales. Entretanto, contemplando Pedrarias que la situacion de Santa María era muy enferma, y deseando por otro lado hacerse visible, pidió licencia para trasladar la colonia al poniente en la costa del mar del sur, con lo qual echó los primeros cimientos de una ciudad, que luego por su comercio fue largo tiempo uno de los principales establecimientos de la América.

NICOLAS. Esa, si no me engaño, ha de ser Panamá.

EL PADRE. Cierto: vedla aquí cer-

ca de este grande istmo, que tiene su mismo nombre.

FEDERICO. ¿Pues cómo en el mapa del golfo de México está repetido el nombre de Panamá?

EL PADRE. Es necesario que repares que cerca del primero dice antigua, y es allí donde la fundó Pedrarias: el otro señala el sitio donde subsiste en el día.

MATIAS. ¿Con qué hay dos ciudades llamadas Panamá?

EL PADRE. No, porque la antigua el año de 1670 la atacó un pirata ingles, llamado Juan Morgan, y la reduxo á cenizas; y como entonces se tuvo por conveniente reedificarla, y darla aun mejor situacion que la que tenia, se eligió un sitio cerca de la boca de un rio, que se llama el rio grande, y allí se fundó la nueva ciudad de Panamá. Os he dicho que fue por mucho tiempo una de las plazas de mas comercio del Nuevo Mundo, porque antes era el emporio de todas las mercancías que de Europa pasaban á la América del

sur, y de las que de esta venian á Europa. Enviaban los comerciantes del Perú y de Chile el oro, las perlas, el cacao, la quina, y las demas producciones de aquella parte del mundo á Panamá, para pasarlas por el istmo á Portobelo. Allí se recibían los géneros europeos; despues los transportaban por el mismo camino á Panamá, desde donde se repartian luego para el Perú y para Chile: de esta suerte venia á ser Panamá el punto de reunion de este importante tráfico entre la Europa y nuestras Américas, y por consiguiente es fácil inferir el lugar que ocuparia entre las ciudades de comercio.

ANTONIO. ¿Y en qué consiste que en el dia no está tan floreciente?

EL PADRE. En que desde que los Ingleses nos tomaron la Jamayca, principiaron á hacer en toda aquella costa un comercio de contrabando, que causó al nuestro un perjuicio notable.

CARLOTA. ¿Qué quiere decir de contrabando?

EL PADRE. En muchos paises el go-

bierno prohíbe con penas rigurosas la introduccion de ciertas mercancías, ya sea porque juzga conveniente no permitir su consumo, ya porque quiera reservarse la utilidad de traerlas y despacharlas por su cuenta, y estos géneros prohibidos son los que se llaman de contrabando. Los que tratan de introducirlos en el Reyno, en que no se permite su entrada, tienen precisamente que hacer un comercio clandestino, esto es, entrarlos á escondidas. Así lo executan los Ingleses, doblando el cabo de Hornos..... Es regular que entendais lo que quiero decir.

JUAN. Sí, señor: aquí está inmediato á la tierra del Fuego, en este extremo de la América meridional.

EL PADRE. Muy bien. Unos para doblarle suelen pasar por fuera de la isla de los Estados, y otros, aunque son los menos, por el estrecho de Maire, formado, como podeis verlo, por esta isla y la tierra del Fuego. Navegan luego el mar del sur arriba, hasta que encuentran un parage á pro-

pósito para desembarcar sus géneros, y recoger otros. Es verdad que se toman diferentes precauciones para evitar este fraude, siendo una de ellas la de mantener ciertas embarcaciones, llamadas guarda-costas, las quales cruzan continuamente por aquellas inmediaciones; pero los contrabandistas caminan con tanta cautela, que por lo regular eluden la vigilancia de los navios que los persiguen.

Con la paz de Utrek se aumentó la decadencia de nuestro comercio de América. Ya sabreis á qué guerra puso fin esta paz.

ALGUNOS. A la que comunmente llamamos la guerra de sucesion.

EL PADRE. Perfectamente. Por un tratado particular, que se concluyó entonces con los Ingleses, se les concedió en virtud de asiento, que ellos solos proveyesen de esclavos negros nuestras posesiones de las Indias occidentales, y ademas se les permitió enviar anualmente á nuestras Américas un navío de quinientas toneladas con

mercancías. Este último artículo, que parecia de ninguna entidad, vino á ser luego de gran consecuencia por el abuso que hicieron de él los Ingleses; porque el navío de quinientas toneladas, se convirtió poco á poco en uno de mil; y para aprovecharle mejor llevaban los víveres en otros buques menores. Tambien estos transportes no tardaron en mudar de destino, mediante á que los Ingleses diéron en cargarlos de géneros, que transbordaban luego al navío principal, á medida que despachaban los que llevaba. Este contrabando pues, y la navegacion mas frecuente al mar del sur, deterioraron en tales términos nuestro comercio, que necesariamente tuvieron que decaer Panamá y Portobelo.

LUISITO. ¡ Vaya que papá no se ha apartado poco de su historia!

EL PADRE. Tienes razon; y es tanto lo que me he separado de ella, que necesito bastante tiempo para recoger el hilo de los sucesos que tengo que referir. Hasta mañana pues, hijos míos.

RELACION XL.

EL PADRE. **E**a, niños, ya estoy en el camino de que antes me separé; si gustais proseguiré adelante en línea recta.

TODOS. Nos hará vmd. mucho favor

EL PADRE. Ocupóse Pedrarias por el discurso de algunos años en edificar su nueva ciudad, y sujetar á los Indios que habitaban el istmo, que, como hemos visto, separa los dos mares del norte y del sur. El gran proyecto de Balboa, tocante al Perú, quedó estancado, y solo en el año de 1524 esto es, á los seis de haber dado principio Cortés á la conquista de México, fue quando se volvió á tratar de él. He aquí como ya he llegado felizmente á la época que debia concluir la anterior relacion.

ALGUNOS. ¡Oh! ya estamos con Pizarro! con Pizarro!

EL PADRE. Sí, con Pizarro.

TODOS. ¡Qué bueno!

EL PADRE. ¡Ay, hijos! me es muy sensible tener que deciros, que las acciones de este conquistador no merecerán siempre vuestra aprobacion. Os dexará admirados sin duda su inalterable entereza; celebrareis la constancia con que hizo frente á las dificultades y á los trabajos; mas de una vez os estremecereis al oír los peligros de que le libertó su valor, asistiéndole una prudencia y una actividad, de que ofrece pocos exemplos la historia; pero no bastan todas estas calidades para formar un hombre enteramente apreciable. A la verdad, desearia yo pasar por alto algunas circunstancias, que seguramente deslustran la gloria de nuestro héroe; pero no me lo permiten la veracidad y exâctitud histórica que me he propuesto. Sin embargo, la imparcialidad será siempre mi norma, como lo ha sido hasta ahora, sin apartarme jamas de nuestros historiadores de mas opinion; y lejos de abultar los excesos, pintándolos con colores odiosos, como suelen practi-

carlo los enemigos de nuestras glorias, me ceñiré á exponerlos con la sencillez propia de un historiador, que no lleva otro fin que la utilidad pública. Pero para que yo principie mi narracion, me habeis de prometer antes, que los extravíos agenos os servirán de mayor estímulo para no perder de vista jamas en vuestras acciones la probidad y la honradez, pues sin estas dos calidades todas las demas cambian de naturaleza, y vienen á ser lo propio que una espada en las manos de un frenético, que en vez de usar de ella con oportunidad, la emplea contra su próximo, y á veces contra si mismo. ¿Os acomoda la condicion?

ANTONIO. No puede ser ni mas justa, ni mas acertada.

TODOS. Gustosos nos conformamos.

EL PADRE. Pues baxo este supuesto voy á empezar.

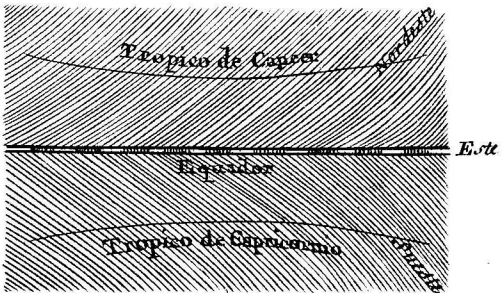
Entre los que se establecieron en Panamá con Pedrarias, se hallaban tres hombres célebres, que desde ahora

ocuparán ya vuestra atención. Llamábase el primero Francisco Pizarro, el segundo Diego de Almagro, y el tercero Hernando de Luque. Francisco Pizarro era hijo natural del Capitan Gonzalo Pizarro, quien le hubo en una mugér, cuyas circunstancias parece no serían muy recomendables, quando todo el elogio, que hace de ella la historia, se ciñe á decirnos que era cristiana vieja. Nació en Truxillo, ciudad de Extremadura, y fue tan poco lo que cuidó su padre de su educación, que, segun refiere uno de nuestros historiadores, la primera ocupacion de sus tiernos años fue guardar puercos. De esta suerte, creciendo como planta sin cultivo, no es de extrañar que careciese luego de algunas de aquellas calidades, que solo se adquieren por medio de una esmerada crianza. No obstante, á pesar de tan humildes principios, y de la profunda ignorancia en que se crió, experimentaba en su interior una suma repugnancia á tan baxo exercicio; y estimulándole

su inclinacion á cosas mayores, desamparó un dia la manada, y se escapó á Sevilla, donde se hizo soldado. Sin embargo, pareciéndole tambien esta carrera demasiado limitada, dirigió las miras á un teatro de mayor capacidad; y á imitacion de otros aventureros de aquel siglo, puso el pensamiento en el Nuevo Mundo, que Colon acababa de descubrir, y no sosegó hasta hacer en él uno de los mas brillantes papeles.

Distinguióse desde luego baxo las órdenes de Vasco Nuñez de Balboa; y á pesar de que no sabia siquiera leer, tuvo á su cargo algunas expediciones particulares. Su cuerpo endurecido en las fatigas era insensible á las incomodidades y á los trabajos; y como ademas tenia un corazon en que no cabia el temor, se arrojaba á los mayores peligros, manteniéndose siempre al frente de sus soldados, á quienes animaba con continuos exemplos de intrepidez y valor. En suma, procuraba por todos medios suplir con la aplicacion la falta de buenos principios; y quando

Tomo 3.^o



echó de ver que solo la actividad y la prudencia podian sacarle de la obscuridad en que habia nacido, se esmeró en adquirirlas en sumo grado, á fin de practicarlas luego en las ocasiones, en que pudiesen traerle alguna utilidad. Así lo consiguió; y este hombre, que antes estaba exerciendo el mas vil ministerio, llegó poco despues á mandar á los demas, y á ser uno de los personajes mas célebres de su siglo.

La misma suerte, poco mas ó menos, tuvo Diego de Almagro con respecto á su nacimiento y educacion. Fruto de ilegítimo comercio fue el primero, y el segundo una de aquellas desgraciadas criaturas, á quienes sus padres, ó bien por necesidad, ó por falta de cariño, abandonan á la caridad del público. Desde luego fue soldado como Pizarro, y la misma inclinacion le llevó á la América, que regularmente era entonces el único recurso de los que no tenian otro. Iguales eran en valor, intrepidez y entereza, solo que Almagro excedia sobremanera á Pizar-

ro en franqueza y sinceridad.

No os diré mucho de Hernando de Luque, porque solo consta que era un clérigo de grandes facultades, y Maestrescuela de la Iglesia de Panamá.

Movidos los tres de la simple fama que entonces habia del Perú, resolvieron emprender su conquista. Para esto hicieron compañía, jurando en público, y otorgando escritura de no separarse por gastos ni desgracias que en la empresa les sucediesen; y obtenidos de Pedrarias los despachos correspondientes, acordaron que Francisco Pizarro, como el mas experimentado, dirigiria la expedicion: que Diego de Almagrõ se encargaria de los víveres y pertrechos; y que Hernando de Luque, ademas de suministrar el dinero necesario, permaneceria en Panamá al lado del Gobernador, para ocurrir á lo que fuese menester.

Consistian todas las fuerzas formidables, con que se trataba de sojuzgar el vasto Imperio del Perú, en ciento catorce hombres y un solo navío. En

él salió de Panamá Francisco Pizarro, haciendo rumbo al sur, el dia 14 de Noviembre del año de 1525.

Desde ahora, hijos míos, necesitamos el mapa de la América meridional, y por esta razon voy á tenderle aquí delante de nosotros. Empieza la América meridional en el istmo de Panamá, y se extiende, como veis, hasta la tierra del Fuego. La primera provincia mas abaxo del Darien es la tierra firme; sigue despues por la parte del sur el Perú; luego el Reyno de Chile, y finalmente las tierras Magallánicas, ó de los Patagones, separadas de la tierra del Fuego por el estrecho de Magallanes.

CARLOTA. ¿Por qué llamáron á esa la tierra del Fuego?

EL PADRE. Llamóla así el famoso Portugues, Hernando de Magallanes, descubridor del estrecho de su mismo nombre, porque quando la vió la primera vez, advirtió en ella de noche muchos fuegos, que quizá serian volcanes.

LUISITO. ¿Y no los hay en el día?

EL PADRE. Es regular que aquella fuese una casualidad, ó que ya sus montañas hayan cesado de arrojar llamas, pues los viageros modernos no hacen mencion de semejante circunstancia.

Conociáse tan poco entonces el clima de la América meridional, que nuestros Españoles escogieron la estacion mas peligrosa para navegar en aquellos mares.

MATIAS. ¿Pues cómo?

EL PADRE. Porque se hicieron á la vela en el tiempo justamente, en que se oponian á su rumbo los vientos periódicos.

NICOLAS. Yo entendia que entre los trópicos el viento era siempre uno mismo, esto es, que no corrian otros mas que los que se llaman generales; y como aquel país está situado entre los trópicos, creí que no reynarian mas vientos que estos.

EL PADRE. Muy bien; pero es necesario que sepas, que esos vientos ge-

nerales corren solo en alta mar, y no guardan la misma uniformidad cerca de la costa del continente. Si quereis oirme, os enteraré brevemente de la naturaleza de los varios vientos que dominan en el globo.

ALGUNOS. ¡Oh! con mucho gusto, papá.

JACINTO. Tanto mas que yo no tengo la menor nocion de esos vientos, ni de otros muchos, de que oimos hablar con frecuencia en el trato comun.

EL PADRE. Atencion pues, y os aseguro, que lo que os voy á decir os parecerá sumamente claro y fácil de comprender.

Entre los trópicos, y aun algunos grados mas afuera, al norte y al sur, corre en alta mar un viento siempre uniforme é invariable. Este viento en toda aquella extension, en que el sol dirige sus rayos perpendicularmente á la tierra, es del este; mas arriba al norte, hácia el trópico de Cáncer, se convierte en nordeste, y mas abáxo al sur, hácia el trópico de Capricornio, se

vuelve sueste. He aquí los vientos generales de que hemos hablado, que solo corren en alta mar, y que se pierden á sesenta, y muchas veces á cien leguas de distancia del continente.

ANTONIO. Ahora comprendo por que se dividen las Antillas en islas de sotavento é islas de barlovento.

EL PADRE. ¿Y en qué te figuras tú que consiste esa distincion?

ANTONIO. En que las islas de barlovento quizá se llaman así, por llegar á ellas los vientos generales antes que á las otras, que probablemente toman la denominacion de sotavento por estar mas al oeste.

EL PADRE. Atended, hijos, esto merece que lo tengais presente; tanto mas que quién sabe quando se ofrecerá volver á hablar de ello.

FERNANDO. ¿Pero cuál es la causa de esos vientos generales?

EL PADRE. Espero que me será fácil hacerosla comprender. ¿Qué sucede en invierno, quando se abre el balcon de un quarto muy abrigado?

TEODORO. Que entra al instante una gran porcion de ayre frio.

FERNANDO. ¿Y por qué?

NICOLAS. Eso ya nos lo explicó papá. Porque siendo el ayre del quarto caliente y abrigado mucho mas rarefacto ó enrarecido, y por consiguiente menos denso, y mas sutil que el exterior, no puede hacer resistencia á este último, que sin obstáculo se introduce así que se abre el balcon.

EL PADRE. Con efecto. Pues lo mismo se verifica con el ayre entre los dos trópicos. En algunas partes, esto es, en aquella extension del globo, que se llama Zona Tórrida, hiere el sol directamente, como por línea perpendicular, y en otras mas distantes llegan los rayos con menos fuerza y en direccion mas obliqua. Por esto en las primeras, que es entre los trópicos, los rayos del sol calientan el ayre mas que en las otras que no estan comprehendidas entre estos dos círculos, de lo qual resulta, que enrareciéndose, y por consiguiente atenuándose con esto aquel

ayre, se introduce en él para restablecer el equilibrio el ayre exterior como menos enrarecido y mas denso; y como el sol camina, ó parece que camina de oriente á occidente, es forzoso que el ayre inmediato llegue por dos lados, y penetre en línea obliqua: y así el que se introduce por la parte septentrional toma la direccion de un viento nordeste, y el que se introduce por la parte del mediodia toma la de un viento sueste, como podeis enteraros de ello por medio de esta figura, en la qual supongo el equinoccio, tiempo precisamente en que el sol se halla sobre el equador.

MATIAS. Pero ¿por qué esos vientos generales cesan al acercarse al continente?

EL PADRE. Dime, ¿por qué en ocasiones suelen ciertos canales tener la corriente tan lenta é insensible, que sus aguas parecen estancadas, á manera de las de un lago?

MATIAS. Eso dimana de que entonces estan cerradas las esclusas.

EL PADRE. Del mismo modo, y por la misma razon se detienen los vientos generales, quando llegan á la tierra firme, porque las montañas son las esclusas que se oponen á su curso, el qual cesa ó se debilita, no solo en las inmediaciones de la costa, sino mucho mas lejos, así como los canales, quando estan cerradas las esclusas, disminuyen su corriente, no tan solo en el parage en que encuentran resistencia, sino mucho mas arriba.

Ademas de estos vientos generales, que suelen llamarse tambien brisas, hay otros que corren invariablemente en ciertos mares en tiempo determinado. Comprehendense estos baxo la denominacion genérica de vientos periódicos, y los mas notables entre ellos son los monzones.

FERNANDO. ¿Qué vientos son esos?

EL PADRE. Unos que por el espacio de cinco ó seis meses corren hácia una misma parte, y despues se mudan en contrario tambien por tiempo determinado. Tengo especie de haber leído,

que tomáron el nombre de un antiguo piloto de este apellido, por haber sido el primero que los observó; pero un autor Inglés atribuye á otra causa el origen de este nombre. Reynan regularmente en la costa de la China, y en varias partes de los mares de la India. Siempre que mudan de direccion, causan grandes tormentas y huracanes; pero ya los navegantes conocen los parages en donde se verifican estos accidentes, y el tiempo en que suceden, y saben evitarlos.

Hay otra especie de vientos periódicos, y son los que se mueven en ciertas horas determinadas. Reynan estos con especialidad en las costas de México, y del Congo en Africa. Durante el día, se experimenta por la parte del mar un viento, que los marinos llaman birazon, y luego por la noche corre por la parte de tierra otro que se llama terral. Lo propio sucede en la isla de Santo Domingo, con la diferencia que el viento este, que allí viene del mar, se levanta á cosa de las ocho

ó nueve de la mañana, y por la tarde entra el oeste, reynando una calma general antes de que se ponga el sol y despues de puesto.

La última especie de vientos, que dominan en nuestro globo, se compone de los que son peculiares á la Europa, conocidos con el nombre de variables. Soplan estos tan presto de un lado, tan presto de otro; ya son frios, ya calientes; ya secos, ya húmedos; y tan inciertas son las causas que los producen, que no es fácil señalarles reglas fijas y generales.

Me persuado, hijos míos, que no os habrá desagradado que me haya detenido tanto tiempo en una materia, que os dará una idea mas clara y extensa del globo en que vivimos; porque despues del conocimiento de Dios, de los hombres y de nosotros mismos, digo que no hay otro mas útil que el de nuestra patria comun, que es la tierra.

Con esta explicacion os formareis tambien una idea de las dificultades y

peligros de la navegacion, antes que se conociesen estos vientos, su naturaleza, sus diferentes cursos y sus periodos, en lo qual solo pudo imponer a los hombres una larga y penosa experiencia. No os será difícil comprender igualmente, como ignorando Pizarro todas, ó la mayor parte de estas circunstancias, escogió el tiempo mas contrario á su navegacion, supuesto que dió la vela precisamente en la estacion en que los vientos periódicos corrian del sur al norte.

Mañana os diré qual fue el éxito de su viage.

RELACION XLI.

EL PADRE. **E**l mismo accidente que ayer me impidió que continuara la relacion del viage de Pizarro, fue tambien para él un obstáculo, pues halló los vientos opuestos al rumbo que llevaba. Por fin, despues de haber ido navegando largo tiempo, despues de haber padecido por espacio de setenta días

os mayores trabajos, se encontró pocas arribas de las islas de las Perlas, que aquí veis en el golfo de Panamá; travesía que en el día se hace en pocas horas.

Recaló en diferentes parages, para reconocer aquella costa; pero todo lo que advirtió fue tan poco favorable, que se hubiera desanimado qualquiera que no hubiese tenido un espíritu igual al suyo. En unas partes se ofrecían á la vista de los Españoles bosques impenetrables, y tan antiguos como la tierra que los produjo; en otras se presentaban pantanos intransitables, y provincias enteras anegadas, y de todas acudían numerosas quadrillas de feroces salvages, que se manifestaban dispuestos á rechazar á aquellos pocos extrangeros. Al paso que los mantenimientos iban á menos, se multiplicaban los peligros y las incomodidades, y no parecía ni el mas mínimo indicio de aquellos tesoros, que ocupaban la imaginacion de los soldados. Por último, llegó la penuria á tal extremo, que la gente

tuvo varias veces que alimentarse de cortezas de árboles, raíces y yerba. De resultas de estas calamidades, agregadas á la intemperie de un clima húmedo y malsano, murió una gran parte del ejército, quedando los demas tan quebrantados y enfermos, que Pizarro se vió en la precision de retroceder para aguardar el refuerzo que habia de llevarle Almagro; y con este objeto hizo rumbo á Chicama, frente de la isla de las Perlas.

Diego de Almagro, en efecto, habia juntado setenta y quatro hombres mas, y con ellos salió de Panamá en busca de su compañero. Por desgracia no dió con él, porque persuadido á que Pizarro habria llegado ya á la tierra de sus anhelos, se dirigió en derecha á aquella parte, y hasta despues de mucho tiempo no supo sus desastres. Encontró igual resistencia en los habitantes de la costa; y habiendo perdido un ojo en uno de aquellos reencuentros, resolvió dar la vuelta; pero como en una de las islas de las Per-

las recibiese noticias individuales del paradero de Pizarro, se puso inmediatamente en camino para alcanzarle.

El placer que experimentáron los dos al verse, les hizo olvidar las angustias pasadas, infundiéndoles tales alientos, que sin titubear un punto determináron volverse á embarcar para proseguir la empresa. Pero para poder intentarla con mejor éxito, volvió Almagro dos veces á Panamá por socorros; y habiéndose juntado de nuevo con Pizarro, camináron adelante con suerte mas favorable; porque aunque es cierto que halláron los mismos obstáculos que antes, consiguieron con su valor y constancia aportar á la bahía que llamáron de San Mateo, cerca de la costa de Quito, y tomáron tierra en Tacamez, pueblo inmediato á la boca del rio de las Esmeraldas.

¡Quan diferente era esta tierra de toda la que habian andado hasta entonces! Quito, ademas de ser la provincia mas grande y mas bella del Perú, es al mismo tiempo la mas deliciosa

del mundo; porque sin embargo de que está debaxo de la línea equinoccial, goza de un temple tan blando y apacible, que reyna en ella una perpetua primavera, cuyas delicias realizan las que atribuye la fábula al siglo de oro.

NICOLAS. ¿Cómo es que Quito logra semejante ventaja, siendo así que no sucede lo mismo con los demas paises que estan debaxo de la línea?

EL PADRE. Eso, segun algunos, consiste en la elevacion que tiene aquel suelo, respecto de la superficie del mar: tambien lo causa en parte la inmediacion de los Andes, en donde en todo el año hay nieve y yelos, y en parte el mar del sur que baña aquella costa. De donde quiera que sopla el viento, trae siempre una frescura agradable: el cielo es claro y despejado, y el ayre tan puro, que al respirarle parece que infunde robustez y salud, sin que le infeste la muchedumbre de insectos, en que abundan casi todas las demas provincias de América. Allí la tierra ofrece un seno inagotable, pues

en ella todo prevalece, todo prospera, y todo se multiplica extraordinariamente; de conformidad que en esta especie de paraíso terrenal reynan juntos la primavera, el verano y el otoño, viéndose á un mismo tiempo árboles que brotan, otros con flor, y otros con fruto. Sin embargo.....

CARLOTA. ¡Qué hermosa tierra! Allá, papá, habíamos de ir nosotros.

EL PADRE. ¡Ola! ¿lo dices de veras? Pues oye. La Providencia, para no dar á ese país una preferencia tan absoluta, y precaver que los hombres se entregasen allí con exceso á los placeres de un mundo, que solo deben contemplar como una escuela destinada para perfeccionarlos, y hacerlos dignos de los bienes eternos, equilibró las delicias, de que acabamos de hablar, con otras incomodidades, siendo una de las mas notables las espantosas tormentas, que á menudo interrumpen en la mitad del dia la serenidad de aquel cielo. Obscurecen de improviso el horizonte pardas y densas nubes, que

anuncian ciertos huracanes que no conocemos acá en nuestra Europa, y al divisarlas se asustan con razon los hombres y los animales. A los continuos relámpagos, á los rayos que sin cesar rasgan las nubes, y á los repetidos truenos, que desde los montes mas altos retumban en los valles, se siguen en algunas partes del Perú violentos terremotos, que las mas veces causan terribles estragos. Por fortuna preceden á estos asoladores fenómenos ciertas señales que dan campo á los habitantes para evitar su total exterminio.

FEDERICO. ¿Quáles son esas señales?

EL PADRE. La principal es un intenso ruido, formado en las concavidades ocultas de la tierra, que se dexa sentir como cosa de un minuto antes que se experimenten las concusiones, y parece que no fixo en la parte donde se forma, corre subterráneamente. Á esta se siguen las demás, como al de las aves, que como aturdidas revolotean de una á otra parte sin tino ni direccion, tropezando en los árboles y

en las paredes. Los perros, siendo los primeros que le conciben, empiezan á ladrar con desaforados aullidos: las bestias que andan por las calles se paran, y con natural instinto se abren de piernas, precaviéndose así contra los vay-venes para no caer. Al primero de estos anuncios que la gente llega á sentir, dexando sus casas, sale despavorida á la calle, buscando en ella la seguridad que no tiene en aquellas; y lo executan con tanta precipitacion, que no reparando en nada, se dexan ver en ellas de la misma forma que los encontró el aviso. Entonces el llanto de los niños, los lamentos de las mugeres, las tinieblas que cubren la tierra, el bramido de los vientos enfurecidos, y en fin, el entero trastorno de la naturaleza presentan el espectáculo mas horrible y lastimoso. Lima, la capital del Perú.....

ANTONIO. ¡Ay! ya sé que los temblores de tierra han causado muchas veces grandes daños en esa ciudad.

EL PADRE. Sí; hasta que por fin en

el año de 1746 la reduxéron á un monton de escombros; y el mar, que salió de su centro, se llevó en una noche el Callao, puerto á corta distancia de Lima, casi sin dexar vestigio de su existência.

FERNANDO. ¿Y no han sido reedificados esos dos pueblos?

EL PADRE. Lima lo ha sido enteramente, y con precauciones mas acertadas que las anteriores, pues en lugar de edificios altos y sólidos, en que hacen mayor estrago los temblores de tierra, se han construido al estilo del pais casas de un solo cuerpo, y por consiguiente menos expuestas á que las derriben los terremotos. ¿Y ahora, Carlota, quieres que vayamos á Quito?

CARLOTA. No, señor; no quiero nada con los temblores de tierra.

EL PADRE. Ciñámonos pues á trasladarnos allá solo con el pensamiento, para ver lo que hiciéron Pizarro y Almagro, despues de haberse juntado la última vez.

Al advertir los Españoles la ame-

nidad de aquel pais delicioso, los vestidos de lana y algodón que llevaban los naturales, y la plata y el oro con que se engalanaban, tuvieron por cierto que ya habian llegado al término de sus anhelos. Sin embargo, como las enfermedades y los trabajos de tan dilatada peregrinacion habian disminuido considerablemente su número, no se atrevieron por entonces á internarse en el Perú. Por fin, despues de haberlo consultado con madurez, acordaron que Almagro volviese á Panamá por nuevos refuerzos, y que Pizarro entre tanto le aguardaria en la isla del Gallo, que vemos aquí á corta distancia de la tierra firme. Partió Diego de Almagro; pero al llegar á Panamá, encontró grandes mudanzas, porque ya no gobernaba Pedrarias, sino cierto Pedro de los Rios, el qual, tanto por ser hombre apocado, quanto por tener noticia de los inmensos trabajos que estaban padeciendo los que permanecian con Pizarro, no solo se opuso á que se hiciese mas gente para aquella

expedicion, sino que tambien despachó un navío con un tal Juan de Tafur, á fin de que se traxese inmediatamente á Pizarro y á sus compañeros.

Llegó Tafur á la isla del Gallo; ¿y qué os parece á vosotros que sucedió?

HENRIQUE. Que Pizarro se volvió á Panamá.

EL PADRE. No por cierto.

FEDERICO. Que se apoderó de la embarcacion, y marchó en derechura al Perú.

EL PADRE. Tampoco. Lo que hizo Pizarro fue negarse absolutamente á cumplir la órden del Gobernador, á pesar del dictámen de su gente, desalentanda ya, y abatida por las incomodidades pasadas; y sacando la espada con entereza y resolucion, trazó una raya en el suelo, diciendo, que los que quisiesen acompañarle se quedasen en el lado donde él estaba, y que pasasen al otro los que quisiesen marcharse. Apresuráronse todos entonces á pasar la raya, y solo quedáron con él trece

Españolés y un Mulato, los quales, animados con el exemplo de su Capitan, se ofrecieron á seguirle adonde quisiese hasta morir. Con este corte número de fieles y valerosos soldados, resolvió el inflexible Pizarro aguardar lo que daban de sí su fortuna, y el zelo de sus asociados, Almagro y de Luque.

JACINTO. Díganos vmd., papá, ¿ qué es un Mulato?

EL PADRE. Que te lo diga Federico.

FEDERICO. Mulato se llama el que ha nacido de negra y blanco, ó al contrario.

EL PADRE. ¿ Quieres saber ahora que es un mestizo?

JACINTO. Con mucho gusto.

EL PADRE. Se aplica este nombre al que ha nacido de padres Indios y Europeos.

CARLOTA. Creia yo que ese era un criollo.

FEDERICO. ¡ Qué disparate! Solo se denominan así los hijos de Europeos, nacidos en América.

CARLOTA. Es verdad, ya me acuerdo.

EL PADRE. ¿Y ahora quién de vosotros sabrá decirme cómo se llaman en el Perú los que habiendo nacido en Europa, se han establecido luego en América?..... ¿Qué? ¿ninguno lo sabe? Yo os lo diré: se llaman Chapetones, y es la clase mas estimada; siguen despues los Criollos; luego los Mulatos, y luego los Negros; de suerte que los Indios son de todos los habitantes de la América los que menos se aprecian..... Pero volvamos á nuestra historia.

Como la isla del Gallo por su proximidad al continente, no ofrecia un asilo demasiado seguro, y carecia por otra parte de agua dulce, determinó Pizarro pasar á otra isla, que él mismo habia descubierto antes, y á la qual llamó la Gorgona, con relacion á la vista espantosa que presentaba. Empezó su travesía en una barca tan frágil y maltratada, que estuvo varias veces á pique de perderse: sin embargo, tuvo la felicidad de tomar tierra;

y desde luego dió principio á un género de vida capaz de aburrir y despechar á qualquiera otra gente, que fuera menos intrépida y menos endurecida en los trabajos.

Convienen todos los viageros en que la isla Gorgona, situada sobre tres grados de latitud septentrional, es la tierra mas mala del mundo. Espanta el ver la lóbrega espesura de sus bosques, y la elevacion de las escarpadas montañas que la ocupan. Su temperamento es enfermo en extremo. Allí jamas se ve el sol, ni dexa de llover, y en ninguna otra parte hay mayor abundancia de insectos. Juntando vosotros á todas estas incomodidades una falta absoluta de víveres, y el temor de no salir jamas de aquel penoso destierro, comprehendereis quan grande sería el valor y la constancia de Pizarro y de sus compañeros, pues quisieron mejor quedar desterrados en aquella espantosa morada, que desistir de su intento.

Lo primero que hicieron fue labrar una canoa para salir á pescar. En

esté exercicio y en el de la caza se ocupaba el mismo Pizarro con el mayor ardor , por mantener á sus valientes compañeros , sin que le arredrasen las continuas lluvias , las tempestades , ni la ordinaria incomodidad de los mosquitos , y demas insectos que infestaban la isla. A pesar de tanto esmero mūchos cayéron enfermos , y otros , débiles y extenuados , hubieran perecido infaliblemente sin la asistencia de su Capitan , cuyo cuerpo parecia de bronce.

Al cabo de cinco meses de angustias , viendo que no parecia navío alguno , principiό á faltarles la paciencia ; y ya desēsperados , trataban de construir una balsa para aventurarse al mar con tan débil embarcacion , é intentar volver á Panamá , quando divisáron á lo lejos un navío , que á velas tendidas hacia rumbo á la isla , en donde luego dió fondo. Es inexplicable el gozo que experimentáron aquellos Españoles , cuya alegría se aumentó sobremanera , quando supiéron que

aquel socorro lo enviaban Diego de Almagro y Hernando de Luque, quienes habian conseguido inclinar al Gobernador á que favoreciese su empresa.

¿Quién creería que una gente que acababa de padecer tantos males, pudiese tomar otra determinacion mas que la de volver en derechura á Panamá? Pero no sucedió así; porque aquellos hombres de una masa, al parecer diferente de la de los demas, olvidáron al momento todas las adversidades pasadas; y manteniéndose en su antiguo propósito, se embarcáron con admirable espíritu, haciendo rumbo, no á Panamá, sino al sur hácia el Perú.

Ya no hay remedio, hijos míos: la suerte de aquel imperio está decidida. Con efecto, á los veinte y un dia de navegacion, llegó Francisco Pizarro á aquel parage de la costa del Perú, en que está situado Tumbes, y dió fondo en aquella bahía.

Dexemosle pues que descanse: descansemos nosotros tambien, y mañana continuaremos.

RELACION XLII.

EL PADRE. Apenas surgió nuestro Pizarro en la playa de Tumbes, acudieron muchos Indios, admirados de ver la nueva construccion del navío, y á los hombres blancos y barbados que iban en él. Ausentáronse poco despues con gran precipitacion, y fuéron á dar cuenta de aquella novedad al Caciqué, el qual envió inmediatamente diez ó doce balsas con víveres y bebidas en cantaros de oro y plata, convidando al mismo tiempo á los Españoles á que pasasen al pueblo, donde encontrarian todo quanto pudiesen necesitar.

La vista de tantas riquezas excitó á la verdad en el ánimo de los nuestros vivos deseos de admitir el ofrecimiento; pero guiándose Pizarro por su acostumbrada prudencia, no permitió que saliesen á tierra mas que un soldado y un negro, á fin de que recono-

tiesen el país. Apenas dexáron los dos el navío , quando se viéron cercados de una infinidad de Peruanos, cuya admiracion estaba indecisa entre el Europeo y el Africano; siendo ambos para ellos un objeto pasmoso, de cuya existencia jamas habian tenido la idea mas remota.

CARLOTA. ¿Pues de qué color tienen el cútis los Peruanos?

EL PADRE. De color de cobre; y así por esta razon, como por ser el color obscuro mas fuerte, diéron la preferencia al negro, á quien mandáron lavar varias veces, para ver si se le aclaraba el cútis, quedando cada vez mas abortos al notar la inutilidad de sus tentativas.

Todo quanto advirtiéron los dos exploradores, confirmó en ellos la opinion que tenian de las grandes riquezas de aquella tierra; pues no solo viéron á los naturales con diferentes joyas de oro y plata, sino que reparáron que en las casas se servian para los oficios mas comunes de vasos de estos mismos

metales; y tanto los vestidos de lana y algodón que llevaban, como otros varios objetos, labrados con arte é inteligencia, les diéron á conocer que aquellos pueblos eran mucho mas cultos é ilustrados que todas las demas naciones de la América.

FERNANDO. ¿De donde sacarían la lana los Peruanos, no teniendo ovejas?

EL PADRE. Aunque es cierto, que no las habia en el Perú, se criaba otro ganado lanar, que tenia mucha semejanza con ellas, y que aun no conocian los Españoles.

NICOLAS. Yo bien sé qué especie de ganado era.

EL PADRE. Veamos.

NICOLAS. Los llamas.

EL PADRE. Con efecto. ¿Y cómo lo sabes?

NICOLAS. Todavía me acuerdo que quando nos referia vmd. las aventuras de Robinson, nos dixo que el llama se criaba en el Perú.

EL PADRE. Celebro que no te se haya olvidado; mas yo no tengo presen-

te si os indiqué entonces sus diversos nombres.

HENRIQUE. Sí señor. ¿No se llama tambien carnero del Perú?

FEDERICO. Y tambien guanaco.

EL PADRE. El guanaco propiamente es otro animal, que aunque parecido al llama en quanto á la figura y demas calidades, se diferencia de aquel en que es bravo, menos lanudo, y de color de castaño claro, al contrario del doméstico, que los hay de diferentes colores. Fuera de España creo que le llaman tambien carnero camello, porque se asemeja alguna cosa al uno y al otro. En efecto tiene la lana parecida á la del primero, y el pescuezo muy largo y arqueado como el segundo. Su cabeza es pequeña y semejante á la del caballo; y quando está irritado escupe al rostro, por una hendedura del labio superior la comida hecha estiércol. No obstante que su corpulencia no pasa de la de un venado regular, es de muchísima utilidad, no tanto por el vellon y la carne, que es excelente, quan-

to porque sirve para llevar cargas. Trepa por las sierras mas altas con dos quintales de peso encima; y aunque es bastante tarde, suple esta falta la seguridad de su paso. Por lo que toca á la comida, se sustenta con la yerba del campo; y aguanta la sed mucho tiempo, á causa de la humedad interior de que abunda. Suele caminar quatro ó cinco dias sin hacer parada; pero llegando á cansarse, se echa en el suelo, y entonces son inútiles quantas diligencias se practiquen para que se ponga de pies, siendo tal su tenacidad, que segun dicen, consiente que le maten antes que levantarse. Los Peruanos hacian mucho aprecio de esta clase de animales, tratándolos con extremo cariño, y solian celebrar con grandes regocijos el dia en que por primera vez sujetaban al trabajo á alguno de ellos. Convidaban á los parientes y amigos, cantaban y baylaban, y de quando en quando interrumpian el bayle y el canto para ir á acariciar al llama, á quien tenian engalanado ya

de antemano con cintas y flores. Dos dias duraba la funcion , pasados los quales , principiaban á servirse de él, dexándole los adornos de su inauguracion, hasta que ellos mismos se le iban cayendo.

Ademas del llama tenian los Peruanos la vicuña , especie de cabra montes de tan exquisita lana , que aun en el dia se hacen de ella los mejores paños que se conocen.

JUAN. ¿Por qué no habrán traído á Europa unos animales de tanta utilidad?

EL PADRE. Creo que se ha probado varias veces con los llamas; pero no ha sido posible extender su casta, porque se han muerto al paso que han llegado á España: lo qual, á mi parecer, se debe atribuir al clima demasiado ardiente; por lo que juzgo, que solo quizá vivirian y se propagarian en los paises del norte. Pero ya basta de esto: volvamos á nuestra historia.

Lo que mas llamó la atencion del Cacique de Tumbes fue el arcabuz

que llevaba el Español, y manifestó deseos de conocer el uso que hacian de él. Satisfizo el soldado su curiosidad, apuntando á un tablon, y le pasó de parte á parte. Al estruendo cayéron unos al suelo sin sentido, otros prorumpiéron en gritos, y el Cacique quedó tan admirado, que mandando traer una copa de un vino á su estilo, le echó por el cañon, diciendo: bebe, bebe, pues es tal el rumor que haces, que te pareces al trueno del cielo.

Por estos y otros informes circunstanciados que recibió Pizarro de sus dos mensageros, se convenció de que seria temeridad acometer con un puñado de gente á una nacion tan culta y poderosa como aquella, y de consiguiente tuvo que desistir por entonces de su empresa, ciñéndose á costear el pais, á fin de reconocerle mejor. Con este objeto mandó levantar anclas, para continuar su rumbo al sur.

Surgió de nuevo en Payta, puerto situado sobre cinco grados de latitud meridional, que es como si dixé-

ramos cien leguas mas al sur de la línea. Ya se habia extendido la voz por toda aquella costa de que andaban los Españoles en ella con un navío, y que eran blancos y con barbas: que no hacian mal, que no robaban, ni mataban, sino que daban lo que traian, y eran piadosos y humanos, y otras cosas semejantes, que así lo juzgáron entonces los Indios por lo que viéron en Tumbes; y esta fama fue de tanta utilidad para ellos, que en todas partes los recibieron los naturales con las mayores demostraciones de aprecio, agasajándolos á su estilo, proveyéndolos de víveres en abundancia, y manifestando el mayor sentimiento quando los veian partir. Atraído de tanto candor un marinero llamado Bocanegra, determinó quedarse en aquella deliciosa tierra; y quando Pizarro envió por él, halláron que los Indios le llevaban en andas con gran regocijo, procurando persuadirle con halagos y caricias á que no mudase de parecer, y fuéron inútiles quantos esfuerzos se hicieron

para apartarle de la resolución de establecerse entre aquellas gentes ; y aunque yo he registrado con prolixidad á nuestros historiadores, no me ha sido posible averiguar si despues se llegó á saber con certeza el fin que tuvo, porque algunos suponen que murió de muerte natural ; y otros que le mataron luego. Por último, navegando Pizarro continuamente al sur, llegó á Santa, puerto que podeis ver en el mapa. Allí pidiéron los soldados volver á Panamá, y él accedió á sus instancias con ánimo de juntar mas gente para emprender luego la conquista del pais que habia descubierto. Toda esta vasta extension de tierra aun no se llamaba Perú. Los primeros que le diéron este nombre general fuéron los Españoles, tomándole, segun la opinion mas comun, de un rio llamado Birú.

Las pruebas incontrastables que presentó Pizarro de las inmensas riquezas de aquellas dilatadas comarcas, consistian en vasos de oro y plata, en telas de

algodon y de lana, y en unos quantos llamas. Traxo consigo igualmente algunos muchachos, naturales de aquella tierra, á fin de que aprendiesen el idioma castellano, y pudiesen despues servirle de intérpretes en la expedicion, que se proponia emprender quanto antes; pues se lisonjaba de que el Gobernador Pedro de los Rios, al ver el oro, y con la noticia de las riquezas del Perú, se prestaria á favorecer una empresa de tanta consideracion. Pero quedáron frustradas sus esperanzas, porque el Gobernador, hombre cauto y dificultoso, advirtiendo por una parte que una nueva leva debilitaria su colonia, y rezelando por otra, que aquellòs hombres atrevidos al verse dueños del pais, para cuya conquista solicitaban auxílios, pudiesen alzarse con él; se negó absolutamente á concedérselos. Sintiéron sobremanera los tres compañeros semejante contratiempo; y sin embargo de que se hallaban muy empeñados, y casi sin recursos, estaban tan firmes en su pro-

pósito, que lejos de perder el ánimo, los estimulaban mas las mismas dificultades. Conociendo pues que no les quedaba otro arbitrio que el de acudir directamente al Rey, acordáron que Francisco Pizarro pasase á España á manifestar su proyecto, y á solicitar auxilios para ponerle en execucion.

Con efecto, así que pudiéron juntar el dinero necesario para los gastos, se verificó el viage. Presentóse Pizarro en la Corte del Emperador Cárlos V (que ya reynaba en España) con una ostentacion que dexó admirados á todos los que tenian noticia de sus humildes principios. Hizo desde luego una relacion individual de lo que habian padecido, y gastado sus dos compañeros; ponderó las riquezas y la situacion ventajosa del nuevo Reyno, que se proponia someter, y concluyó poniendo á los pies del Emperador los regalos que traia, como pruebas convincentes de lo que afirmaba.

Tal impresion hizo en el Rey y en sus Ministros el razonamiento de Pi-

zarro, que no solo le recibieron con las mas expresivas demostraciones de aprecio, sino que inmediatamente se le concedió licencia para conquistar la tierra que habia descubierto. Y aprovechándose entonces Pizarro del favor que el Rey le manifestaba, pidió, y obtuvo no solo el cargo de Gobernador y Capitan general de aquella tierra, sino tambien la dignidad de Adelantado, no obstante que al partir de Panamá ofreció solicitarla para su amigo Diego de Almagro.

FERNANDO. ¡Qué accion tan fea!

EL PADRE. Seguramente que en eso procedió Pizarro con mucha baxeza; pero ya os he prevenido, que en el discurso de su vida hallareis otros lunares de esta clase, que afearán sus bellas calidades, y merecerán la reprobacion de todo hombre de bien; y sin duda os lastimareis de que un hombre de tanto valor y talento, no tuviese igual rectitud y delicadeza.

JACINTO. Es regular que tampoco se acordase de Hernando de Luque.

EL PADRE. Sí se acordó; porque como el estado de Hernando de Luque no podia infundirle zelos, agenció para él la dignidad de Obispo de todo el pais; y para mientras llegaban las Bulas de Roma se le confirió el título de Protector general de los Indios con dos mil ducados anuales de pensión, hasta tanto que hubiese diezmos con que dotar aquel cargo.

Por uno de los artículos de la capitulación, que hizo Pizarro con el Rey, se obligaba á salir de estos Reynos dentro de seis meses con los navíos y pertrechos necesarios para la conquista, y doscientos y cincuenta hombres. Sin embargo, por limitados que fuesen estos aprestos, con que pretendia conquistar uno de los mayores Imperios del mundo, eran no obstante muy superiores á sus facultades. Por fortuna acababa de llegar á España Hernan Cortés á sus pretensiones, y tanto porque conocia á Pizarro antes de la conquista de México, quanto por ser afecto á todos los espíritus arrestados,

le prestó el dinero necesario para juntar un cuerpo de ciento veinte y cinco hombres. Con ellos dió la vela á escondidas, porque habia orden de no dexarle salir, si no llevaba el número de gente y las prevenciones que habia estipulado, y con esta formidable armada hizo rumbo al Darien.

Acompañábanle quatro mancebos de grande valor y espíritu, á saber, Francisco Martin de Alcántara, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, todos hermanos suyos, el primero por parte de madre, y los demas por parte de padre, con la diferencia de que Gonzalo era hijo legítimo del Capitan Pizarro, y los otros dos solo lo eran naturales, lo mismo que Francisco Pizarro.

El qual, llegado al golfo de México, hizo rumbo á Nombre de Dios, desde donde se dirigió en derechura á Panamá. Saliéron á recibirle sus asociados; pero el placer que experimentó Imagro al verle, y al saber el éxito favorable de sus pretensiones, se disi-

pó inmediatamente que tuvo noticia de la mala fe con que habia procedido.

Resolvió desde luego apartarse del trato con un hombre que le habia faltado en aquellos términos; pero ablandado por las instancias de Hernando de Luque, y los ofrecimientos del mismo Pizarro, que le prometió que renunciaria en él la dignidad, que en cierto modo le habia usurpado, entró de nuevo en el antiguo convenio. Desde entonces se dió calor á la expedicion, principiando los tres compañeros á entender con eficacia en los preparativos correspondientes; y ya.....

Y ya es tiempo de recogernos, dijo la madre, advirtiéndole que habian dado las once. Con esto suspendió el padre la relacion, sin acabar siquiera el período, y todos se retiraron para ir á descansar, segun lo tenian de costumbre.

RELACION XLIII.

El dia siguiente, viendo el padre la impaciencia con que los niños aguardaban la continuacion de su historia, sin otro preámbulo, dió principio á la relacion en estos términos.

Todas las fuerzas, que con gran trabajo consiguiéron juntar los tres compañeros, consistian en tres buques de mediano porte, ciento ochenta y cinco hombres, y treinta y siete caballos. Con ellos se hizo á la vela Francisco Pizarro á principios del año de 1531; y aunque á la verdad estas fuerzas eran muy limitadas, suplían al corto número de la gente su disciplina, el valor que la animaba, y aquel entusiasmo que vale mucho mas que la muchedumbre. Contaba Pizarro con no tomar tierra hasta Tumbez; pero se lo impidiéron los vientos contrarios, y tuvo que aportar á la bahía, que en el primer viage llamáron de San Mateo.

Dista Tumbez de este parage como unas cien leguas. Acordó Pizarro andarlas por tierra, pareciéndole que encontraría menos obstáculos; pero es imponderable lo que padeció en esta penosa travesía por la aspereza y esterilidad del pais, y los grandes rios y esteros que hallaba á cada paso. Sin embargo, ni todo el inmenso océano era capaz de arredrar á un hombre tan intrépido y resuelto; é infundiendo en sus soldados el mismo ardor de que él estaba poseido, proseguian todos caminando con la mayor entereza, á pesar de que á las referidas incomodidades se agregaba una escasez tan grande de víveres, que solian pasar muchos dias sin encontrar mas que yerba y frutas silvestres. Hambrientos, desnudos y extenuados, llegaron por fin á un pueblo, llamado Quaque, situado casi debaxo de la línea, en una provincia del mismo nombre. Allí no solo hallaron bastantes víveres, sino que tambien recogieron mucha plata y oro, y una cantidad inmensa de esmeraldas,

de que habia grandísima abundancia en aquella tierra.

FEDERICO. Quizá por eso llamarían río de las Esmeraldas al que baña aquel país.

EL PADRE. Con efecto. Fue tanto pues el placer que causó en los Españoles semejante despojo, que se olvidáron enteramente de las angustias pasadas, y propusieron seguir á su Capitan, adonde quiera que tratase de conducirlos. No era menos el gozo de Pizarro al ver realizada en parte la halagüeña descripción, que de aquella tierra habia hecho á sus compañeros, y pensó desde luego en aprovecharse de tan favorable suceso, y atraer con este nuevo cebo nuevos refuerzos á su ejército, que así por los trabajos padecidos, como por las enfermedades propias de aquel clima, se hallaba sumamente disminuido. Despachó por lo tanto dos navíos, uno á Panamá, y otro á Nicaragua con sugetos de su satisfaccion, encargándoles que publicasen las ventajas de la empresa, acredi-

tándolas con parte de las riquezas que habian adquirido, y con veinte y quatro ó veinte y cinco mil ducados en oro, que envió á Diego de Almagro, para que tuviese con que socorrerle.

MATIAS. Si no me engaño, papá, me parece que aun no hemos oido hablar de Nicaragua.

EL PADRE. Creo que no. Volvamos pues á ver el mapa del golfo de México. Toda esta provincia, que se halla entre Honduras y Veragua, se llama Nicaragua. Allí envió Francisco Pizarro uno de los navíos, mientras el otro hacia rumbo á Panamá, continuando él entretanto su marcha por la costa, con un atrevimiento, de que hay pocos exemplos en la historia.

Alcanzóle en Puerto Viejo, provincia que aquí veis en el mapa, un socorro de treinta hombres y doce caballos, que traia de Nicaragua Sebastian de Belalcázar, soldado de gran valor y experiencia; y con este débil refuerzo prosiguió adelante con tanta osadía, como si se le hubiese juntado

un ejército de cien mil combatientes. Amedrentados los naturales, desamparaban sus hogares, al paso que se acercaban los Españoles, quienes infundiendo por todas partes terror y espanto, llegaron por fin cargados de despojos frente la isla de Puná, situada en el golfo de Guayaquil. Desde luego determinó Pizarro, aunque contra la voluntad de los soldados, pasar á conquistarla, no tanto por el oro y la plata que decían habia en ella, quanto porque habiendo tenido noticia de que sus habitantes eran belicosos, y enemigos de los de Tumbez, pensaba confederarse con ellos, á fin de que en caso necesario favoreciesen su entrada en aquella tierra. Empezó pues aquella travesía en balsas, que mandó construir al intento; y no solo estuvo varias veces á pique de perderse en el paso, pues dista Puná mas de doce leguas del continente, sino que encontró en ella una resistencia que no esperaba.

En los varios reencuentros que tu-

vo con sus moradores, perdió quatro Españoles, y hubo muchos heridos, entre los quales lo fue gravemente en una rodilla Hernando Pizarro; sin embargo, tuviéron por fin que ceder los Indios; pero no obstante, á pesar de la superioridad de las armas y de la táctica europea, se tardó mas de seis meses en sojuzgarlos.

Llegó en este tiempo Hernando de Soto con otro socorro de hombres y caballos; y aunque á la verdad no era en sí de mucha consideracion, le hacian muy apreciable las circunstancias. En efecto, esto bastó para que el atrevido Pizarro resolviese pasar á Tumbez, con ánimo de internarse luego en un imperio; que sin duda tenia mas leguas de circunferencia, que soldados el ejército que él mandaba.

Con este fin se embarcó otra vez en sus balsas para el continente, y despues de muchos trabajos aportó á Tumbez, con el desconsuelo de ver que le habia precedido la fama de sus excursiones, y que ya aquellos Indios

mirában á los Españoles como enemigos; por lo qual, lejos de encontrar en ellos el mismo afecto que le manifestáron la primera vez que puso pie en su país, fue recibido con las armas, sin que hubiese forma de aplacar aquel Cacique; que en otra ocasión le habia tratado con tanta amistad y aprecio.

Siendo pues necesario apelar á la fuerza, ordenó Pizarro á Hernando de Soto, que con sesenta caballos y algunos infantes entrase á reconocer la tierra, y atacase á Chillemasa (que así se llamaba el Cacique) donde quiera que le encontrase. Practicólo así Hernando de Soto; y últimamente, despues de muchas refriegas quedáron los nuestros con la victoria, y los enemigos tan amedrentados con la mortandad que en ellos se hizo, que se rindiéron del todo. Y juzgando que aquel desastre habia sido castigo del Cielo, no solo tuviéron por bien obsequiar á los Españoles con un gran presente de alhajas de oro y plata, sino que el mis-

mo Curaca (nombre que allí equivalía á Cacique ó Señor) vino á pedirles la paz, y á darles la obediencia.

LUISITO. ¿Y ese Curaca era por ventura el Rey de toda aquella tierra?

EL PADRE. No por cierto: era una especie de Gobernador, ó por mejor decir, un vasallo de distincion, que mandaba en la provincia de Tumbez, con dependencia de su Soberano.

NICOLAS. Lo que á mí me admira es la tranquilidad de ese Rey, pues parece regular, que ya hubiese enviado un ejército formidable contra los Españoles.

EL PADRE. Nada de eso extrañarás quando sepas el estado en que se hallaba entonces el Perú; y ahora, hijos, si gustais de oirme, os haré un breve resúmen de la historia de aquel Imperio.

TODOS. Se lo estimaremos á vmd. mucho.

EL PADRE. Escuchad pues; pero ante todo conviene que os advierta, que el principio de esta historia, quando

no sea enteramente fabuloso, está por lo menos lleno de fábulas muy insípidas y extravagantes.

Segun los historiadores de mas opinion, hacia ya como unos quatro siglos, que florecia el Imperio del Perú, quando le descubriéron los Españoles. Las fábulas acerca de su fundacion son tantas casi como las provincias que contiene, pues en cada una refieren los Indios su origen de distinto modo. Sin embargo, todos convienen en que los fundadores fuéron Manco Capac, y su muger Mama Oello. Opinan algunos autores, que estos pudiesen ser dos Europeos, que acometidos en el mar atlántico por alguna tormenta, naufragasen en la costa del Brasil; y suponen que luego una larga serie de años, y otras circunstancias pudieron haber obscurecido y alterado la tradicion de semejante suceso.

MATIAS. ¿En qué fundan esas conjeturas?

EL PADRE. En unos supuestos que á la verdad no son muy convincentes.

Por exemplo, en que á algunos les pareció haber advertido, que los Peruanos dividian el año como nosotros en trescientos sesenta y cinco dias; en que poseian varios conocimientos astronómicos que tenian alguna relacion con los nuestros; y por fin, en que, segun afirmaban los primeros conquistadores, toda la familia de los Incas, esto es, de los Reyes de aquel pais, y sucesores de Manco Capac, era de un color menos obscuro que los demas naturales, y muchos de la misma familia descubrian algun viso de barba, indicio evidente de ser oriundos de Europa. Ademas corria en el Perú, de tiempo inmemorial, una tradicion vulgar, que anunciaba la llegada de unos hombres blancos y barbados, que atravesando el mar, irian despues de cierto número de Reyes con armas irresistibles á sojuzgar toda aquella tierra. Como quiera que sea, lo que se puede sentar con toda seguridad es, que realmente hubo cierto Manco Capac, y una muger llamada Mama Oello, y

que los dos fuéron los fundadores del grande Imperio de los Incas.

Este hombre y esta muger, muy diferentes de los demas habitantes del pais, así por su estatura, como por el color y la vestimenta, se presentáron de improviso en aquella tierra, sin que se pudiese averiguar de donde procedian, lo qual ha dado márgen á las muchas fábulas que los Indios cuentan acerca de su repentina aparicion. Vociferáron que eran hijos del sol, quien los habia enviado al mundo para hacer buenos y felices á los hombres, y escogiéron para su residencia aquel distrito, en que luego fundáron la ciudad del Cuzco, que se halla; como aquí veis en el mapa, en trece grados y medio de latitud meridional. Reunió Manco Capac los habitantes de las sierras inmediatas, que como fieras iban vagando por los bosques, sin trato ni instruccion alguna, enseñándoles el arte de cultivar la tierra, el de vestirse, y de construir casas para defenderse de la intemperie de las

estaciones, y otros oficios necesarios para vivir en sociedad. La civilizacion de las mugeres quedó á cargo de Mama Oello, quien las industrió en los ejercicios de su sexô, instruyéndolás en el modo de hilar, y texer el algodón y la lana, y en las demás ocupaciones domésticas. Diéron los dos legisladores con vasallos dóciles y obedientes, y consiguieron en breve formar de un pueblo poco antes bárbaro é insociable una nacion en muchos puntos muy culta y civilizada.

Lo primero en que desde luego se ocupáron Manco Capac y Mama Oello, fué en abolir los sacrificios de sangre humana, y establecer una religion que inspirase sentimientos mas dulces; para cuyo fin enseñáron la exístencia de un dios único, que amaba con ternura á los hombres, y se complacia en que ellos se amasen recíprocamente. Este ser supremo, todopoderoso y benéfico, era el sol.

ALGUNOS. ¡El sol!

EL PADRE. No hay duda que causa

lástima el ver aplicadas ideas tan sanas y rectas acerca de la divinidad á un ser, que solo es una obra de sus manos benéficas, criada como todas las demas para utilidad y servicio del hombre; pero es fuerza confesar que este error de los primeros legisladores del Perú, es de todos los errores de esta especie el menos reprehensible, pues no es extraño que el hombre, entregado únicamente á su imaginacion, haya tenido muchas veces impulsos de adorar á ese globo inmenso y luminoso, que todo lo hermosea, todo lo anima, y todo lo vivifica. Oid como se explica un poeta extranjero.

O benéfico sol, rey de los astros,
 Origen de la luz, padre del dia,
 ¿Cómo el hombre podia
 Dexar de arrebatarse al ver los rastros
 De tu benigno fuego?
 ¿Cómo pudiera luego
 No erigir á tu culto aras y templos,
 Si es el primer objeto tu presencia,
 Que en él infunde asombro y reverencia?

¡ O cuánto no ultrajaba
 A la naturaleza
 El infeliz gentil, que rehusaba
 Dar culto á tu belleza!

Quando en los templos del antiguo
 Cuzco,

O quando allá en las márgenes famosas
 Del Ganges caudaloso y del Hidaspes

Los sacerdotes juntos,
 Adornados de blancas vestiduras,

Las sienes coronadas

Con olorosas flores,

Cantaban tus loores:

Quando el tostado Etíope ofrecia

Adoracion á los primeros rayos

de tu divina luz, y la alegría

Que tu vista en su pecho originaba

Con pasos concertados expresaba:

¿ Esos pueblos no daban por ventura

Mas prueba de cordura,

Que el estúpido Egipcio, que doblaba,

Allá del Nilo en la fecunda orilla,

Delante de un becerro la rodilla,

Y el incienso odorífero quemaba

Con religioso estilo

En honor del inmundo cocodrilo?

El dios pues de los Peruanos era el sol, á quien erigiéron altares y templos. Los Incas suponian deberle su origen; y á ellos solos les estaba reservado el privilegio de ser sus sacerdotes. Las hijas de la sangre Real se dedicaban tambien al culto del sol. Vivian en comunidad, como las vestales en Roma, observando casi iguales constituciones, y no podian casarse con nadie que no fuese de la misma sangre Real.

Admitian los Peruanos otra deidad superior, é invisible á quien llamaban Pachacamac, esto es, sustentador del universo; y aunque no le daban culto exterior, le tenian en mas veneracion que al sol.

Respetaban tambien á la luna, como hermana y muger del sol; pero le atribuian una naturaleza mortal y muy inferior á la de este; y de consiguiente es falso que la adorasen, como afirman algunos, con la misma equivocacion con que dicen, que tenian muchos dioses y usaban sacrificios de san-

gre humana, pues esto solo se verificaba antes del primer Inca Manco Capac, quando vivian como salvages, ó despues en provincias que no estaban baxo el dominio de los Incas.

Es sumamente extravagante la opinion que tenian de los eclipses de la luna. Quando esto sucedia, se les figuraba que estaba enferma, y que al morir se desprenderia del cielo, aplastando el mundo con su caida. Tan grande era el terror que infundia en ellos semejante aprehension, como ridículos los medios, de que se valian para precaver aquel desastre. Así que principiaba á eclipsarse tocaban trompetas, caracoles, atambores, y quantos instrumentos habia que metiesen ruido. Ataban los perros unos con otros, dándoles grandes golpes para que aullasen y llamasen á la luna, que por cierta fábula que corria entre ellos, creian que era muy aficionada á estos animales, por cierto servicio que la habian hecho, y que oyéndolos quejarse, les tendria lástima, y recordaria del sueño que le

causaba la enfermedad. Mandaban á los muchachos y niños, que diesen grandes voces y gritos, llamándola mamaquilla, esto es, madre luna, y la suplicasen con lágrimas que no se muriese, á fin de que no pudiesen todos. Como hacian otro tanto los hombres y las mugeres, es imponderable el ruido y la confusion que resultaba.

Conforme al eclipse, grande ó pequeño, juzgaban que habia sido la enfermedad. Pero si llegaba á ser total, ya no habia que creer sino que estaba muerta, y temian por momentos su exterminio. Entonces era mas de veras el llorar y lamentarse, como gente que contemplaba su destruccion inmediata, y que el mundo iba á acabarse. Luego quando advertian que volvia poco á poco á cobrar su luz, se imaginaban que ya principiaba á convalecer, porque el Pachacamac le habia dado salud, á fin de que no pudiese el mundo; y así que acababa de ponerse del todo clara, le daban la enhorabuena, manifestándole con las mayores ex-

presiones de júbilo su agradecimiento, porque no se habia caído, y no habia aplanado el mundo con la enormidad de su cuerpo.

LUISITO. ¡Válgame Dios, y que delirios!

EL PADRE. No obstante, creo, hijos míos, que la relacion que os haga mañana del gobierno, y de las leyes, establecidas por los Incas, llamará toda vuestra atencion; y la ternura de vuestros corazones me asegura que no dexareis de aficionaros á los Peruanos, y de tomar parte luego en los acontecimientos concernientes á ellos, que yo tendré que referiros en continuacion de esta historia.

RELACION XLIV.

EL PADRE. Ea pues vamos á hablar hoy de las leyes y del gobierno de los Peruanos.

Amaos mutuamente como á hermanos, y haced con todos lo que quisierais que todos hiciesen con vosotros.

Esta era la basa fundamental del código de los Incas. No menos rectos y acertados eran los demas principios y conseqüencias que derivaban de tan sabio precepto; y aquellos legisladores supiéron formar sus estatutos con tanta prudencia y discernimiento, que los habitantes de aquel vasto pais no podian dexar de reputarse por individuos de una misma familia.

Todo el terreno estaba repartido en tres partes: la una era para el sol, la otra para el Rey, y la tercera para los vasallos. En el labrar y cultivar las tierras tambien habia órden y concierto. Labraban primero las del sol, luego las de las viudas, las de los huérfanos, de los impedidos, y de los soldados que andaban ocupados en la guerra: despues labraba cada uno las suyas, ayudándose recíprocamente unos á otros; y finalmente, labraban las del Curaca ó Cacique, que en cada pueblo habian de ser precisamente las postreras.

Persuadidos los Incas á que de la

prosperidad de los vasallos resultaba la del Monarca y del estado, tenían dispuesto que las tierras de aquellos fuesen preferidas á las suyas, y de consiguiente las últimas que se labraban eran las del Rey. Beneficiábanlas en comun, é iban á ellas y á las del sol todos los Indios generalmente con grandísimo contento y regocijo, vestidos de las ropas y galas, que para sus mayores fiestas tenían guardadas, guarnecidas de oro y plata, y con grandes plumages en la cabeza. Quando barbechaban (que entonces era el trabajo de mayor contento), baylaban y cantaban coplas en alabanza de sus Incas: de suerte que aquella tarea se convertía para ellos en fiesta y divertimiento, porque era en servicio de su dios y de su Rey.

De esta conformidad la nacion parecia una sola familia, cuyo padre y xefe era el Inca, á quien obedecian y veneraban como á su dios el sol; y qualquiera de ellos que tuviese la desgracia de quebrantar alguna ley, conia

él mismo á delatarse, y manifestando su arrepentimiento, pedia el castigo, que quizá hubiera podido evitar, ocultando un delito que los demas ignoraban.

ALGUNOS. ¡Qué honradez!

JUAN. Me parece que eran muy buenos esos Peruanos.

EL PADRE. Todo lo que podian serlo unos gentiles, á quienes faltaba la luz de nuestra santa religion; y estoy seguro de que con lo que os vaya refiriendo, se aumentará todavía mas el concepto que os merecen.

La propiedad ó dominio, que suele ser origen de disensiones y desunion, y que no pocas veces destruye aquellos afectos fraternales, que los Incas procuráron inspirar en sus vasallos, estaba abolida entre ellos; de manera que ninguno poseia cosa propia, y las mismas tierras de comunidad se repartian cada año, señalándosele á cada uno el pedazo que necesitaba, con proporcion á su familia. El oro y la plata no tenian allá valor alguno, y solo se apre-

ciaban estos metales, en quanto por ser superiores á los demas en resplandor y dureza, servian para adorno de las casas reales y templos del s3l; y para vasos y demas utensilios. No habia moneda ni comercio; pues quando mas bastaba un trueque sencillo de géneros, para socorrer las limitadas necesidades de aquellas gentes.

La ociosidad era una de las cosas que mas fixó la atencion de los legisladores del Perú, porque no ignoraban que este vicio es el padre de todos los demas, y que comunmente acarrea la ruina del alma y del cuerpo. Castigábanle pues severamente, procediendo en esto con justicia y razon; pues el ocioso al paso que labra su propia desgracia, sumergiéndose en la miseria y los desórdenes, comete igualmente un delito contra la sociedad, porque disfruta parte de sus bienes, sin tenerla en los afanes que cuesta el adquirirlos. Y tan grande era el rigor de la ley en este punto, que ni los ancianos, ni los impedidos, ni los niños estaban exentos

de trabajar, sino que se les ocupaba en oficios correspondientes á sus fuerzas.

Parece imposible que un pueblo que no conocia el arte de escribir (pues únicamente para apuntar algunas cosas dignas de memoria, y en especial las hazañas y los reglamentos de sus Incas, se servian de ciertos cordoncillos de varios colores, que llamaban quipos, haciendo en ellos unos nudos, que á manera de cifras indicaban el concepto; para cuyo oficio habia Indios destinados de propósito), parece imposible, digo, que un pueblo, á quien faltaba un auxilio de tanta necesidad para adelantar en ciencias y artes, tuviese en punto de policía un código tan grande de leyes y ordenanzas, establecidas con tanto tino y acierto, que seguramente no las aventajaban las de las antiguas naciones mas cultas. Haciendo mención de ellas un historiador nuestro, las enumera casi todas en estos términos.

„ Tuviéron la ley municipal que
„ hablaba acerca de los provechos par-

„ ticulares que cada nacion ó pueblo
 „ gozaba dentro de su jurisdiccion; y
 „ la ley agraria que prescribia el mo-
 „ do de medir las tierras, y repartirlas
 „ entre los vecinos de cada pueblo, lo
 „ qual se cumplia con grandísima exâc-
 „ titud. Llamaban ley comun á la que
 „ mandaba que los Indios acudiesen
 „ en comun (sacando los viejos, mu-
 „ chachos y enfermos) á trabajar en
 „ las cosas de la república, como era
 „ edificar los templos y las casas de los
 „ Reyes ó de los Señores, labrar sus
 „ tierras, hacer puentes, componer
 „ los caminos, y otras cosas semejan-
 „ tes. Daban el nombre de ley de her-
 „ mandad á la que disponia que todos
 „ los vecinos de cada pueblo se ayu-
 „ dasen unos á otros sin paga alguna
 „ á barbechar, sembrar y coger sus
 „ cosechas, y á construir sus casas.
 „ Habia ley igualmente sobre el gasto
 „ ordinario, la qual no solo les prohi-
 „ bia el fausto en los vestidos, y que
 „ usasen cosas preciosas, como oro
 „ plata y piedras finas, sino que tam

„ bien se éxtendia á quitarles toda su-
 „ perfluidad en los banquetes y comi-
 „ das; y ordenaba ademas, que dos ó
 „ tres veces al mes comiesen juntos los
 „ vecinos de cada pueblo, delante de
 „ sus Curacas, y se exercitasen en jue-
 „ gos militares ó populares, para que
 „ se reconcillasen los ánimos, y guar-
 „ dasen perpetua paz, y para que los
 „ ganaderos y otros trabajadores del
 „ campo se alentasen y regocijasen. La
 „ ley en favor de los que llamaban po-
 „ bres, la qual mandaba que á los cie-
 „ gos, mudos, coxos, tullidos, enfer-
 „ mos, viejos y otros impedidos, que
 „ no podian labrar sus tierras para ves-
 „ tir y comer por sus manos y trabajo,
 „ los alimentasen de los pósitos públi-
 „ cos. Y tambien tenian ley que man-
 „ daba, que de los mismos pósitos
 „ proveyesen los huéspedes, los ex-
 „ tranjeros, peregrinos y caminantes,
 „ para todos los quales tenian hospede-
 „ rías, donde les daban de gracia y
 „ de balde todo lo necesario. Ademas
 „ de esto ordenaba la misma ley, que

„ dos ó tres veces al mes llamasen á
„ los necesitados, que ya nombramos,
„ á los convites y comidas públicas;
„ para que con el regocijo comun des-
„ echasen parte de su miseria. Por úl-
„ timo, habia otra ley, que llamaban
„ casera, y contenia dos cosas: la pri-
„ mera, que ninguno estuviese ocioso,
„ por lo qual, como queda dicho, aun
„ á los niños, ciegos, coxos y mudos
„ ocupaban en cosas conformes á su
„ edad y á sus fuerzas: la segunda,
„ que los Indios comiesen y cenasen
„ con las puertas abiertas, para que
„ los ministros de los jueces pudiesen
„ entrar mas libremente; porque ha-
„ bia ciertos jueces que tenian cargo
„ de visitar los templos, los lugares y
„ edificios públicos, y las casas parti-
„ culares, para ver el cuidado que, así
„ el varon como la muger, tenia acer-
„ ca de su casa y familia, y la obe-
„ diencia, solicitud y ocupacion de
„ los hijos. Colegian la diligencia de
„ ellos del ornamento, atavío, limpie-
„ za y buen aliño de su casa, de sus

„ alhajas, vestidos, y hasta de los mis-
 „ mos vasos y demas utensilios; y á los
 „ que hallaban aliñados premiaban con
 „ alabarlos en público, y á los negli-
 „ gentes castigaban con azotes en los
 „ brazos y en las piernas, ó con otras
 „ penas que la ley imponia.”

Pero nada excitará tanto vuestra admiracion como las pruebas á que sujetaban á los Incas antes de declararlos por descendientes del sol, y habilitarlos á vestir armas, y tomar estado, cuya ceremonia llamaban huaracu, que suena tanto como en castellano armar caballero. Juzgo que la descripcion de esta especie de exámenes podrá ser no menos agradable que útil para vosotros, especialmente si poniéndoos en lugar de los Incas, comparaseis luego vuestras fuerzas con las suyas, para conjeturar, si teniendo que pasar por iguales experimentos, manifestaríais la misma entereza.

Arraigado parece que estaba en el ánimo de los Incas aquel principio, de que un hombre que toma á su cargo

mandar á los demas, debe superarlos en fuerza, virtud y destreza. El nacimiento no bastaba para ennoblecer; y los que aspiraban á ser condecorados con el título de noble, debian merecer esta calificacion por medio de la nobleza de sus acciones. Para acreditarla tenian que pasar por un noviciado rigurosísimo, en el qual eran exâminados en todos los trabajos y necesidades que en la guerra se les podian ofrecer, así en adversa como en próspera fortuna. Escuchad cómo describe estos exâmenes nuestro célebre historiador, el Inca Garcilaso, en sus Comentarios Reales, ó Historia de los Incas.

„ Cada año (dice con aquella ve-
 „ racidad y pureza de estilo que le
 „ hacen tan apreciable) ó dos, ó mas
 „ ó menos, segun habia disposicion,
 „ admitian los mozos Incas (que siem-
 „ pre se ha de entender de ellos, y no
 „ de otros, aunque fuesen hijos de
 „ grandes señores) á la aprobacion
 „ militar. Habian de ser de diez y seis
 „ años arriba. Metíanlos en una casa

„ que tenían para estos ejercicios,
„ donde habia Incas viejos , experi-
„ mentados en paz y en guerra, que
„ eran maestros de los novicios , y que
„ los exâminaban en las cosas que di-
„ remos, y en otras que la memoria
„ ha perdido. Obligábanlos á que
„ guardasen por espacio de seis dias
„ un ayuno muy riguroso , pues no
„ les daban mas que un puñado de
„ grano crudo y un jarro de agua.
„ Otro ayuno menos riguroso , aun-
„ que de grandísima observancia, guar-
„ daban los padres, hermanos y pa-
„ rientes mas próxîmos, rogando todos
„ á su padre el sol diese fuerzas y áni-
„ mo á aquellos sus hijos , para que
„ saliesen con honra de aquellos exer-
„ cicios; y al que se mostraba flaco y
„ debilitado, ó pedia mas comida, lo
„ reprobaban y echaban del novicia-
„ do. Pasado el ayuno, habiéndolos
„ confortado con alguna mas vianda,
„ los exâminaban en la ligereza de
„ sus personas, para lo qual los hacian
„ correr desde el cerro llamado Hua-

„ nacauri (que ellos tenían por sagra-
 „ do) hasta la fortaleza de la ciudad,
 „ que debe haber casi legua y media,
 „ donde les tenían puesta una señal
 „ como bandera; y el primero que lle-
 „ gaba, quedaba elegido por capitán
 „ de todos los demas, siendo también
 „ muy grande la honra que grangeaba
 „ el segundo, tercero y quarto hasta
 „ el décimo de los primeros y mas li-
 „ geros; y por el semejante quedaban
 „ notados de infamia y reprobados los
 „ que se desalentaban y desmayaban
 „ en la carrera; en la qual se ponian
 „ á trechos los padres y parientes
 „ para esforzar los que corrían, acor-
 „ dándoles la honra y la infamia, y
 „ amonestándolos á que eligiesen por
 „ menos mal reventar antes que aco-
 „ bardarse.

„ Otro dia los dividian en dos nú-
 „ meros iguales, y á los unos manda-
 „ ban quedar en la fortaleza, y á los
 „ otros salir fuera, y que peleasen
 „ unos contra otros, unos para ganar
 „ el fuerte, y otros para defenderle.

„ Y habiendo combatido de esta ma-
 „ nera todo aquel dia, los trocaban el
 „ siguiente; de suerte, que los que
 „ habian sido defensores fuesen ofen-
 „ sores, para que de todos modos
 „ mostrasen la destreza y habilidad
 „ que en atacar y defender las plazas
 „ fuertes les convenia tener. En estas
 „ peleas, aunque les templasen las ar-
 „ mas para que no fuesen tan riguro-
 „ sas como en las veras, habia muy
 „ buenas heridas, y algunas veces
 „ muertes, porque la codicia de la
 „ victoria los encendia hasta matarse.

„ Pasados estos ejercicios en co-
 „ mún, los hacian luchar unos con
 „ otros los mas iguales en edad, y que
 „ saltasen y tirasen piedras chicas y
 „ grandes, lanzas, dardos, y otras ar-
 „ mas arrojadizas, con las quales tam-
 „ bien tiraban al blanco, para manifes-
 „ tar su destreza en la puntería y en
 „ el uso de estas armas. Hacíanlos ve-
 „ lar por turno diez ó doce noches,
 „ puestos como centinelas, para expe-
 „ rimentar si eran hombres que resis-

„ tian la fuerza del sueño, requirién-
 „ dolos á horas inciertas; y al que ha-
 „ llaban durmiendo, reprobaban con
 „ grande ignominia. Herianlos áspera-
 „ mente con varas de mimbres en los
 „ brazos y las piernas, para ver qué
 „ semblante mostraban á los golpes; y
 „ si hacian sentimiento de dolor con
 „ el rostro, ó con encoger tanto quan-
 „ to las piernas ó los brazos, los des-
 „ echaban; diciendo, que quien no era
 „ para sufrir golpes de varas tan tier-
 „ nas, menos sufriria los golpes y he-
 „ ridas de las armas duras de sus ene-
 „ migos.

„ Otras veces los acometia un Ca-
 „ pitán, maestro de armas, con una en
 „ la mano, á manera de montante, que
 „ los Indios llamaban macana; otras ve-
 „ ces con una pica, y jugaba diestra-
 „ mente entre ellos, pasádoles los bo-
 „ tes por delante de los ojos, como que
 „ se los quisiese sacar, ó por las pier-
 „ nas, como que quisiese quebrárselas;
 „ y si por desgracia hacian algun sem-
 „ blante de temor, cerrando los ojos,

» ó apartando las piernas, los echaban
 » de la aprobacion, diciendo, que quien
 » temia los ademanes de las armas que
 » sabia no le habian de herir, mucho
 » mas temeria las de los enemigos que
 » se las tiraban para matarle; por lo
 » qual les convenia estar sin moverse
 » como rocas combatidas del mar y del
 » viento.

» Sin lo dicho habian de saber ha-
 » cer de su mano todas las armas ofen-
 » sivas y defensivas que en la guerra
 » hubiesen menester, ó á lo menos las
 » mas comunes, como arcos, flechas,
 » lanzas, hondas y rodelas. Habian de
 » saber hacer tambien el calzado que
 » ellos usaban, llamado usuta, que se
 » componia de una suela de cuero ó
 » de cáñamo sin capellada, que ataban
 » al pie, á manera de alpargatas, con
 » unos cordoncillos del mismo cáña-
 » mo ó de lana.

» Hacíales un discurso cada dia
 » uno de los maestros de aquellas ce-
 » remonias, trayéndoles á la memoria
 » la descendencia del sol, las hazañas

„ hechas; así en guerra como en paz,
 „ por sus Reyes pasados, y por otros
 „ famosos varones de la misma sangre
 „ Real; el ánimo y esfuerzo que de-
 „ bían tener en las guerras para au-
 „ mento de su imperio, y la paciencia
 „ y sufrimiento en los trabajos, para
 „ mostrar su valor y generosidad; la
 „ clemencia, piedad y mansedumbre
 „ con los pobres y súbditos; la recti-
 „ tud en la justicia para no consentir
 „ que se hiciese mal á nadie; y final-
 „ mente, la liberalidad y magnificencia
 „ para con todos, como hijos que eran
 „ del sol. En suma, los persuadía á to-
 „ do lo que en su moral filosofía alcan-
 „ zaron que convenia á gente que se
 „ preciaba de ser divina, y haber des-
 „ cendido del cielo. Hacíanlos dormir
 „ en el suelo, comer poco y mal, an-
 „ dar descalzos, y todo lo demas que
 „ se requiere para ser buen soldado.

„ En esta aprobacion entraba tam-
 „ bien el primogénito Inca, legítimo
 „ heredero del imperio, quando era
 „ de edad para poder hacer los exerci-

cios ; y es de saber que en todos ellos
 le exâminaban con la misma severi-
 dad que á los demas , sin que su ca-
 lidad los exímiese de trabajo alguno ;
 antes si podia ser le trataban con mas
 rigor , alegando para esto que ha-
 biendo de ser Rey , era justo que en
 qualquiera cosa hiciese ventaja á los
 demas , como lo hacia en el estado
 y alteza de señorío ; porque si vi-
 niese á igual fortuna , no era decente
 que fuese para menos que otro , sino
 que en la prosperidad y adversidad
 se aventajase á todos .

Por las quales excelencias , decian
 ellos , merecia reynar mejor que por
 ser primogénito de su padre . Decian
 tambien que era muy necesario que
 los Reyes y Príncipes experimenta-
 sen los trabajos de la guerra , para
 que supiesen estimar , honrar y gra-
 tificar á los que en ella los sirviesen .
 Todo el tiempo que duraba el novi-
 ciado , que era de una luna nueva á
 otra , andaba el Príncipe vestido del
 mas andrajoso y vil hábito que se

„ podia imaginar , y con él parecia en
 „ público todas las veces que era me-
 „ nester. Afirmaban á esto que le po-
 „ nian aquel hábito , para que en ade-
 „ lante quando se viese poderoso Rey
 „ no menospreciase los pobres , sino
 „ que se acordase haber sido uno de
 „ ellos , y por lo tanto los quisiese y
 „ socorriese , para merecer el glorioso
 „ renombre de Huachacuyac , que á
 „ sus Reyes daban , que quiere decir
 „ amador y bienhechor de pobres. He-
 „ cho el exámen , los calificaban y da-
 „ ban por dignos de las insignias de
 „ Inca , y los nombraban verdade-
 „ ros Incas , hijos del sol. Llegaban
 „ luego las madres y hermanas , y les
 „ calzaban usutas de esparto crudo , en
 „ testimonio de que habian hollado y
 „ pasado por la aspereza de los exerci-
 „ cios militares.

„ Acabada esta ceremonia daban
 „ aviso al Rey , el qual venia acompa-
 „ ñado de los mas ancianos de su Real
 „ sangre , y puesto delante de los can-
 „ didatos les hacia una breve plática,

„ diciéndoles que no se contentasen
 „ con las insignias de caballeros sola-
 „ mente para traerlas y ser honrados,
 „ sino que con ellas , usando de las vir-
 „ tudes que sus antepasados habian te-
 „ nido , particularmente de la justicia
 „ para con todos , y de la misericordia
 „ para con los pobres y débiles, se
 „ manifestasen verdaderos hijos del
 „ sol, á quien como á su padre debian
 „ asemejarse en el resplandor de sus
 „ obras y en el beneficio comun de los
 „ vasallos, pues para hacerles bien, los
 „ habia enviado del cielo á la tierra.
 „ Concluida la plática, llegaban los
 „ candidatos uno á uno ante el Rey, y
 „ puestos de rodillas, recibian de su
 „ mano la primera y principal insig-
 „ nia, que era el que le horadase las
 „ orejas con un alfiler grueso de oro,
 „ que dexaba puesto, para que me-
 „ diante él las curasen y agrandasen,
 „ lo qual executaban con tanto exce-
 „ so, que de allí vino luego llamarlos
 „ orejones los Españoles.

„ Con esto el mancebo besaba la

„ mano al Inca en testimonio de agra-
 „ decimiento; luego pasaba á ponerse
 „ en pie delante de otro Inca, herma-
 „ no ó tío del Rey, segundo en auto-
 „ ridad á la persona Real, el qual le
 „ quitaba las usutas de esparto, en se-
 „ ñal de que era ya pasado el rigor del
 „ exâmen, y le ponía otras de lana
 „ muy galanas, como las que el Rey
 „ y los demas Incas traian; y despues
 „ de habérselas calzado, le besaba en
 „ el hombro derecho, diciendo: El hi-
 „ jo del sol que tal prueba ha dado de
 „ sí merece ser adorado.”

Hecho esto, les daban las demas in-
 signias, que consistian en una especie
 de paño que le ataban por la cintura,
 y una guirnalda de ciertas flores que
 le ponian en la cabeza. Las mismas in-
 signias daban al Príncipe heredero, y
 solamente le distinguian con un fleco
 de lana amarillo, con que le ceñian la
 frente, que era la divisa de los herede-
 ros del trono, y una especie de hacha
 que le entregaban. Al ponérsela en la
 mano, le decian: Usarás de ella contra

los tiráños, los traidores y los malvados. Encomendábanle despues todas las virtudes de un Rey; y concluida la plática, llegaban sus tios, hermanos y demas parientes, y puestos de rodi-las, á estilo de ellos, le adoraban por primogénito de su Inca; la qual cere-monía era como jurarle Príncipe here-dero y sucesor del Imperio; y con esto se acababa la funcion solemne de ar-mar caballeros á los Incas. Sacábanlos despues con las insignias á la plaza principal de la ciudad, donde en ge-neral por muchos dias con cantos y bayles solemnizaban su triunfo, y lo mismo se hacia en particular en casa de los padres, quienes regularmente habian sido sus maestros, pues pasada la tierna edad, los industriaban y exer-citaban en todas las cosas necesarias para ser aprobados.

Vaya pues, niños, ¿qué os pare-ce? ¿Contemplais que tendriais bas-tantes fuerzas para pasar por semejante exámen? ¿Qué dices tú, Jacinto?

JACINTO. Yo, papá, aun no he lle-

gado á la edad de los diez y seis años.

EL PADRE. Pues bien, aguardaremos á que los tengas para formar dictámen de tu valentía. Yo entre tanto me doy el parabien por haberos demostrado palpablemente, que el hombre es capaz de todo, quando con empeño trata de perfeccionarse; pues no hay facultad de su cuerpo ó de su alma, de que no pueda sacar el mayor partido. ¡Felices vosotros, cuyos tiernos años aun os permiten lograr semejante beneficio! ¡Oxalá pudiera yo volverme de esa edad preciosa! ¡Con cuánto esmero me aprovecharia de la enseñanza y de la instruccion! ¡Con qué placer sufriria los mas penosos trabajos, á fin de endurecer mi cuerpo, y preparar mi alma á los peligros, males y contratiempos que ocurren en este mar borrascoso de la vida! Mas ¡ay, que demasiado tarde es para mí! Yo no seré ya mas que lo que soy. Ciertamente que esta reflexion es muy triste; pero me consuela la esperanza de volver á vivir en vosotros; y el

sentimiento que tengo por no haber encontrado en mi juventud las proporciones que á vosotros se os deparan, le mitiga la confianza de que conseguiré perfeccionar las calidades de vuestro cuerpo, y enriquecer vuestro entendimiento con nociones tan sólidas y provechosas, que podáis ser algún día la honra de la sociedad. ¡Ah! ¡quán contento estaria yo con el corto grado de perfeccion á que he podido llegar, si supiera de cierto que vosotros, hijos míos, hubieseis de arribar felizmente al término de una carrera que yo ya no puedo acabar, porque quando la emprendí estaba el día muy adelantado! No permitas, Dios bondadoso, que se desvanezca esta dulce esperanza, ni que yo pierda el único consuelo que me ofrecen las arduas obligaciones que me has impuesto.

Aquí hizo pausa el padre; y despues de un breve rato de silencio, volvió á tomar la palabra para continuar su narracion de este modo.

Ya es tiempo, hijos míos, de que

volvamos á coger el hilo de nuestra historia.

Mediante la relacion que os he hecho del carácter de los Peruanos, de sus leyes, y con especialidad de los Incas, sus Soberanos, se aumentará sin duda la admiracion que os causó desde luego la indolencia y el descuido de esa nacion al acercarse los Españoles. ¿Es posible, direis, que un pueblo, gobernado por leyes tan acertadas, y por unos Monarcas tan ilustrados y valerosos, dexara que turbase su tranquilidad un puñado de aventureros, sin oponerse á su atrevimiento? Esa inaccion, que parece incomprehensible, no fue sino muy cierta, y yo os indicaré en pocas palabras la causa.

Habian gobernado el Perú, desde la muerte de Manco Capac, fundador de aquel Imperio, once Reyes, todos valerosos, prudentes y moderados. Ninguno de ellos habia pensado en ampliar los límites de sus dominios con las armas, sino en quanto lo exîgia

la tranquilidad de sus vasallos; y así, contentos con su herencia, sabian defenderla sin codiciar la agena. El pueblo observaba con escrupulosidad las leyes de Manco Capac, porque las respetaban sus sucesores; de lo qual resultaba que todos vivian felices; pero parece que tanta felicidad habia de acabárseles así que subiese al trono un Príncipe conquistador y ambicioso.

Reservada estaba esta funesta calidad para Huayna Capac, duodécimo Rey de aquella Monarquía. Los historiadores nos le pintan como un guerrero intrépido y valiente, y no en vano se hizo acreedor á este título. Conquistó con efecto todo el Reyno de Quito, y aumentó de esta suerte en mas de una mitad sus estados; pero tambien labró con eso el origen de su decadencia y su destruccion; pues habiendo tomado por concubina á la hija del último Rey de Quito, le alucinó en términos este amor ilegítimo, que por un hijo que tuvo en ella holló las leyes y costumbres, que con

tanta exáctitud habian observado hasta entonces sus predecesores. El pueblo siempre es un imitador servil de las acciones del Rey que le gobierna; y si este quebranta las leyes, no tardarán en hacer otro tanto los vasallos. Esta, á mi parecer, fue la causa, por la qual, quando llegó Pizarro al Perú, ya sus habitantes habian perdido aquella rectitud, que la bondad de sus leyes hubiera conservado en ellos, si siempre las hubiesen respetado. Pero esta breve digresion, que por necesidad he tenido que hacer, no basta todavía para que penetreis el motivo de la extraña inaccion de los Peruanos al acercarse los Españoles, que por todos títulos habian de ponerlos en gran cuidado.

El Inca Huayna Capac, de que acabo de hablaros, tuvo muchísimos hijos, y entre ellos al primogénito Huascar, Príncipe heredero, y sucesor por derecho á la corona, y á Atahualpa, habido en la hija del último Rey de Quito, Soberana que habia de ser

de aquel Reyno. Y aunque las leyes del Perú no permitian que subiesen al trono, sino los hijos legitimos de la misma sangre Real de los Incas, fue tal el extremo con que Huayna Capac amó á Atahualpa, que antes de morir dividió aquel Imperio, en perjuicio de su hermano Huascar, nombrando al primero por Rey de Quito, contra el fuero y estatuto de todos sus antepasados. Escandalizó á la nacion entera una disposicion tan contraria á las costumbres y á las leyes; y Huascar, que echó de ver el disgusto del pueblo, trató pocos años despues de la muerte de su padre, de que Atahualpa le prestase vasallage. Negóse este á la pretension de Huascar; y de aquí resultó que la ambicion y el ansia de reynar de los dos hermanos, excitase por primera vez el fuego de la guerra civil en un pais antes tan feliz y tranquilo. Tenia Huascar á su favor el pueblo y las leyes; mas Atahualpa mandaba un ejército numeroso y aguerrido, que le habia dexado su pa-

dre en Quito: el éxito pues de la contienda no estuvo mucho tiempo dudoso, y se concluyó la guerra con la total derrota y prision de Huascar, triunfando de la justicia de su causa y de sus derechos las fuerzas y la fortuna de Atahualpa.

¡Ay! ¿qué no puedes, insaciable deseo de mandar? ¿A qué extremos no arrastras al hombre, si llegas á apoderarte de su corazón? Atahualpa con efecto, para disfrutar sin zozobra la herencia de Huascar, mandó dar muerte cruel á trescientos hermanos suyos, entre legítimos y bastardos, y á todos sus parientes, dentro y fuera del quarto grado, sin distincion de edad ni de sexô, como tambien á quantos Señores, Capitanes y Caciques podian darle rezelo, alcanzando su crueldad hasta los mismos criados de la casa Real; de suerte, que causa horror el leer en los historiadores las inauditas atrocidades que cometió aquel tirano. » So-
» lo al pobre Huascar (dice uno de
» ellos, despues de haberlas referido

„ por menor), solo al pobre Huascar
 „ reservó por entonces de la muerte,
 „ porque lo queria para defensa de
 „ qualquiera levantamiento que con-
 „ tra él se hiciese.”

Tal era, hijos míos, el estado del Perú quando entráron los Españoles para conquistarle. Los que gobernaban entonces aquella desgraciada nacion, andaban tan ocupados en sus domésticas desavenencias, que no tenían lugar para pensar en acudir al peligro que amenazaba á la patria, y rechazar al enemigo comun, que ya invadia sus fronteras. A todo esto hay que añadir, que Huascar y Atahualpa esperaban, cada uno por sí, atraer á su partido á aquellos formidables extrangeros, y mediante el auxilio que se prometian de ellos, sostener sus respectivas pretensiones. ¿Comprehendeis ahora el motivo de ese adormecimiento tan irregular de los Peruanos, con especialidad en circunstancias, en que era menester una determinacion no menos enérgica que pronta?

HENRIQUE. Ya es fácil comprenderle.

EL PADRE. ¡Triste del estado, en que entran á turbar su paz domésticas disensiones! Entonces se acaba toda su felicidad, y basta el enemigo mas débil para destruir su poder, por grande que sea. La continuacion de esta historia os presentará un exemplo instructivo de esta verdad. Hasta mañana.

RELACION XLV.

EL PADRE. Francisco Pizarro, despues de haber sujetado la provincia de Tumbes y su comarca, prosiguió adelantando al sur, hasta llegar á la boca de un rio, que nuestra carta llama de Piura.

ANTONIO. Aquí cerca de S. Miguel.

EL PADRE. Así es; y este pueblo, que se denominó S. Miguel, porque se fundó en su dia, fue el primer pueblo de Españoles que hubo en el Perú. Juzgando Pizarro que su situa-

on era á propósito para el establecimiento de una colonia, acordó dexar allí parte de su gente, y penetrar él entre tanto con el resto del ejército en el interior del Reyno.

Mientras estaba ocupado en la execucion de este proyecto, recibió una embaxada de parte del desdichado Huascar, por medio de la qual le pedía su amparo contra la tiranía de Atahualpa. En esta ocasion fue quando supo los disturbios del Perú, y conoció la causa de haberle dexado adelantarse hasta entonces sin oponerle el menor obstáculo. Alegróse no poco al oír semejante noticia, y concibió desde luego las mas altas esperanzas; en lo qual seguramente no iba descaminado, porque no hay cosa mas fácil que destruir un Reyno que emplea sus propias fuerzas para arruinarse. Determinó por lo tanto aprovecharse de las circunstancias tan favorables á sus miras, y sin pérdida de tiempo se puso en camino para Casamarca, en cuyas inmediaciones estaba acampado

el Rey Atahualpa con lo mejor de su ejército.

Dos dias despues llegaron tambien embaxadores de este Monarca, los quales diéron á conocer mejor el objeto de su comision con los regalos que traian, que con las palabras; pues aunque servia de intérprete un muchacho Indio, llamado Felipillo, que Pizarro sacó de Tumbes en su primer viage y traxo consigo á España, era tanta su torpeza en el idioma castellano, y tan poco lo que entendia el dialecto culto y fino de lo interior del Perú que á no ser por aquellos presentes que no podian indicar sino intenciones pacíficas, y por algunas expresiones sueltas, fuera imposible hacerse cargo del asunto de aquella embaxada, que en suma se reducía á ofrecer el Inca su amistad y alianza á los Españoles. Los regalos consistian en gran cantidad de víveres, piedras preciosas, vasos de oro y plata, y en dos brazaletes de oro para Pizarro (insignia, entre aquellos Indios, de la mayor distinción).

cion), con un calzado de los que traía el mismo Inca.

Admitió Pizarro el presente y la oferta con grandes muestras de agradecimiento y aprecio, y continuó sin rezelo su marcha, despues de haber comisionado á su hermano, Hernando, y á Soto, para que socolor de embaxadores pasasen á reconocer el campo del Inca. En todas partes por donde pasaban los dos enviados, los trataban los Indios con suma veneracion, franqueándoles quanto necesitaban, y su atencion se extendia hasta los mismos caballos, pues advirtiendole que tascaban los frenos, les presentaban oro y plata para que se regalasen, porque entendian que se alimentaban de metales.

A corta distancia del campo de Atahualpa salió á recibirlos de órden suya un cuerpo de Indios armados, que con las mayores demostraciones de respeto y adoracion los acompañó hasta ponerlos delante del Inca, quien igualmente los recibió con extremos

de bondad y benevolencia. Mandó que les diesen asientos de oro, iguales a suyo; y poco despues saliéron de muchas de la sangre Real, y les presentaron, en copas tambien de oro, cierta bebida, de que él usaba. Admirados quedáron los dos Españoles al ver tantas riquezas; y por fin, Hernando de Soto, despues de los cumplimientos de estilo, expuso su embaxada, diciendo en substancia: Que su General Pizarro y sus compañeros iban de parte del mayor Monarca del oriente, del Papa, Vicario de Dios en la tierra, para darle á conocer la religion verdadera, y librarle de la esclavitud del demonio.

Explicó tan mal Felipillo las expresiones de Soto, que el Inca las extrañó en sumo grado; sin embargo respondió con mucha urbanidad y cortesía, y concluyó, diciendo, que el siguiente iria á visitar al Capitan de los Españoles para enterarse mejor de sus deseos. Con esto volviéron los embaxadores á Casamarca, donde ya ha

bia llegado Pizarro, y sentado su cuartel en un palacio del Inca.

Por lo que los Indios habian visto y oido hasta entonces de los Españoles, no sabian qué juicio formar de ellos; porque unas veces los reputaban por hijos del sol, otras por hombres. Sin embargo, la opinion mas comun, y á la que se inclinaba el mismo Atahualpa, era que habian venido del cielo para castigar los delitos de aquel Reyno, y conquistarle, segun la antigua tradicion que habia; y este fue el motivo que le estimuló á pasar en persona á hablar con Pizarro.

Diéronse pues inmediatamente las disposiciones necesarias para esta visita, así por parte de los Indios, como de los Españoles, pero de un modo, segun parece, muy distinto. He dicho segun parece, porque aquí varian mucho los historiadores. Unos suponen que Atahualpa llevaba ideas hostiles, y que Pizarro se preparó para que no le hallase desprevenido; otros pretenden que el primero iba de buena fe,

y que el segundo trataba de sorprenderle. Lo cierto es, que Atahualpa se dispuso para presentarse con toda la ostentacion y magnificencia de un gran Monarca, y Pizarro para recibirle con las precauciones de un General veterano y advertido. En efecto, mandó colocar en un lugar eminente de la plaza, donde habia de entrar el Inca con su comitiva, dos cañones que llevaba, con orden á Pedro de Candia, á cuyo cargo estaban, que disparase quando se le hiciese cierta señal. Dividió la caballería en tres trozos de á veinte caballos cada uno, y habiendo confiado el mando de ellos separadamente á Hernando Pizarro, su hermano, á Hernando de Soto y á Sebastian Belalcazar, los emboscó detrás de ciertos paredones, á fin de que no los viesen los Indios, é infundiesen en ellos mayor temor y asombro con su repentina salida, que debian verificar así que oyesen el estruendo de los cañones; y él por último se puso al frente de la infantería, previniéndoles á todos

que estuviesen dispuestos para pelear si fuere necesario.

Todas estas disposiciones, y otras que omito, no indican á la verdad que Pizarro procedia de buena fe: puede ser muy bien que solo fuesen precauciones de buen soldado; pero lo que sucedió luego da lugar á pensar siniestramente de su intencion, y ofrece márgen para vituperar su carácter, y afeár su conducta.

Al amanecer del dia siguiente ya estaba en movimiento todo el campo de los Peruanos. Cada uno se apercibia para executar las órdenes reales, y nada omitian aquellos Indios en su adorno, que pudiese dar á los Españoles una idea favorable del poder y grandeza de su Soberano. Pasóse una gran parte del dia en preparativos, y por fin se dió principio á la marcha, pero con tal órden y lentitud, que tardáron mas de quatro horas en andar una legua que habia desde su real hasta el alojamiento de los Españoles; lo qual visto por Pizarro, temiendo

que llegase la noche, despachó un mensaje á Atahualpa, suplicándole que mandase apresurar el paso para que pudiesen verse quanto antes.

Venia el Inca con numeroso acompañamiento en unas andas de oro macizo, adornadas de piedras preciosas y plumas de varios colores. Llevábanle en hombros sujetos de la primera distincion, yendo delante muchos, que limpiaban el camino hasta quitar las pajas mas menudas, y otros cantando y baylando al estilo de aquella tierra. Seguian luego los personajes de mas autoridad, tambien en andas de gran valor, y escoltaban esta pomposa marcha unos treinta mil hombres de tropa, distribuidos con órden é inteligencia.

Llegado Atahualpa á Casamarca, entró en la plaza sin rezelo alguno con la mayor parte de su comitiva; y reparando en el corto número y en la disposicion militar de los Españoles, se volvió á los suyos, diciéndoles, que aquellos eran mensageros de Dios, y que de consiguiente, lejos de hacerles

mal, los tratasen con cariño y veneracion. Entonces se acercó al Inca un religioso Dominico, llamado Fray Vicente de Valverde, con una cruz en la mano, y en la otra el breviario, y puesto delante de las andas, le hizo un largo razonamiento en esta substancia.

Hablóle en primer lugar de la unidad y trinidad de Dios; de la creacion del mundo y del hombre; del pecado de Adan, y de la encarnacion, pasion, muerte y resurreccion de nuestro Señor Jesuchristo, procurando darle una idea de estos misterios. Pasó luego á tratar de las preeminencias del Sumo Pontífice y de su potestad, por la qual habia concedido todas aquellas regiones al Emperador Cárlos Quinto, á fin de que con su poder temporal introduxese en ellas la religion christiana; y concluyó con decirle, que para que hubiese paz y alianza entre él y aquel poderosísimo Monarca, cuyo enviado era D. Francisco Pizarro, que allí estaba presente, convenia que desde luego se constituyese tributario suyo,

que prestase obediencia al Papa, y que abrazase la religion católica, amenazándole con que de lo contrario los Españoles derribarian por fuerza sus ídolos, le despojarian de su dignidad, y llevarian á sangre y fuego todo su reyno.

Entristeciése no poco Atahualpa al oír las últimas cláusulas de este discurso, que ademas de ser muy áspero y seco, le hiciéron mas desabrido y confuso la ignorancia y torpe interpretacion de Felipillo; sin embargo, reprimiendo lo mejor que pudo su dolor, respondió conforme á lo que habia entendido, explicándose poco mas ó menos en estos términos.

„ Gran contento fuera para mí el
 „ que hubieseis escogido un intérpre-
 „ te mas fiel y experimentado, pues
 „ no dexo de entender que tus pala-
 „ bras significan otra cosa, que lo que
 „ este Indio me ha dicho; porque ha-
 „ biendo de tratar de paz y amistad,
 „ parece extraño que me amences
 „ ahora con guerra y muerte, exígien-

do que por fuerza ó de grado renun-
cie mi reyno, y me haga tributario
de otro Rey. De aquí infiero, ó que
vuestro Príncipe y todos vosotros
sois tiranos que andais destruyendo
el mundo, quitando reynos ajenos,
matando y robando á los que no ós
han hecho injuria, ó que sois minis-
tros de Dios, que os ha elegido para
castigo y destruccion nuestra. Si es
así, mis vasallos y yo nos ofrecemos
á todo lo que querais hacer de noso-
tros, no por temor que tengamos de
vuestras armas, sino por cumplir lo
que mi padre Huayna Capac de-
xó mandado á la hora de su muerte,
esto es, que sirviésemos y honráse-
mos á una gente barbada como vo-
sotros, que habia de venir despues
de sus dias. Ademas de esto me ha
dicho el intérprete, que me propo-
neis cinco varones señalados que de-
bo conocer. El primero es el Dios
tres y uno, que son quatro, á quien
llamais criador del universo: el se-
gundo es el que decís que es padre

„ de todos los hombres : al tercero lla-
„ mais Jesuchristo : al quarto nom-
„ brais el Papa ; y el quinto es Cárlos,
„ á quien sin hacer cuenta de los otros,
„ llamais poderosísimo Monarca del
„ universo. Pues si este Cárlos es
„ Príncipe y Señor de todo el mundo,
„ ¿ qué necesidad tenia de que el Pa-
„ pa le hiciera nueva concesion para
„ hacerme guerra? Y si la tenia, el Pa-
„ pa es mayor Señor que no él. Tam-
„ bien me admiro que digais que es-
„ toy obligado á pagar tributo á Cár-
„ los, y no á los otros, porque no ale-
„ gais ninguna razon para eso, ni yo
„ me hallo obligado á darlo por nin-
„ guna via. Porque si de derecho hu-
„ biese de pagar tributo, pareceme
„ que habia de ser á aquel Dios que
„ dices que nos crió á todos, y á aquel
„ primer hombre, padre de todos, y á
„ aquel Jesuchristo que nunca, segun
„ entiendo, amontonó sus pecados; fi-
„ nalmente, habia de ser al Papa que
„ puede dar y conceder mis reynos y
„ mi Persona á otros. Pero si dices

„ que á estos no les debo nada, menos
 „ debo á Cárlos que nunca fue Señor
 „ de estas regiones, ni las ha visto; y si
 „ despues de aquella donacion tiene
 „ algun derecho sobre mí, fuera pues-
 „ to en razon que me lo declararais
 „ antes de amenazarme con guerra á
 „ sangre y fuego, para que yo obede-
 „ ciera la voluntad del Papa, que no
 „ soy tan falto de juicio que no me
 „ avenga á lo que es justo.

A todas estas razones añadió Atahualpa otras muchas, y todavía iba á proseguir, quando no pudiendo ya los Españoles sufrir la prolixidad de aquel discurso, saliéron de sus puestos, y diéron sobre los Indios, para quitarles las muchas alhajas de plata, oro y piedras preciosas, que como gente que iba á oír la embaxada del mayor Monarca del universo, habian echado sobre sus personas. Alborotóse con esto aquella gente, y como entonces hiciese Pizarro la señal de acometer, principió el fuego de la artillería, y embistiéron los nuestros á toda furia, sin

encontrar resistencia alguna , porque el Inca mandaba á los suyos á grandes voces , que de ninguna manera ofendiesen á los Españoles , aunque le prendiesen y matasen á él mismo. Salió al propio tiempo la caballería que estaba oculta , y aumentó la confusion y el estrago. Entretanto Pizarro , que ya sabia que la victoria en aquellas tierras consistia siempre en apoderarse de la persona del Rey , se fue derecho á las andas con quince compañeros , escogidos para el intento ; y arrollando y matando á los Indios que á porfia se ponian delante , sucediéndose unos á otros , llegó por fin á apoderarse de Atahualpa , sin que en toda la faccion hubiese ningun Español muerto ni herido , á excepcion del mismo Pizarro , que lo fue de una cuchillada , que por equivocacion le dió cierto Miguel Astete en una mano , al tiempo de asir al Inca , á quien iba dirigida.

En ninguna parte de la historia de América quizá estan tan discordes los autores , como en la relacion de este

lastimoso sucèso. Yo os lo he referido con la respuesta de Atahualpa, casi al pie de la letra como lo trae nuestro Garcilaso, que en muchos puntos merece la preferencia sobre todos los historiadores del Perú. Otros aseguran que Atahualpa respondió á la oracion del Padre Valverde con mucha desatencion y enojo, diciendo desabridamente, que no queria ni pagar tributo, ni mudar de religion, pues tenia la suya por la mejor de todas. Cuentan asimismo, que habiendo preguntado al Padre Fray Vicente, que quien le habia dicho que su Dios era el hacedor del universo, le entregó aquel el breviario (segun otros la Biblia), y que habiéndoselo acercado al oido, como viese que no hablaba, le echó al suelo con desprecio: que entonces, arrebatado de zelo el Religioso, se apartó gritando: Cristianos, los Evangelios hollados; justicia y venganza sobre estos: ea, ea, destruidlos, que menosprecian nuestra ley, y no quieren nuestra amistad; con lo qual inci-

tó á los Españoles á que acometiesen á aquellos infelices; y añaden que luego en el ardor de la accion aconsejaba á los nuestros, que no hiriesen de tajo ni de reves, sino de punta para no quebrar las espadas.

El citado Garcilaso refuta toda esta relacion, y procura desvanecer las imputaciones hechas al Padre Fray Vicente de Valverde, diciendo, que que no es de creer que un Religioso de su virtud y doctrina, que murió á manos de los Indios por predicar la fe católica, faltase á la caridad en aquellos términos, y se mostrase tan inhumano.

De todos modos, hijos míos, el resultado fue la prision del Inca Atahualpa, y un destrozo tan grande en los Indios, que pasan de cinco mil los que perecieron, sin contar las mugeres, los viejos y los niños; y todavía hubiera sido mayor el número á no haber derribado ellos mismos con el ímpetu de la fuga (cosa que parece increíble) un trozo de mas de cien pies

de una de las paredes de cantería que cercaban aquella gran plaza; porque aunque muchos quedáron sepultados debaxo de sus ruinas, los demas, que por estar tomadas todas las puertas no podian escaparse, saliéron por aquella brecha, y se acogiéron al campo. Los Españoles, despues de perseguirlos hasta que la obscuridad se los quitó de la vista, acudiéron á saquear el campo enemigo, donde encontráron inmensas riquezas, entregándose luego, como todo exército vencedor, al regocijo y á los excesos.

Pero ya es hora, niños, de que nos recojamos. Harto lastimoso y sangriento es el quadro que os he presentado, para que ocupe por mas tiempo nuestra atencion.

RELACION XLVI.

El dia siguiente, estando ya reunida la familia, y leyendo el padre en el semblante de los niños su impaciencia por oír las resultas de aquella funesta

jornada , dió al punto principio á la relacion de esta manera.

No fue poca la consternacion del infeliz Atahualpa al verse con cadenas quando menos podia imaginarlo; y sin embargo de que ocupaban continuamente su espíritu las reflexiones mas tristes acerca de su inesperada caida, y de la inconstancia de la fortuna, no dexó por eso de exâminar el carácter de sus vencedores, para indagar los medios de conseguir su libertad. Advertiendo pues que el oro y la plata era lo que mas excitaba los deseos de los Españoles , les ofreció que si le prometian soltarle, les daria tantas piezas de estos metales , quantas bastasen para llenar la sala en que estaba preso, hasta donde él pudiese alcanzar con la mano , á cuya altura mandó tirar una raya colorada en la pared, al rededor de la misma sala, que segun dicen tenia veinte y dos pies de largo, con diez y seis de ancho. Muy halagüeña era la propuesta para ser desechada. Admitiôla Pizarro , aunque

dudaba de la posibilidad de su cumplimiento; y el Inca despachó inmediatamente á todas las provincias de su Imperio las órdenes para juntar el rescate que habia ofrecido. Con esto principiáron á enviar de todas partes tanto oro y tanta plata, que causaba admiracion ver el esmero y la puntualidad, con que los Peruanos obedecian á su Rey, aunque estaba preso. No obstante, no llegaban estos tesoros con la prontitud que hubieran querido los Españoles. Conociólo Atahualpa, y trató de disculpar aquella tardanza, alegando la distancia de las provincias principales, de donde se habia de traer la mayor parte del rescate, que eran el Cuzco, Pachacamac, Quito y otros distritos. Hízoles saber que Pachacamac, que era el lugar menos distante, estaba mas de ciento quarenta leguas de allí, doscientas el Cuzco, y Quito otras tantas ó mas; y para mayor justificacion suya, solicitó que pasasen Españoles á aquellas partes, para que se hiciesen cargo de los tesoros que en

ellas y en todo el Reyno había, y persuadiéndose de la cantidad, se pagasen por su mano. Pero viendo que Pizarro estaba perplexo, tanto porque no se atrevia á debilitar su corto ejército, como porque dudaba de la seguridad de los que se ofreciesen para aquella expedicion, le dixo: „Nada „hay que temer, teniéndome á mí en „cadenas. Mi persona y familia son „rehenes suficientes para que no des- „confieis de mis vasallos.” Entonces se determináron Hernando de Soto y cierto Pedro del Barco á ir al Cuzco; otros quatro Españoles á las distintas provincias que habia indicado Atahualpa, y Hernando Pizarro á Pachacamac, donde estaba el templo mas rico de todo el Perú.

Hernando de Soto y Pedro del Barco emprendiéron su viage; y así ellos como los otros quatro Españoles iban en hamacas, en hombros de Indios, que así lo dispuso el Inca, para que fuesen mas regalados y mas aprisa.

CARLOTA. ¿Y qué son hamacas?

EL PADRE. La hamaca es una red de ocho ó nueve pies de largo, y de cinco ó seis de ancho, fruncida, y atada en los extremos, donde hay una especie de sortija muy gruesa, por la qual pasa una cuerda, que sirve para colgarla de las dos puntas, ó un palo largo para llevarla en hombros dos personas, quando alguno va metido en ella. Se hace regularmente de pita ó de junco fuerte flexible. Las hay igualmente de coton, y los Indios usaban de ellas para viajar. En el dia suelen servirse de esta especie de cama tambien algunos de los Europeos que han pasado á América; y en aquellas regiones las estilan como por luxo muchas mugeres para mecerse, y tomar el fresco en sus casas, no menos que para hacerse llevar por las calles.

Con esta comodidad caminaban Hernando de Soto y Pedro del Barco; y habiendo andado mas de cien leguas, llegaron al parage, donde los Capitanes de Atahualpa tenian preso á su

hermano Huascar. Los dos Españoles, sabiendo que allí estaba, quisieron verle, y él tambien lo procuró, á pesar de la vigilancia con que le guardaban. Con efecto, tuviéron una larga conferencia, y en ella el desgraciado Inca se quejó por señas de la tiranía é injusticia de Atahualpa, imploró el auxilio de los Españoles, y les prometió mas oro que su hermano, pues dixo, que no solo llenaria la sala hasta la raya que habia echado Atahualpa, sino hasta el techo, que era tres tantos mas, afirmando que él podia cumplir mejor su promesa, porque sabia donde estaban los inmensos tesoros de su padre y de sus antepasados, y que su hermano para cumplirla era preciso que despojase templos y altares, pues no tenia otro recurso. Quizá estas expresiones de Huascar no carecerian de verdad, porque corria la voz de que habia mandado enterrar todos los tesoros de su padre, y que luego, para que Atahualpa no llegase á saber de ellos, hizo quitar la vida á quantos

tuviéron parte en aquella operacion.

MATIAS. ¿Quién sabe si esas riquezas estarán escondidas todavía debaxo de tierra?

EL PADRE. Puede ser muy bien. Con todo, los dos exploradores no se atrevieron á quebrantar las órdenes de su Capitan, y se despidieron del infeliz Huascar, dexándole mas triste y desconsolado que estaba antes, porque temia que el haber hablado con ellos, lejos de proporcionarle el socorro que habia esperado, apresurase su muerte.

¡Ay, que no fueron vanos sus zelos! Informado Atahualpa de la conferencia que su hermano tuvo con los Españoles, entró en sospecha de que llegándose á entender el grande ofrecimiento que hizo, tomasen aquellos extrangeros el partido de la razon, y le repusiesen en sus derechos. Sobresaltado con esto, y temiendo perder la corona, mandó con maña y de secreto quitar la vida al desventurado Huascar, quien al espirar pronunció, segun dicen, estas proféticas palabras: „Yo

„ he sido poco tiempo Señor de esta
 „ tierra; pero menos lo será el traidor
 „ de mi hermano, que sin reparar en
 „ que soy su legítimo Rey, se atreve
 „ á derramar mi sangre.” Dentro de
 poco veremos si se verificó esta con-
 jetura.

Soto entretanto y Pedro del Barco
 proseguian su camino, recibiendo en
 todas partes los mismos honores que
 los Indios solian hacer á sus Reyes y
 á sus dioses. Llegáron por fin al Cuz-
 co, y quedáron absortos al ver la her-
 mosa disposicion de aquella capital.
 En ella fuéron recibidos con grandísi-
 ma fiesta y regocijo, y tratados como
 deidades. Pero lo que mas llamó su
 atencion fue la inmensa cantidad de
 oro y plata con que estaban adornadas
 todas las casas, y con especialidad las
 del Rey, los templos del sol, y los
 conventos de sus vestales. Diéron dis-
 posicion para que se recogiesen todas
 aquellas riquezas, á fin de llenar el
 rescate de Atahualpa; y aunque los
 Indios se escandalizaban al ver despo-

jar sus templos y profanar sus altares; extrañando la poca moderacion de aquellos hombres, que ellos al principio habian tenido por divinos, no osaban hacer resistencia, tanto porque deseaban la libertad de su Príncipe; quanto por el temor que les infundian los Españoles.

En este intermedio se supo que habia llegado á San Miguel Diego de Almagro con un refuerzo considerable. Suponen algunos que su primera intencion no era juntarse con Pizarro, sino conquistar para sí; pero apenas tuvo noticia de la prision de Atahualpa, y de las grandes riquezas que habian recogido los Castellanos, se puso en camino para ir donde estaba su compañero, y participar con su gente de aquellos despojos. Cerca de Casamarca le salió al encuentro el Gobernador, y ambos se recibieron recíprocamente con vivas muestras de amistad y cariño. Duró la concordia y buena armonia entre todos hasta que se trató de la proporcion que se habia de guardar

en repartir el rescate de Atahualpa, así que estuviese completo. Entonces se suscitó alguna desavenencia, porque los soldados de Pizarro se oponían á que los de Almagro tuviesen parte en aquellos tesoros, porque no la tuvieron en la facción que se los había proporcionado. Los de Almagro pretendían que se contase con ellos en la repartición, alegando las razones que les parecían favorables; y algunos de ellos, para evitar disputas, solicitaban que se matase á Atahualpa, á fin de que luego no hubiese pretexto para negarle su parte de lo que se adquiriese en adelante. Calmó Pizarro los ánimos con su acostumbrada prudencia; y llegado el día que señaló para la repartición, la executó á satisfaccion de todos, implorando antes el favor divino para proceder con equidad y justicia. Sacó desde luego, segun la costumbre, el quinto para el Rey, con las alhajas de mas valor, que dexó sin fundir: separó despues cien mil pesos para Almagro: luego tomó para sí lo que le

pertenecia como General: dió á los principales una parte correspondiente al grado de cada uno; y por último, repartió lo restante entre los soldados, guardando proporcion entre los de á pie y la caballería. Los autores estan discordes acerca de la cantidad positiva á que subió aquel rescate; pero todos convienen en que fue crecidísima, y Garcilaso la fixa á quatro millones, seiscientos cinco mil, seiscientos setenta ducados. Tambien hay quien dice que sin aguardar á que estuviese completo se hizo la reparticion á toda priesa, antes que llegase Diego de Almagro á Casamarca, para eludir sus pretensiones; y que poco satisfecho con los cien mil pesos, se indispuso con Pizarro, quien por fin consiguió apaciguarle con regalos y promesas.

ANTONIO. ¿Y á Hernando de Luque no le tocó nada?

EL PADRE. No, porque se supo entonces que habia muerto.

NICOLAS. Pero me parece, papá, que esa cantidad de oro y plata no es

para tanta ponderacion , porque ya sabemos donde alcanzan quatro ó cinco millones de ducados , y mas repartidos entre tanta gente.

EL PADRE. Es cierto que en el dia no es para causar tanta admiracion ; pero si se consideran las circunstancias de aquellos tiempos , y que diez ducados valian entonces mas que ahora ciento , será fácil hacerse cargo de la impresion que haria una fortuna tan grande y repentina en unos hombres por lo general pobres y sin recursos. Así fue , que muchos pidiéron al instante licencia para volverse á España , con el fin de disfrutar descansadamente lo que habian ganado ; y Pizarro se la concedió sin dificultad alguna , primeramente porque estaba persuadido de que ya no podria serle muy útil gente que aspiraba á una vida descansada y tranquila , y en segundo lugar , porque conocia que las riquezas que traerian á Europa , serian un incitamiento para que muchos se determinasen á pasar al Perú.

En este tiempo, como ya Atahualpa habia cumplido su palabra, pedía incesantemente que tambien los Españoles cumpliesen la suya. Pero lejos de obtener lo que la razon y la justicia exígian, reparaba con dolor, que le iban mirando cada dia con mas desprecio. Hernando Pizarro era el único, que lastimándose de su situacion, procuraba hacérsela mas llevadera, usando con él de todas las atenciones imaginables. Mas no tardó mucho en verse privado tambien de este triste consuelo, mediante que á Hernando Pizarro se le comisionó para conducir á España los que habian pedido su retiro, y para traer al Rey la parte del rescate que le cupo, con la relacion de quanto se habia obrado en aquella tierra. Sintió Atahualpa en el alma su partida, y al despedirse de él, exclamó: „ ¡ Quénto me pesa, Capitan, que te „ ausentes, porque yendote tú, me han „ de matar ese tuerto, y ese gordo! ” Decia esto por Diego de Almagro, quien, como os indiqué antes, habia

perdido un ojo en una refriega con los Indios, y por el Tesorero Real, Alonso Riquelme, pues á los dos habia visto murmurar contra él, y eran los que le trataban con mas dureza y desabrimiento.

LUISITO. ¿ Si le quitarán la vida ?

EL PADRE. No juzgo conveniente por ahora satisfacer tu curiosidad. De qualquier modo que sea, ya que no podemos hacer nada en favor del pobre Inca, suspendamos la decision de su suerte hasta mañana.

RELACION XLVII.

La profunda tristeza, con que se presentáron los niños el dia siguiente, indicaba su inquietud por la situacion del desgraciado Atahualpa, y nada favorable prometia el melancólico semblante del padre, que con tono grave dió principio á la relacion, diciendo.

Concurrían varias circunstancias para que ya los Españoles considerasen al Inca como una carga engorrosa.

Diego de Almagro y su gente, temiendo que Pizarro usurpase todas las riquezas del Perú, alegando que formaban parte del rescate de Atahualpa, deseaban quitarle este pretexto. El mismo Francisco Pizarro le traía sobre ojo, desde una vez que supuso haber recibido de él una ofensa, tanto mas difícil de perdonar, quanto humillaba y heria directamente su amor propio. Oid pues el pasage. De todas las ciencias de los Europeos, ninguna habia asombrado tanto al Inca como el arte de escribir. Dexábale atónito esta admirable facilidad de comunicarse recíprocamente, sin hablar ni verse, las ideas y los pensamientos, y no pocas veces le habia ocurrido la duda de si sería un arte adquirida, como otras muchas, ó una calidad con que la naturaleza hubiese dotado solo á los Españoles. Un dia para salir de aquella incertidumbre, pidió á un soldado de los que le guardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiese el nombre del Dios de los christianos. Com-

placióle el soldado, y luego que entró otro, le enseñó Atahualpa aquellas letras, preguntándole lo que decían. Satisfizo el Español á su pregunta, y lo mismo hicieron otros tres ó quatro sucesivamente. Poco despues llegó Pizarro, y habiendo conversado un rato con el Inca, le hizo este la misma pregunta que á los demas; pero como aquel no sabia leer no acertó á decirlo: de donde infirió Atahualpa que el escribir no era una propiedad natural, sino cosa aprendida, y desde entonces tuvo en menos á Pizarro, despreciándole abiertamente, porque aquellos Incas, como os dixé dias pasados, llevaban por máxíma, que los superiores, así en la guerra como en la paz, debían hacer ventaja á los inferiores, á lo menos en todo lo que era necesario aprender; por cuya razon entendió que siendo el leer y escribir un arte adquirida con la aplicacion y el estudio, era preciso que el Europeo que no la poseia, fuese un hombre sin educacion y de baxa esfera. No tuvo Pi

zarro la generosidad de sufrir esta especie de agravio; y buscando con ansia la ocasion de vengarse, fue tan desgraciado, que para menoscabo de su gloria, no tardaron en deparársela las circunstancias.

El intérprete Felipillo, que quizá tambien contribuyó á la prision de Atahualpa, fue el móvil principal de la trama. Este Indio despreciable, que hacia entonces un papel muy superior á su clase y á sus talentos, llegó á engreirse en tales términos, que se atrevió á poner los ojos en una hija del sol, muger del Inca, y á concebir el temerario proyecto de casarse con ella. Sin embargo, se hacia bastante justicia para creer que jamas Atahualpa permitiria semejante enlace, y el perverso, para obviar este inconveniente, acudió al arbitrio mas infame del mundo, tratando de hacer morir al Inca. Acusóle con efecto de traicion, acumulándole que juntaba gente de secreto para asesinar á los Españoles.

Una delacion de esta naturaleza, y

contra un personage como Atahualpa, merecía sin duda el exámen mas prolixo; pero demasiado grande era el empeño de quitar del medio á aquel Príncipe, para que se desperdiciase una ocasion tan favorable. No obstante, á fin de dar al atentado algun viso de justicia, se formó un tribunal á propósito, nombrando jueces, fiscal, procurador y abogados. Mas ¿de qué servirían todas estas apariencias legales, si las declaraciones de los testigos, no menos que las respuestas y descargos del Inca, debian pasar por boca de su mismo delator, que precisamente habia de desfigurarlas?

ALGUNOS. ¡Qué maldad!

LUISITO. ¡Cómo echaria menos el infeliz á Hernando Pizarro!

JACINTO. ¿Es posible que ningun otro sácase la cara por él?

EL PADRE. No hagas tal agravio al corazon de los Españoles, porque fuéron tantos los que se opusieron á semejante disposicion, que por poco hubo un tumulto. Protestáron desde luego

contra un proceder tan contrario al derecho y al honor de España; apeláron al Emperador Carlos Quinto, nombrando á Juan de Rada por protector de Atahualpa; hicieron responsables á los jueces de los daños y perjuicios que resultasen de aquella injusticia; y por fin creció de tal suerte el alboroto, que no faltó mucho para que riñesen y se matasen; pero no hubo remedio; el fallo estaba echado; y así á pesar de tanta oposicion, cedió la humanidad á la cabala, y el desventurado Inca fue condenado á muerte.

Es imposible expresar el sentimiento que hizo, quando le notificáron la sentencia. Prorumpió en clamores y lágrimas; protestó mil veces su inocencia; se quejó amargamente de Pizarro, que habiendo prometido soltarle por rescate, le quitaba la vida; y por último, le pidió con las mas vivas expresiones de dolor, que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamas le habia ofendido, sino que le remitiese á España, para que el mis-

mo Emperador le juzgase.

Todo fue inútil. Llevóse el viento sus quejas, y solo consiguió por único alivio, que en lugar de quemarle vivo, como estaba resuelto, le diesen garrote, mediante haber recibido el bautismo por insinuacion del Padre Valverde, quien, segun dice Herrera, tuvo la flaqueza de ofrecerse el primero á firmar la sentencia.

ALGUNOS. ¡Qué Pizarro tan inhumano!

LA MADRE. Esta accion seguramente no indica que tuviese un corazon muy tierno; ¿pero quién no ve aquí, hijos míos, la mano de Dios descargar su ira en Atahualpa, y vengar la sangre de Huascar y la de toda la familia de los Incas, derramada con tanta crueldad é injusticia?

ALGUNOS. No hay duda que cometió grandes atrocidades.

LA MADRE. De esta manera suele la divina Providencia permitir que un delito sea castigo de otro delito.

JUAN. Es cierto. Pero eso no justi-

fica á Pizarro. ¿Quién le dió facultad para quitar la vida á un Rey por razon de estado y venganza?

LA MADRE. Nadie; ni yo pretendo disculparle: solo he querido aprovechar esta ocasion para haceros ver de nuevo, que aun en esta vida el vicio y la virtud logran castigo ó recompensa.

EL PADRE. Otros exemplos semejantes á este os presentará dentro de poco el proceso de esta historia. No creais que la muerte de Atahualpa quedase impune. Todos los que tuvieron parte en ella acabáron mal. Pero no trastornemos el órden de los sucesos.

Varios hijos y dos hermanos dexó Atahualpa; y pareciéndole á Francisco Pizarro, que convenia á sus miras que no quedase por entonces sin Rey aquella monarquía, dispuso que proclamasen á uno de los primeros que estaban en su poder. Los demas se hallaban entonces en Quito, baxo la proyeccion de un General Peruano, lla-

mado Rumiñavi. El qual recibió con pompa el cadáver de Atahualpa, que desenterraron los Indios, luego que los Españoles salieron de Casamarca, y ordenó que se le hiciesen al estilo del pais las exêquias correspondientes á su grandeza. Mas esta disposicion no fue sino un pretexto para consumir la enorme traicion que tenia proyectada; porque habiendo resuelto alzarse con el reyno, mandó asesinar en un dia á los hijos de Atahualpa y á todos los principales de su bando, que habian concurrido á la celebracion de los funerales.

Mientras se executaba en Quito esta lastimosa tragedia, aclamaban en otra parte por Inca á un hermano de Huascar, llamado Paullo, uno de los pocos que pudieron escapar de la crueldad de Atahualpa. Pero era aparente y especiosa semejante aclamacion, porque las intenciones de Quizquiz, otro General de Atahualpa, que la promovia, no eran mas sanas que las de Rumiñavi. Al mismo tiempo se le

vantáron otros tiranos en diversas provincias; y en breve se convirtió todo aquel Reyno en un teatro de guerras, maldades y horrores.

Miraba Pizarro con complacencia este trastorno , porque contemplaba que le facilitaria la entera conquista de aquel Imperio. Para no desperdiciar el tiempo ni la ocasion, se puso inmediatamente en camino para el Cuzco; y aunque á los pocos dias falleció el nuevo Inca, que llevaba consigo, prosiguió su marcha sin detenerse. Abonaban las circunstancias su atrevimiento, pues era tan general el desórden en el Perú, y tan considerables los refuerzos que habia recibido de Panamá y otras colonias, que sin incurrir ya en la tacha de temerario, podia prometerse un éxito favorable á su empresa. Es cierto que Quizquiz le salió al encuentro con un cuerpo numeroso de tropas; pero ya sabemos que todos aquellos exércitos de Indios no bastaban para hacer frente á pocos Europeos, endurecidos en los traba-

jos de la guerra, y superiores en la calidad de las armas y en la disciplina; de suerte que cada reencuentro costaba la vida á una infinidad de Indios, al paso que por casualidad habia un Español muerto ó herido.

Por último, llegó Pizarro felizmente al Cuzco; y las riquezas que encontraron los soldados en aquella capital, fueron mucho mayores que las que les habian tocado en Casamarca, á pesar de que los habitantes escondieron la mayor parte antes que entrasen los Españoles. Los quales con los grandes tesoros adquiridos principiaron á mirar el oro con tal indiferencia, que los simples soldados aventuraban al juego sumas considerables; y todas las cosas subieron á un precio tan excesivo, que un caballo costaba tres, quatro, y hasta cinco mil pesos.

En medio de tanta prosperidad vino á acibarar su dulzura un contra-tiempo funesto, ocasionado por el descuido con que caminaban los Españoles. Algunos de ellos quedaron prisio-

neños en un acometimiento repentino que hicieron los Indios, quienes ufanos con esta ventaja, los llevaron á Casamarca, donde los presentaron á un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Atauchi. Con los informes que este tomó acerca de la muerte del Inca, averiguó que uno de los prisioneros era el Escribano, que le habia notificado la sentencia, y presenciado su execucion, y que los otros eran de los que habian sido en su favor, y habian procurado libertarle la vida con riesgo de perder las suyas. En virtud de esta averiguacion dispuso que á Sancho Cuellar, que así se llamaba el Escribano, le ahogasen en el mismo palo en que ahogaron á Atahualpa, y á los demas mandó curar, regalar, y poner en libertad. Es de advertir, que á Cuellar le diéron muerte los Indios con las mismas formalidades con que se la diéron los Españoles al Inca, y le tuvieron preso en el mismo calabozo.

Mientras sucedia esto en Casamarca, se iba formando en otra provincia

una nueva tempestad, que tambien contribuyó al total exterminio de aquel Imperio.

Noticioso Sebastian de Belalcazar (á quien Pizarro habia encargado el gobierno de la ciudad de S. Miguel) de la toma del Cuzco, tuvo á menos, como hombre de ánimo elevado, estarse ocioso, y no participar de la gloria de sus compañeros. Llegaron á la sazón algunos refuerzos de Panamá, y animado con este socorro, determinó ir á Quito, capital de la provincia del mismo nombre, donde cometia inauditas crueldades el General Rumiñavi, quien, como ya oisteis, habia usurpado aquella soberanía. Propúsose Belalcazar sujetarle, y con este ánimo emprendió su marcha. El camino era largo y penoso. Convenia pasar rios caudalosos, atravesar bosques de impenetrable espesura, trepar por montañas altísimas, meterse por pantanos intransitables; sin embargo, no bastaban estos obstáculos para arredrar á unos hombres curtidos en los trabajos,

y dispuestos á arrostrar quantos peligros podian imaginarse. Con efecto, todo cedió á su esfuerzo, y Rumiñavi fue derrotado al frente de sus mejores tropas. La confusion y el terror caminaban delante del ejército Español: amedrentados los Indios, huian de todas partes; y Belalcazar llegó sin mas oposicion á Quito, donde los soldados presumian encontrar tesoros inmensos. Pero quedáron frustradas tan lisonjeras esperanzas: los habitantes habian ocultado de antemano todo el oro y la plata, y los Españoles no halláron la menor recompensa de sus trabajos.

A este tiempo he aquí que vuelve á presentarse en la escena un hombre, de quien ya he tenido ocasion de hablaros otras veces. Este era Pedro de Alvarado.....

ALGUNOS. ¿El que se distinguió tanto en la conquista de México, baxo las órdenes de Hernan Cortés?

EL PADRE. El mismo. Este valeroso Capitan habia logrado por premio de sus grandes servicios el gobierno de la

provincia de Guatemala, que podeis ver en el mapa del golfo de México, un poco mas abaxo de Tabasco, cerca del mar del sur. Las noticias que allí tuvo de las hazañas y prosperidades de Francisco Pizarro, despertáron su antiguo valor, y resolvió desde luego marchar al Perú, para tener tambien parte en la gloria de aquellos descubrimientos. Apenas publicó su jornada, fué tanta la gente que le atraxo su fama, que presto se hallo en estado de embarcarse con quinientos hombres, la mayor parte caballeros de la primera distincion; y tan acomodados, que entre ellos habia al pie de doscientos que tenian caballos propios; de donde podeis inferir sus facultades, respecto del excesivo precio á que estaban entonces los caballos en aquella tierra.

Con ellos aportó Alvarado, despues de una indomoda navegacion, á Puerto viejo, bahia que aqui teneis al sur, al otro lado de la línea; y desde allí sin pérdida de tiempo se puso en marcha por tierra la vuelta de Quito.

En este camino, que aun en el dia es el mas penoso y difícil de quantos hay en América, encontró reunidos todos los trabajos y las incomodidades, que hasta entonces habian padecido Pizarro y sus compañeros en sus diferentes marchas; por manera que, segun la descripcion que nos hacen los historiadores unánimes, parece imposible que hubiese fuerzas humanas que alcanzasen á superar tantos obstáculos. Molestáronles la respiracion por el espacio de muchos dias las ardientes cenizas, que á manera de espesas nubes les arrojaba con truenos y relámpagos el volcan de Quito, á mas de ochenta leguas de distancia. Tuviéron que comerse los caballos, para no morir de hambre; y hubiera acabado con ellos la sed, si despues de muchos dias de angustias no hubieran dado con unas cañas, que contenian bastante rocío para remediarlos. Pero todo esto fue una nada en comparacion de lo que padeciéron al pasar unas sierras, cubiertas de nieve, donde hacía un frio

tan excesivo, que se heláron sesenta Españoles, muchos Indios amigos, y algunos caballos de los que el hambre habia perdonado. Sin embargo, triunfó Alvarado de todos estos esfuerzos de la naturaleza, conjurada al parecer contra él, y vencedor de tantas dificultades, llegó finalmente á la vista de Quito, que halló en poder de Sebastian de Belalcazar. Dexémosle pues aquí que descanse, y mañana os diré qual fue la acogida que tuvo.

RELACION XLVIII.

EL PADRE. Francisco Pizarro, á cuyos oídos habian llegado ya la intencion y los progresos de Alvarado, despachó á toda priesa á Diego de Almagro con cien hombres, para que se incorporase con Belalcazar, y ambos se opusiesen con la fuerza ó con maña á los intentos de aquel caudillo. A poco de haberse juntado los dos Capitanes, supiéron que el ejército de Alvarado estaba cerca, y esta noticia

os traía muy inquietos, porque ignoraban si encontrarían en él un aliado ó un enemigo. No obstante, á prevención, determináron salirle al encuentro, para recibirle de paz ó de guerra, según pidiesen las circunstancias. Siete soldados de á caballo tuviéron orden de ir á reconocer el campo; pero tomaron tan mal sus medidas, que todos cayéron en manos de Alvarado; el qual los trató con agasajo, y despues de informarse de la gente que llevaba Almagro, y de lo demas que le importaba saber, los dexó ir libres. De esta generosidad de Alvarado infirió bien Diego de Almagro; sin embargo, no le puso del todo sus rezelos, por no haberle enviado á decir nada con los batidores puestos en libertad; y así estuvo entre temor y esperanza, aguardando la resulta de aquella jornada.

En tiempo y ocasion de tanta inquietud para Almagro, sucedió una novedad que fue parte para acrecentársela. El perverso Felipillo, que siempre estaba dispuesto á aprovechar

todos los medios, de que podia prometerse alguna utilidad, no se avergonzó de cometer una traicion, que supuso podia contribuir al aumento de sus intereses. Pasóse una noche al ejército de Alvarado, y se ofreció á entregarle no solo la persona de Almagro, sino tambien la posesion de todo el pais; pero Alvarado fue tan generoso, que desechó la infame propuesta, despreciando al vil traidor que se la hizo.

Ibanse aproximando en esto los dos ejércitos, tanto que por fin llegaron á la vista el uno del otro. Aquí hicieron alto; y como ninguno queria ser el primero en entablar proposiciones de paz, estaban puestos en arma, y á punto de venir á las manos. Semejante suspension hubiera parado sin duda en un sangriento combate, á no mediar un letrado de gran consejo y prudencia, que consiguió un armisticio de veinte y quatro horas, para que los Generales se viesen y tratasen de ajuste. Verificóse con efecto, y convinié-

on en que Almagro y Pizarro darian
 cien mil pesos á Pedro de Alvarado,
 quien por su parte ofreció evacuar
 quella tierra, y volverse á su gobier-
 no de Guatemala, con promesa de que
 ya no se meteria en las cosas del Perú.
 Tuvo igualmente la condescendencia,
 ó por mejor decir, la flaqueza de inter-
 ceder por Felipillo, á quien á la ver-
 dad se le hubiera hecho mucho favor
 con mandarle colgar de un árbol, á fin
 de que pagase de una vez todas sus mal-
 hades; mas la divina Justicia aguardaba
 á que llenase el número de sus pecados
 para castigarle entonces con mas severi-
 dad. Dexémoslos ahora á todos en es-
 te lugar, y volvamos á los Peruanos.

Titu-Atauchi, aquel hermano de
 Atahualpa, de quien hice mencion
 ayer, y que en calidad de tal debia
 heredar el trono, murió, dexando sus
 derechos á otro hermano suyo, llama-
 do Manco Inca. El qual desde luego
 resolvió pasar al Cuzco á verse con el
 Apú (que este nombre daban los Indios
 al Gobernador) y solicitar la restitucion

de su Imperio. Procuráron disuadirle de esto sus confidentes, haciéndole presente que era mas propio de su carácter obligar á los Españoles con las armas, que no con la sumision. Pusieronle delante de los ojos la desgraciada suerte de su hermano, á quien los hombres blancos quitáron la vida, faltando á sus mas solemnes promesas, y concluyéron con asegurarle, que no tendrían mas contemplacion para con él, que tuviéron con Atahualpa. Sin embargo, no pudiendo persuadirse Manco Inca, á que unos hombres que se preciaban de justicieros y piadosos, fuesen capaces de engañar á quien iba á brindarlos con la paz y la amistad, desechó aquellos consejos, y puso en execucion su proyecto. Llegó con efecto al Cuzco, y penetrado Pizarro de un proceder tan franco y noble, no pudo menos de concederle su aprecio condecorándole con la insignia de la dignidad Real, que era una borla ó franja colorada, que los Soberanos de Perú llevaban en la cabeza.

Entretanto , habiendo celebrado Diego de Almagro y el Gobernador de Guatemala su concierto con regocijo comun, ordenáron que Sebastian de Belalcazar se volviese al Reyno de Quito, y ellos se pusieron en marcha para el Cuzco, porque Pedro de Alvarado antes de regresar á su gobierno queria visitar á Pizarro, y ver aquel Reyno. En el camino tuviéron varios reencuentros de consideracion con Quizquiz , y en uno, que fue muy sangriento, pereciéron cincuenta y tres Españoles, hubo muchos heridos, y el mismo Diego de Almagro estuvo á pique de perder la vida. Con estas ventajas ensoberbecidos los Indios, camináron la vuelta de Quito, con esperanza de echar de allí á los Españoles; pero hallándose acosados por Belalcazar, convocó Quizquiz á los principales para deliberar lo que convenia que hiciesen. Hubo diferentes pareceres; y fue tanto lo que se acaloráron los Capitanes en sostener cada uno el suyo, que uno de ellos tiró en el calor

de la disputa su lanza á Quizquiz, pa-
sándole con ella de parte á parte. Los
demas se echáron igualmente sobre él,
y acabáron de matarle. Un fin tan des-
astrado tuvo este inhumano executor
de las crueldades de Atahualpa, por-
que, como dice un historiador nuestro,
es permission del Cielo, que nunca fal-
ten tiranos para tiranos. Con esto se
desbandáron los Indios, y Belalcazar
llegó sin otro obstáculo á Quito.

En este intermedio tuvo aviso Pi-
zarro de la llegada de Alvarado, y del
convenio que con él habia ajustado
Diego de Almagro; y reputando por
cosa muy peligrosa dexar que un
hombre de tanta opinion y valor se
internase á reconocer las riquezas de
aquel pais, determinó ir á recibirle á
ciento y veinte leguas del Guzco, pa-
ra despacharle con mas brevedad, y
apresurar su partida. Las vistas se re-
duxéron á urbanidades y atenciones
reciprocas. Extremóse Pizarro en ob-
sequiar á un rival que le hacia grande
sombra, y lisonjeando alternativamen-

te su ambicion y codicia, consiguió dexarle contento, pues ademas de los cien mil pesos del concierto, le entregó otros veinte mil de ayuda de costa, con un magnífico regalo de piedras preciosas, y de vasos de oro y plata; con lo qual satisfecho Alvarado, dió la vuelta para Guatemala, consintiendo gustoso en que la mayor parte de la gente que le habia acompañado se quedase á servir en el ejército de Pizarro.

El qual así que se vió libre de este cuidado, despachó al Cuzco á Diego de Almagro, para que en compañía de sus dos hermanos, Juan y Gonzalo Pizarro, entendiese en el buen gobierno de aquella provincia, encargándole sobre todo el servicio del Príncipe Manco, y la blandura y moderacion con los Indios; y él se dirigió á la costa con ánimo de poner por obra un proyecto de mucha importancia, que consistia en fundar una ciudad, que fuese el centro de sus conquistas, y capital de todas las pro-

vincias que componian su gobierno

Con este objeto eligió un parage no menos delicioso que fértil en un valle inmediato al mar, á las márgene de un rio, en poco mas de doce grados de latitud meridional, y allí echó los cimientos de su nueva poblacion que llamó de los Reyes, por haber celebrado el auto de fundacion el dia de la Epifanía del año de 1534.

ANTONIO. Me parece que ya no tiene ese nombre.

EL PADRE. En el dia se llama regularmente Lima, denominacion que tomó del valle de Rimac, en que está situada. No ha muchos dias que hic mención de los terremotos á que est sujeta, y que la han arruinado varias veces.

Avivó tanto Pizarro los trabajos de la nueva ciudad, que pareció, digámoslo así, que había salido de improviso del centro de la tierra. Adornáronla con un palacio para el Gobernador, y con otros edificios y casas particulares, que á imitacion suya

mandáron construir los demas Capitanes, con proporcion á su empleo, y á sus facultades. Lo propio sucedio luego con Truxillo, otra ciudad que en la costa del mar fundó despues el mismo Pizarro, dándola este nombre en honor de su patria.

A esta sazón ya estaba en España Hernando Pizarro, y habia presentado al Emperador el oro y las alhajas traídas del Perú, con la noticia de las riquezas de aquellas regiones, y de lo que se habia obrado en ellas. Admiró la Corte tantos tesoros, y toda la nacion se esmeró en obsequiar á Hernando Pizarro, á quien entre otras mercedes que le hizo el Rey, le condecoró con el hábito de Santiago. A su hermano Francisco, no solo le confirmó en su antiguo gobierno, sino que se le aumentó con otras setenta leguas de país, confiriéndole además el título de Marques de los Atabillos con sus rentas y fueros, conforme lo habia solicitado. Tampoco olvidó el Rey á Diego de Almagro, pues le nombró Adelantado

del Perú, concediéndole otro gobierno de doscientas leguas de tierra al sur, fuera de la jurisdicción de Pizarro, con condición de que la conquistase.

ANTONIO. ¿Si sería ese país el reino de Chile?

EL PADRE. Lo era con efecto; y en los despachos reales se intituló entonces *Nueva Toledo*, con distinción del país concedido á Pizarro, que se llamaba *Nueva Castilla*.

La noticia de estas mercedes llegó al Perú antes que Hernando Pizarro; y las consecuencias fueron las que regularmente suele traer al hombre la demasiada prosperidad, esto es, la vanidad, el orgullo y el olvido de las propias obligaciones. En Almagro y Pizarro teneis un exemplo de esta verdad.

Porque así que el primero supo lo que el Rey había proveído en su favor, se arrogó el mando absoluto del Cuzco, suponiendo que aquella ciudad estaba comprendida en los límites de su gobierno. Opusieronse á se-

mejante pretension los dos hermanos Pizarros Juan y Gonzalo; y como atizasen el fuego de la discordia la ambicion y la envidia, se formaron en breve dos partidos tan formidables, que podia temerse el total exterminio de los Españoles.

Con el aviso de esta novedad acudió Francisco Pizarro; y por fortuna no eran los dos Generales tan faltos de reflexion, que no conociesen la necesidad que ambos tenian de reconciliarse. Con efecto, no tardaron en tratar de composicion, y hechas las amistades, celebraron un nuevo convenio con las formalidades mas obligatorias, en el qual estipularon, que Almagro emprenderia la conquista del reyno de Chile; y en el caso de que no le acomodase aquel gobierno, partirian entre los dos el del Perú. Aunque la experiencia que Almagro tenia de la poca escrupulosidad de Pizarro en cumplir sus promesas debia infundirle alguna desconfianza, entró de buena fe en el ajuste, y se dispuso sin dilacion

para marchar al reyno de Chile. Jun-
tó un ejército correspondiente á la ca-
lidad de la empresa, pues se alistáron
en sus banderas al pie de seiscientos
hombres, toda gente lucida, y Manco
Inca le reforzó con un cuerpo de quin-
ce mil Indios, mandados por su her-
mano Paullo.

Dos caminos habia para ir del
Cuzco á Chile: uno cómodo y trilla-
do en la costa del mar; y otro mas cor-
to en la elevada y escabrosa cordillera
que separa los dos reynos. Este último
es impracticable en invierno con mo-
tivo del frio insufrible que hace en
aquellas montañas, y de las nieves
eternas que las cubren; por cuya ra-
zon los Indios que acompañaban á
Diego de Almagro eran de dictámen
que se prefiriese el de la costa, aun-
que mas largo; pero los Españoles,
acostumbrados á los trabajos y á las fa-
tigas, hicieron vanidad de escoger el
mas dificultoso. Costóles caro el atre-
vimiento; porque al paso que se iban
metiendo en la sierra, tropezaban con

mayores dificultades, y el frio apretaba con tal rigor, que era necesario un ejercicio continuo para resistirle. Ademas llegaron á faltarles los víveres; y como aquellas ásperas y desiertas montañas no ofrecian recurso alguno, se viéron precisados á comerse los caballos. En suma, de los quince mil Indios que iban, se heláron mas de diez mil, y aun de los Españoles, con prevenirse de ropa, muriéron mas de ciento y cincuenta, siendo tan grande la intensidad del frio, que hombres y caballos se quedaban yertos de repente en la misma postura en que los cogia; y cuentan los historiadores, que cinco meses despues, esto es, quando pasáron por el mismo parage el Capitan Rui Diaz, y Juan de Rada, que iban á socorrer á Diego de Almagro con cien soldados, y á llevarle las provisiones reales que habia traído de España Hernando Pizarro, halláron á algunos de aquellos Españolés todavía con las bridas de los caballos en la mano, tan intactos unos y otros como el dia que fe-

neciéron, añadiendo que sin duda hubieran perecido de hambre, á no haberse remediado con la carne de aquellos mismos caballos, los quales estaban tan frescos que parecian muertos de entonces.

Ultimamente, Almagro y sus compañeros, despues de inauditos trabajos, y de haber vencido las mas arduas dificultades, alcanzaron por fin las fértiles y amenas llanuras de Chile. Dexólos admirados el aspecto delicioso de las campiñas, que corren de occidente á oriente de la costa, porque en realidad su clima quizá es el mas apacible y saludable de la tierra. Si se hubiera de juzgar por su situacion geográfica, era preciso creer que en el reyno de Chile hacia un calor insoportable; pero la inmediacion de la cordillera de los Andes, cubierta de perpetua nieve, y la del mar del sur, dan á aquel clima el blando temple de la primavera. Allí prevalecen todas las plantas, sin exceptuar las de Europa; y los animales de qualquiera especie, no so-

lo se multiplican excesivamente, sino que adquieren un grado de perfeccion, que no se conoce en nuestros climas: de conformidad, que el ganado de asta y los caballos que hay en el dia en Chile, exceden en grandeza, robustez y bondad á los de España, de quienes traen su origen. En una palabra, la naturaleza concedió á este pais las mismas ventajas que á la provincia de Quito, con la diferencia de que le eximió de los terribles huracanes que afligen á los habitantes de estas últimas regiones.

LUISITO. ¡Qué pais tan delicioso!

FERNANDO. Y diga vmd. , papá, ¿desde el Perú á Chile no hay mas caminos que los dos que vmd. nos indicó antes?

EL PADRE. En el dia hay otro muy fácil por mar; y la mayor parte del comercio entre Chile y el Perú, se hace por medio de la navegacion, yendo de una capital á otra, esto es, de Lima á Santiago, y de Santiago á Lima.

ANTONIO. Pues Santiago no es puerto de mar.

EL PADRE. Tampoco lo es Lima; pero la primera de estas dos ciudades no está muy lejos del mar, y la segunda solo dista unas dos leguas de la costa, por lo qual tienen comercio marítimo, lo mismo que Sevilla y Valencia, sirviéndose la una del puerto de Valparaiso, pueblo á la boca del rio Topocalmá, que pasa por junto de ella, y la otra del puerto del Callao, otro pueblo, de que hice mencion quando hablé de los terremotos de Lima.

Acerca de esta navegacion del Callao á Valparaiso, oid al pie de la letra lo que dicen el célebre D. Jorge Juan, y D. Antonio Ulloa en la relacion de su viage, hecho á la América meridional, de órden del Señor Felipe Quinto.

„ Antiguamente, y hasta ahora no
„ muchos años, se hacian los viages
„ del Callao á Chile con tanta dila-
„ cion, que gastaban en ir y volver un

„ año por lo menos, lo qual provenia
„ de que no osando apartarse de la
„ costa, y bordeando sobre ella, ade-
„ lantaban muy poco en la derrota, y
„ así les era forzoso á aquellos navíos
„ hacer escala en todos los puertos in-
„ termedios, para proveerse de agua y
„ víveres. Pero habiendo ido un pilo-
„ to Europeo, y hecho su primer via-
„ ge en la forma que los demas, reco-
„ noció que habia mares del oeste y
„ sudoeste. Esta señal le dió motivo á
„ hacer juicio que mas afuera reyna-
„ ban estos vientos, y en el segundo
„ viage se dexó ir del bordo de afue-
„ ra, con ánimo de buscarlos; y ha-
„ biéndolos encontrado, y llegado á
„ Chile en poco mas de treinta dias,
„ cosa no vista hasta entonces, empe-
„ zó á divulgarse la voz de que era
„ bruxo, nombre que despues le que-
„ dó. Con este ruido y la confirma-
„ cion de las fechas de las cartas, em-
„ pezaron á persuadirse todos, que
„ navegaba por arte diabólica, y dié-
„ ron lugar las voces á que la Inquisi-

„ cion hiciese pesquisa de su conduc-
 „ ta. Manifestó su diario, y quedáron
 „ satisfechos con él , y convencidos de
 „ que el no hacer todos aquel viage
 „ con la misma brevedad, era por no
 „ haberse determinado á apartarse de
 „ la costa, como él lo acababa de prac-
 „ ticar; y desde entonces quedó enta-
 „ blado el método de esta nave-
 „ gacion.”

Basta pues por hoy; mañana con-
 tinuaremos.

RELACION XLIX.

EL PADRE. ¿EN dónde quedamos
 ayer de nuestra historia?

FEDERICO. Allá quando Almagro
 llegó á Chile, y quedó admirado de
 la hermosura y agradable situacion de
 aquel reyno...

EL PADRE. Bueno: pero tambien
 halló que los naturales eran de un ca-
 rácter muy diferente de los Peruanos.

NICOLAS. ¿Pues cómo?

EL PADRE. En todo lo que toca á

las provincias que no estaban sujetas á los Incas, encontró una nacion belicosa, que se componia de hombres robustos, de gran valor, y nada dispuestos á dexarse sujetar. Es cierto, que se sorprendiéron al ver el concierto de un ejército Europeo, y que al pronto los espantó el efecto terrible, y para ellos desconocido, de las bocas de fuego; pero recobrados de aquel primer sobresalto, aguardáron mas de una vez á pie firme á los Españoles. Sus armas eran arcos y flechas, que manejaban con admirable destreza, y por lo regular peleaban, huyendo, á manera de los antiguos Escitas, volviendo siempre al ataque, y disputando el terreno á palmos con valor y tenacidad. Esta feroz resistencia, y otras circunstancias de mayor peso, fuéron causa de que Almagro, al cabo de pocos meses, determinase dexar aquella tierra, y volver al Cuzco.

HENRIQUE. ¿Y cuáles serían esas circunstancias?

EL PADRE. La primera y principal

de todas fue la de que habiendo recibido por medio de Juan de Rada los despachos reales que llevó de España Hernando Pizarro , comenzó á cavilar con ellos , y persuadiéndose de nuevo á que la ciudad del Cuzco estaba realmente comprehendida en su jurisdiccion, resolvió, por incitamiento de algunos mal intencionados, hacer valer sus derechos.

Sucedióle en el camino un contratiempo que pudo haber desbaratado todos sus proyectos. Tratábase nada menos que de una conspiracion contra su vida.

MATIAS. ¿Quién fue el autor de ella?

EL PADRE. Parece que algunos Indios, por disposicion de Manco Inca, que desde el Cuzco envió orden secreta para ello, por las razones que oireis mas adelante. Pero , ó ya fuese porque los Indios no se atrevieron, ó ya porque no halláron ocasion oportuna para poner por obra su designio, la conspiracion no tuvo efecto, y solo

Felipillo pagó por todos.

JUAN. ¿Con que tambien en esa maldad estaba complicado el perverso?

EL PADRE. Eso no se sabe de positivo; solo consta que huyó del ejército en circunstancias que hacian sospechosa su fuga; y como no tenia conocimiento de la tierra, no tardó en caer en poder de Almagro, el qual, trayendo entonces á la memoria todas sus iniquidades, y con especialidad la traicion que le hizo quando se pasó á Pedro de Alvarado, le mandó desquartizar vivo.

TODOS. ¡Jesus!

FEDERICO. Bien lo ha merecido.

EL PADRE. No hay duda. Confesó el malvado al tiempo de su muerte la parte que tuvo en la del infeliz Atahualpa, á quien acumuló delitos supuestos, y cuyas respuestas y descargos falsificó como quiso. Solo por esta infame accion era digno de aquel suplicio.

FERNANDO. ¡Qué bien decia papá! Aquí tenemos á otro de los verdugos

de Atahualpa, castigado como merecía.

EL PADRE. Tampoco se escaparán los demas: yo os lo aseguro. Prosigamos, y lo vereis.

Mientras el autor de tantos males sufría su castigo, Diego de Almagro tuvo aviso, en confuso, de que todo el Perú andaba revuelto, y que Manco Inca, al frente de un ejército poderoso, habia puesto sitio al Cuzco, con el objeto de destruir á los Españoles, y recobrar el imperio que le habian usurpado. Y siendo regular que tengais curiosidad de saber el origen de semejante novedad, os enteraré en sucinto de las circunstancias que precedieron y motivaron aquel levantamiento.

Asi que Almagro partió del Cuzco para Chile, encerraron á Manco Inca en la fortaleza, y le echaron prisiones como á un delinquente, sin mas motivo que el rezelo de que hiciese alguna novedad, al ver que no podia conseguir la restitucion de su

reyno. Con esto, juzgando Pizarro que ya nada habia que temer, proveyó que varios de sus Capitanes fuesen á conquistar diferentes provincias, que aun no estaban sujetas, y él resolvió volver entretanto á la ciudad de los Reyes, dexando encargado el gobierno del Cuzco á sus dos hermanos Juan y Gonzalo. Con estas disposiciones quedó sumamente debilitada la guarnicion de aquella capital, y aunque los dos nuevos Gobernadores no perdian un punto de vista al Inca, tuvo arbitrio para dar parte á algunos de sus Capitanes de mas confianza de su triste situacion, y del corto número de Castellanos que le guardaban.

Bien hubieran querido los Peruanos socorrer á su Rey, y sacudir el yugo de los Españoles; pero desde la muerte de Atahualpa andaban dispersos por los montes, y no solo les faltaba la proporcion de reunirse, sino tambien un xefe de autoridad, baxo cuyas órdenes pudiesen pelear con concierto. Sin embargo, la noticia de

la prision de Manco excitó por manera su enojo, que juráron hacer todos los esfuerzos posibles para vengarle, y no tardó en presentárseles la ocasion de dar mas energía y solidez á su designio.

Ya estaba de vuelta Hernando Pizarro; y despues de haber visitado en Lima á su hermano Francisco, y haberle entregado las provisiones del Rey, alcanzó á los otros dos hermanos suyos al Cuzco, para sucederles en el mando de aquella capital; donde compadeciéndose de la suerte del Inca, procuraba aliviarle quanto podia; tratándole con toda la amistad y dulzura que permitian las circunstancias. Abusando el Inca de esta generosidad de Hernando Pizarro, aprovechó un momento favorable para pedirle permiso de ir á cierta fiesta solemne, que acostumbraban celebrar los Peruanos en un parage á corta distancia del Cuzco, y consiguió que le pusiesen en libertad.

Apenas se divulgó este suceso por

las provincias del Reyno, acudieron muchos Señores principales, y algunos Capitanes antiguos adonde estaba el Inca, con pretexto de asistir á la funcion; pero el objeto verdadero era reunirse para dar sobre los Españoles, y acabar de una vez con ellos. En efecto, al cabo de pocos dias declararon la guerra, y en un instante se puso en armas todo el Perú. Degollaron en diversas provincias á mas de trescientos Españoles, que confiados en la paz andaban derramados por el Reyno; lo mismo intentaron, como habeis oido, con Almagro y sus compañeros; y era tal el ardor que animaba á los Indios á la venganza, que en breve tiempo se halló Manco Inca con doscientos mil hombres para atacar al Cuzco, sin otros doscientos mil que al mismo tiempo embistiéron á Lima por orden suya.

Con fuerzas tan formidables acometió de repente á los tres hermanos Pizarros, Hernando, Juan y Gonzalo, los quales no tenian para hacerle fren-

te mas de doscientos hombres, que correspondian á uno por cada mil; y si á esto agregais que en una accion, en que los Españoles consiguieron recobrar la fortaleza, de que se habian apoderado los Indios, matáron de una pedrada á uno de los tres hermanos que mandaba la expedicion, os será fácil inferir el apuro de aquella gente.

LUISITO. ¿Cuál fue de los tres el que murió?

EL PADRE. Juan.

JACINTO. ¡Vaya, menos mal! Temia que fuese Hernando, porque en vista de su humanidad para con Atahualpa y Manco, lo hubiera sentido mucho.

EL PADRE. No creas, hijo, que Juan Pizarro fuera tampoco un hombre inhumano: no por cierto; antes bien tenia un corazon muy tierno, é ideas rectas acerca del modo de granjearse el aprecio y la confianza de los Indios. Lloró su muerte todo el ejército, y con especialidad sus hermanos, porque perdiéron en él un soldado

valeroso, y un Capitan no menos hábil que experimentado.

Los Indios entretanto estrechaban cada vez mas el cerco de las dos capitales; y tanto mayor era la angustia de los sitiados, quanto los sitiadores habian tenido la advertencia de interceptar toda comunicacion entre las dos; de suerte que cada guarnicion de por sí se contaba por perdida, con especialidad la del Cuzco, que como no esperaba socorro de ninguna parte, el único recurso que le quedaba era morir peleando.

Dueños los Indios de las armas de todos aquellos Españoles, á quienes habian asesinado separadamente en las diversas provincias, procuraban sacar partido de ellas, remedando en el uso á sus enemigos. De la misma manera combatian ya mas unidos, y no solo se viéron algunos pelear con espadas, lanzas y rodelas, sino que hubo entre ellos quien se atrevió tambien á manejar un arcabuz. Causó admiracion igualmente ver al Inca y á

otros principales en caballos; y aunque esta imitacion del arte militar europea era muy imperfecta, aumentaba no obstante la superioridad de los Indios, con respecto al corto número de los Castellanos.

Cuyo apuro llegó á lo sumo con haberse apoderado Manco Inca de una gran parte de la ciudad del Cuzco, é intentar continuamente poner fuego al angosto recinto adonde se habian acogido. Pero nada acongojaba tanto á Hernando y á Gonzalo Pizarro, quanto el ignorar la situacion de su hermano Francisco; y fuéron infructuosas todas las diligencias que practicáron para saber de él, porque estaba tan guardado el camino del Cuzco á Lima, que no era posible abrir comunicacion alguna.

Sin embargo, la situacion del Gobernador no era tan calamitosa como la de sus dos hermanos, porque la intermediacion al mar le facilitaba que pudiese recibir de quando en quando socorros de Panamá, con que reforzaba

su ejército. No obstante, un día para obligar á sus soldados á morir ó á vencer, despachó todos los navíos, sin querer conservar mas recursos, que los que le ofrecian su intrepidez y su valor.

Escribió al mismo tiempo á los Capitanes que andaban ocupados en diferentes conquistas, mandándoles que sin pérdida de tiempo volviesen á incorporarse con él; y al paso que iba recibiendo refuerzos, enviaba la vuelta del Cuzco partidas considerables, á las órdenes de los Capitanes de mas satisfaccion, con el fin de socorrer á sus hermanos. Pero ¿quién le diria, que toda aquella gente habia de tener el paradero que tuvo? A Diego Pizarro, deudo suyo, que marchaba con setenta caballos y treinta infantes, le acometiéron los Indios en un desfiladero, y pereció con todos sus soldados. Lo propio le sucedió á Francisco Morgovejo de Quiñones, que llevaba sesenta hombres de á caballo y setenta de á pie. Igual suerte corrió Gon-

zalo de Tapia con ochenta de los primeros y sesenta de los segundos; y tras de estos luego matáron tambien de la misma manera á Alonso de Gaete, que iba con otros quarenta soldados de caballería y sesenta de infantería; de conformidad, que muriéron en aquel camino, en diversos pasos, quatrocientos y setenta Españoles, sin que uno siquiera se escapase, para llevar la noticia de tantos desastres consecutivos. Finalmente, con el arribo de Alonso de Alvarado, que volvió á toda priesa de la conquista de los Chiachapoyas, se halló el Gobernador en estado de intentar una accion decisiva contra los Indios: lo qual como General experimentado puso por obra al momento; y dexándose caer de improyiso sobre el ejército inmenso de los Peruanos, los derrotó completamente, dispersándolos, y persiguiéndolos hasta las mismas sierras, adonde se refugiáron con precipitacion. Aunque esta victoria le dexaba tiempo para respirar, no era menos necesaria

su asistencia en aquella tierra; por lo qual tuvo que encomendar el socorro de sus hermanos, cuyo silencio le traia inquieto, á aquel mismo Alvarado, que acababa de sacarle de tan grande conflicto. Alvarado pues al frente de trescientos hombres, con los quales se juntáron luego otros doscientos, acaudillados por Gomez de Tordoya de Vargas, se puso en marcha sin dilacion para el Cuzco.

Os será fácil conocer que á él tambien se le opondrian los Indios, para impedirle el paso; pero fuéron inútiles sus tentativas, supuesto que los arrolló siempre; y en donde quiera que se atreviéron á acometerle, y caminando con la victoria al lado, se apresuraba por socorrer á los dos hermanos Pizarros. Mas antes que pudiese alcanzarlos, mudáron de semblante las cosas del Cuzco, por uno de aquellos extraordinarios acontecimientos, menos verosímiles que verdaderos, que toda la prudencia humana no es capaz de precaver ni evi-

tar. Oidle con sus circunstancias.

Almagro, conforme os he dicho antes, iba marchando hácia el Cuzco, con ánimo de apoderarse de aquella capital; y aunque en el camino tuvo noticia de la sublevacion de los Indios, y del apuro de los Españoles, como ignoraba las individualidades del suceso, se fue acercando con gran cautela, á fin de imponerse mejor en las causas que le habian originado. Divulgóse en el Cuzco su llegada; pero como ni los Indios ni los Españoles sabian el verdadero motivo que le traia, ignoraban igualmente si hallarian en él un enemigo ó un aliado, porque ya sus pretensiones á aquella capital eran notorias desde antes de su expedicion á Chile; de consiguiente era natural que unos y otros estuviesen confusos, titubeando entre el temor y la esperanza.

Con esta incertidumbre solicitáron su auxilio los Españoles igualmente que los Indios; los primeros, porque no se les ocultaba que su ruina era in-

evitable si se declaraba contra ellos; y los segundos, porque conocian quanto contribuiria al feliz éxito de sus intentos el apoyo de un Capitan de aquella clase. Pero ni á los unos ni á los otros satisfizo la respuesta de Almagro, pues en vez de contestar categóricamente, pidió que se reconociesen sus derechos al Cuzco, y que desde luego se le diese la posesion de aquella ciudad. Semejante pretension echaba por tierra no menos las esperanzas de los Pizarros que las del Inca: el qual viendo por fin que no habia medio de que Almagro mudase de propósito, resolvió apelar á las armas. Acometióle en efecto con quince mil hombres; y aunque los Indios peleáron con teson y denuedo, sobrepujó al número la disciplina europea, y Manco fue derrotado: con lo qual persuadiéndose de la inutilidad de sus esfuerzos, y considerando que de la continuacion de la guerra solo resultaria el total exterminio de sus vasallos, tuvo por mejor partido desampa-

rar el campo, y acogerse con sus parientes mas inmediatos á las montañas.

Pero aun con esto quedaban las cosas en el mismo estado que antes, y les tocaba á los Españoles decidir la cuestión. Persistia Almagro en sus pretensiones, y los Pizarros continuaban en contradecirlas. Por último, despues de muchos dias de contestaciones, demandas y respuestas, hostigado Almagro de algunos amigos de la discordia, entró una noche en el Cuzco, y sorprendió á los Pizarros en su casa, antes que ellos tuviesen tiempo de prevenirse.

FEDERICO. ¡Qué descuido! ¿Cómo es que no tuviéron la precaucion de poner centinelas?

EL PADRE. Quizá las pondrian; pero lo que mas contribuyó á que Almagro los cogiese desprevenidos fue el haber ajustado treguas con ellos pocos dias antes, para mientras se supiese la resolucion de Francisco Pizarro; mas rezelando despues que sus hermanos solo procuraban ganar tiem-

po, se dexó inducir á quebrantarlas del modo que lo hizo. En fin, la ciudad quedó por él sin disparar un tiro; y á pesar de que los Pizarros hicieron la mas vigorosa resistencia, defendiendo las puertas de su casa, tuviéron al fin que rendirse á discrecion por no morir quemados, porque no pudiendo entrar los de Almagro, la pegaron fuego. Quedáron prisioneros Hernando y Gonzalo Pizarro, con otros muchos deudos y amigos suyos, y todos fuéron encerrados en una estrecha cárcel, en donde para mayor seguridad les echáron prisiones.

Esta era la suma de las cosas en el Cuzco, quando Alvarado, que todo lo ignoraba, llegó á las inmediaciones de aquella capital. Hizo alto á la orilla de un rio, y quedó admirado de ver al lado opuesto un ejército español en ademan de disputarle el paso. No tardó en comprehender la causa de tan extraña novedad; porque Almagro, que aspiraba á atraerle á su bando, le informó de quanto habia

ocurrido, valiéndose al propio tiempo de todos los medios posibles para sobornarle; pero fuéron inútiles sus tentativas, pues ni promesas ni dádivas bastáron para hacer blandear la fidelidad y honradez de aquel generoso soldado. Decidme, hijos, ¿no experimenta vuestro corazon algun placer en oír esto? ¿No os llenan de complacencia semejantes exemplos de magnanimidad y desinterés? Mas ¡ay, qué poco ha de duraros esa satisfaccion! Ya veo que se acercan la traicion y la perfidia á obscurecer ese relámpago de virtud y generosidad. Con efecto, Pedro de Lerma, uno de los principales del ejército, contemplándose agraviado por Pizarro, que no sé por qué motivo le habia destituido del mando de aquellas mismas tropas, osó vender á su Capitan; y no contento con cometer una accion tan agena de un hombre de honor, quiso tambien tener cómplices, y no le costó mucho el conseguirlo. Advertido Almagro del proyecto, dió las disposiciones nece-

sarias para el éxito; y antes que Alvarado tuviese el menor indicio de la trama, se vió en mitad de la noche con los enemigos encima, y en poder de sus contrarios; llegando á tal punto la maldad, que los conjurados extravíaron por la tarde todas las armas, para encontrar en la imposibilidad de defenderse una disculpa especiosa de su traicion. Los Capitanes y aquellos pocos soldados que no entraron en la conjuracion, tuvieron que ceder á la fuerza, y Almagro volvió con la victoria y sus prisioneros al Cuzco.

NICOLAS. Esto es hecho: ya Almagro acabó para mí; y aunque hasta ahora he sido apasionado suyo, ya no quiero oír hablar mas de él.

MATIAS. Yo tampoco.

OTROS. Ni yo, ni yo.

FERNANDO. ¿Y por qué?

EL PADRE. Regularmente será por haberse valido de traidores para el logro de sus fines.

NICOLAS y MATIAS. Por eso mismo.

MATIAS. ¿No es acaso una accion vil?

EL PADRE. Por lo meños no es tan noble ni tan generosa como la de cierto General Romano que se hallaba en circunstancias casi iguales. ¿Quién de vosotros se acuerda de su nombre?

ALGUNOS. Yo, yo: Fabricio.

HENRIQUE. También hubo otro que se llamaba Camilo.

EL PADRE. Veamos pues si tú nos cuentas lo que hicieron esos dos Romanos. Aquí los niños que lo ignoran se aprovecharán de tus anécdotas. Vamos, Henrique, ¿quál fue la acción de Camilo?

HENRIQUE. Camilo tenía puesto sitio á Faleria, capital del pais de los Faliscos, y no podia rendirla. Habia entonces en la ciudad un perverso maestro de niños, que se llamaba..... se llamaba..... Se me ha olvidado su nombre.

EL PADRE. Prosigue, que poco importa que no se sepa un nombre tan aborrecible.

HENRIQUE. Este maestro formó el desigmo de entregar su patria. Con esta mira dixo un dia á sus discípulos

que quería conducirlos fuera de la ciudad, para que se paseasen y diversitiesen. Alegráronse mucho los niños, y baylando y brincando saliéron al campo. Entonces el maestro dispuso un juego, por el qual los muchachos debian siempre ir caminando adelante, y de esta suerte los metió insensiblemente en el acampamento enemigo. Preguntáron las centinelas el motivo que los traia, y el maestro respondió que queria hablar al General. Introducido á su tienda, cercó con sus discípulos á Camilo, y le dixo: Aquí te entrego la ciudad de Faleria, pues con guardar á estos niños, que son de las familias principales del pueblo, é intimidar á los habitantes, que no los soltarás á menos que te abran las puertas, conseguirás apoderarte de la ciudad. Esperaba el vil preceptor la recompensa de su bella accion, quando mirándole con torvo ceño el magnánimo Camilo, le respondió: Tú sin duda te figuraste que nosotros teniamos una alma tan baxa como la tuya; pero sabe,

hombre despreciable, que los Romanos aun en la guerra respetan la humanidad y la justicia. Nosotros no estamos hechos á pelear con niños, sino con hombres que puedan defenderse, y no aspiramos á vencer á nuestros enemigos por medios infames, sino con el valor y las armas. Quitate pues de mi presencia, y disponte á recibir el premio de tu perfidia. Al acabar estas palabras mandó que le desnudasen, y que á cada niño se le diese una vara, para que le fuesen azotando hasta las puertas de la ciudad. Cumplióse la orden al momento, y es fácil de inferir que los niños no dexarian de apretar la mano. De esta manera le acompañaron hasta la plaza de la ciudad, donde se juntó una infinidad de gente con el fin de indagar el motivo de aquel extraño suceso. Y enterados los Faliscos, así de la iniquidad del maestro, como de la generosidad de Camilo, fue tanta su admiracion, que unánimes acordáron entregarse á los Romanos.

EL PADRE. Porque conociéron que el estar sujetos á hombres tan virtuosos era mejor que la independenciam. Vaya ahora, ¿quién de vosotros nos refiere la segunda historia, esto es, la de Fabricio?

FERNANDO. ¿Quiere vmd., papá, que yo la cuente?

EL PADRE. Me conformo.

FERNANDO. Los Romanos estaban en guerra con Pirro, Rey de Epiro, y la fortuna no les era muy favorable. Ya el enemigo iba á marchar contra Roma, y podia temerse que las resultas fuesen funestas, quando se presenta á Fabricio, General del ejército Romano, el médico de Pirro, ofreciéndole que envenenaria á su amo, siempre que se le diese una recompensa proporcionada al beneficio. Oyó Fabricio con horror tan infame propuesta, y no solo se negó á admitirla, sino que tuvo la generosidad de advertir á Pirro que estuviese sobre aviso.

EL PADRE. ¿Y teneis presente tambien la respuesta de Pirro? En este

rasgo, exclamó, conozco á Fabricio: tan imposible es apartar á ese hombre del camino de la virtud, como hacer que el sol decline de su carrera. Ya no ignorareis á lo que aludia esta respuesta del Rey.

NICOLAS. Aludia á que estando Fabricio de Embaxador cerca de Pirro, quiso este Monarca experimentar tanto su honradez como su valor. Con este fin intentó desde luego sobornarle con regalos de gran consideracion; pero Fabricio, aunque pobre, hizo desprecio de ellos. Entonces dispuso el Rey que ocultasen un elefante detras de una cortina, que habia de describirse así que se acercase el Embaxador Romano, para que pareciese de improviso la trompa de la enorme fiera, cuyos espantosos bramidos debian contribuir á aumentar la sorpresa; mas Fabricio, admirado sin turbacion, dijo con mucha serenidad: Ni ese tu disforme animal es capaz de alterarme mas que tu oro.

EL PADRE. Ahora bien, coteje Hen-

rique la acción de Almagro con la de los dos Romanos, y díganos si le parece que está exento de tacha.

TEODORO. Yo opino que no; pero confieso que siempre he creído que en la guerra era lícito valerse de todos los arbitrios que pudiesen proporcionar alguna ventaja.

EL PADRE. Es de sentir, que la mayor parte de los Generales haya pensado así. Los Romanos en los días de oro de la República aborrecieron máximas tan baxas y tan impropias de una gran nación, y fuéron invencibles mientras observáron, aun con sus enemigos, esta conducta igualmente noble, que humana y generosa. Pero basta por hoy.

JUAN. Permítame vmd., papá, que le haga todavía una pregunta.

EL PADRE. ¿Cuál es?

JUAN. ¿Qué hizo Almagro con sus prisioneros? ¿los trató mal?

EL PADRE. Celebro que mi respuesta sobre ese particular, pueda ser parte de que hagais las amistades con Al-

magro. El qual entró en consejo con los suyos, acerca del destino que convenia dar á los Pizarros, y los mas resueltos y menos mirados fuéron de dictámen, que á ellos, á Alvarado y á quantos se mantuviesen del partido del Gobernador se les quitase la vida. Corroboraban su parecer, diciendo, que semejante determinacion le dexaba libre para en adelante de todo rezelo; que Francisco Pizarro, perdiendo en ellos los principales apoyos de su poder, perdía al mismo tiempo la mayor parte de sus fuerzas, y que entonces sería fácil reducirle; y finalmente que con eso ya no le quedarian rivales que temer, y de consiguiente se vería en breve dueño de todo el Perú.

Escuchólos Almagro con atencion; convino con ellos en que sus razones eran evidentes y fundadas; pero declaró que jamas seguiria su consejo. Hizo mas; pues aunque habia apariencias de que si marchaba en derecha contra Lima, acabaria con Pi-

zarro; y á pesar de que era muy verosímil que una vez empezada la guerra civil, no se concluyese sino por la via de las armas, no obstante, no quiso dar ni un paso que excediese los límites de una legítima defensa, contemplando que de esta manera no sería responsable de la sangre que le forzasen á verter las circunstancias. En esta resolución volvió al Cuzco, á fin de aguardar allí la del Gobernador Pizarro.

NICOLAS. Ya estoy algo menos enfadado con Almagro.

MATIAS. También yo.

TODOS. Yo también; yo también.

RELACION L.

EL PADRE. Ya es hora, niños, de que volvamos á Francisco Pizarro. Hemos de ver los recursos que empleará para salir de su apuro; ¡y quiera Dios que todos sean conformes á la honra y á la probidad!

Ignoraba él enteramente los suce-

sos del Cuzco, que ayer os referí, y la noticia que luego tuvo de ellos, fue un golpe mortal que le traspasó el corazón. La muerte de su hermano Juan, el regreso de Almagro, la prision de sus otros dos hermanos, la toma de la capital, y últimamente la derrota de Alvarado, todos estos desastres, de los quales uno solo habria bastado, para aterrar á otro qualquiera que no hubiese tenido un alma como la suya, se agolpáron á sorprehenderle. ¿Quién habrá que pueda formarse una idea de lo que entonces pasaria en su interior? ¿Qué reflexiones tan tristes no haria? Sin embargo, tampoco en aquel conflicto le abandonáron su entereza y presencia de ánimo; pues contando al punto con la ingenuidad y franqueza de Almagro y con su propia sagacidad, no perdió la esperanza de que presto mejorase su suerte. Y como aguardaba por instantes un socorro considerable, discurrió que debia emplear entonces todo su estudio en entretener á su contrario hasta que pu-

diese acometerle con fuerzas superiores, ó á lo menos iguales.

No le costó mucha dificultad ocultar sus miras con capa de sinceridad, y desde luego aparentó querer terminar amigablemente aquellas diferencias, mostrándose dispuesto á entablar negociaciones para este efecto, las quales supo prolongar de tal suerte, que se le logró á satisfaccion su fin de ganar tiempo. Tan presto accedia en apariencia á las pretensiones de Almagro, tan presto oponia inconvenientes imprevistos, que con maña y baxo mano hacia nacer oportunamente; en cuya dilacion se gastáron muchos meses sin adelantar cosa alguna.

Y ya estaba casi á punto de quitarse el embozo y usar de otro tono, quando un nuevo accidente que aumentaba sus fuerzas, y la energia de los preparativos marciales en que se habia ocupado durante las negociaciones, acabó de determinarle. Su hermano Gonzalo y Alonso de Alvarado encontráron medio de soltarse de la

prision; y se huyéron, llevando consigo al pie de cien Españoles. Holgó Pizarro en extremo con la libertad de dos personas tan necesarias para él; y el placer que experimentó por este acontecimiento fue igual á la pena que tuvo Almagro al ver que se le escapaban de las manos unas prendas de tanta consecuencia.

Sin embargo, Hernando Pizarro permanecía preso; y como á su hermano el Marques le importaba mucho su libertad, no osaba mostrarse á cara descubierta, sin antes conseguirla. Pero ¿cómo realizar sus ideas, quando era de presumir que la fuga de Alvarado y de Gonzalo Pizarro hubiese despertado la precaucion de los que le guardaban y la vigilancia de Almagro? No obstante, lejos de desmayar por esto Francisco Pizarro, resolvió hacer nuevas tentativas. Continuó por tanto aparentando que no deseaba sino un ajuste amigable, y propuso que se remitiese al Emperador la decision de sus recíprocas controversias.

Notando que Almagro no ponía mal gesto á semejante proposicion, aventuró otro paso, haciéndole presente que nadie era mas á propósito para venir á España que su hermano Hernando, y que seria conveniente que con este objeto y las precauciones correspondientes le soltase. La estratagemma surtió su efecto: Diego de Almagro, á pesar del dictámen contrario de una gran parte de sus Capitanes, y con especialidad de Rodrigo Orgoño, su General, que previendo los males que resultarían de la libertad de Hernando Pizarro, no cesaba de instarle á que le quitase del medio, cayó en el lazo, y Hernando Pizarro salió de la cárcel. El Marques entonces despuso de una vez la mascarilla, y declaró abiertamente, que ya era inútil dilatar la conclusion de un negocio, que de todos modos solo habian de terminarle las armas.

LUISITO. ¡Quién lo creyera!

EL PADRE. A la sazón tenía un ejército respetable, qual nunca le ha-

bia habido en el Nuevo Mundo, pues se hallaba reforzado con dos compañías de fusileros; circunstancia que merece notarse, supuesto que en aquel tiempo aun en Europa estaba muy limitado el uso de las armas de fuego. Y contemplando que nadie mejor que sus hermanos podia desempeñar su venganza, porque ellos mismos la deseaban con ansia, les confió el mando de la mayor parte del ejército, el qual desde luego se puso en marcha con el objeto de abrir el teatro de la guerra civil. Pero para alcanzar á los contrarios era preciso que atravesase una gran parte de la cordillera de los Andes; por lo qual se cree generalmente, que si entonces Rodrigo Orgoñoz, General de Almagro, se hubiese situado con ventaja en los desfiladeros de aquellas sierras, como se lo aconsejaron, quizá con su corto ejército hubiera conseguido desbaratar al de los enemigos, que se componia de mas de setecientos hombres; y esta conjetura parece todavía mas fundada

si se hace entrar en cuenta el efecto que causa aquel clima.

TEODORO. ¿Y qué efecto causa?

EL PADRE. El siguiente. Se dice que todos los que van de afuera, si permanecen mucho tiempo en los llanos inmediatos á la costa, luego quando suben á la sierra se marean peor que los que se embarcan la primera vez, porque, segun la complexión de cada uno, estan un dia, dos, tres ó quatro sin poder comer, beber, ni tenerse de pie, con grandes vaidos de cabeza, vascas, vómitos, y un total quebrantamiento de cuerpo, lo qual atribuyen á la repentina mudanza de temple, pues desde la region caliente de los llanos á la helada de la cordillera, que separa la costa de lo demas del pais, no hay sino seis horas de distancia. Además, la nieve les ofende la vista en términos, que suele dexarlos sin ella por algun tiempo, hasta que poco á poco vuelven á cobrarla. Con este antecedente, ¡quán fácil le hubiera sido á Diego de Almagro des-

truir á los Pizarros si los hubiese aguardado al paso! Mas él no hizo aprecio de esta ventaja, y por dos razones prefirió esperar al enemigo en las llanuras del Cuzco: la primera por evitar la nota odiosa de motor principal de la guerra civil, y la segunda por sacar mas partido de su caballería. Ciñóse pues á fortificar el Cuzco lo mejor que pudo, y dió todas las disposiciones que juzgó convenientes á su seguridad y defensa.

Y por el motivo que sus muchos años, y los achaques que padecía, originados de sus largos trabajos, no le permitian mandar en persona, dexó el ejército al cargo de su General, Rodrigo Orgoñoz, soldado de gran valor, muy diestro en el arte de la guerra, y de experimentada lealtad. Ya el dia decisivo se iba acercando. Los Pizarros, vencida felizmente la sierra, baxáron á los llanos del Cuzco, y los dos ejércitos se halláron en breve á la vista el uno del otro, tremolando entambos el estandarte Real, y en punto

dé venir á las manos. Era cosa de grande admiracion ver el silencio con que estaban los Indios por aquellos cerros y laderas, aguardando en qué pararian aquellos hombres que ellos tenian por invencibles, y no les pesaba que entre ellos mismos se despedazasen. Almagro, imposibilitado por su indisposicion y sus años de entrar en combate, se hizo llevar á un recuesto, desde donde pudiese presenciar la batalla. ¡Qué trance para el pobre anciano!

Por último, hecha la señal de embestir, cerráron rápidamente unos con otros, y el ardor con que entráron á la pelea, mereceria toda nuestra admiracion, si pudiéramos olvidar por un momento, que solo la vanidad y el interes le excitaban. Pero como la fusilería de Pizarro era muy superior á la de Almagro, causó al primer encuentro tal estrago en las líneas enemigas, que los soldados principiáron á desordenarse, sin dar oidos al General, que se esforzaba por alentarlos. Desde entonces Orgoñoz se tuvo por

perdido; y viendo que ya no habia remedio, arremetió con el esquadron en que iba Hernando Pizarro con ánimo de matarle. Allí peleó con el mayor denuedo, haciendo prodigios de valor, y quizá hubiera logrado su intento, á no haber recibido un balazo en la frente, porque aun despues de herido mató á dos hombres, y metió la espada por la boca á un criado de Hernando Pizarro, pensando por los vestidos que llevaba que era su amo; pero faltándole las fuerzas, y hallándose cercado de enemigos, preguntó, si habia algun caballero á quien se diese; y habiéndose rendido á dos que se presentáron, llegó otro, y le degolló sobre seguro; acerca de lo qual dan por cierto, que fue por orden y disposicion de Hernando Pizarro.

HENRIQUE. ¿Cómo es posible que cometiese semejante baxeza?

EL PADRE. Es forzoso, hijos míos, que os confiese que todos los historiadores convienen en que Hernando Pizarro era hombre de áspera condicion,

vengativo y mal intencionado; y él sin duda fue el origen de la mayor parte de los males y escándalos que luego sucedieron en el Perú. En fin, con la muerte de Orgoñoz se decidió la victoria completamente en favor de los Pizarros, que sin escuchar mas que la ira y el rencor, abusáron de ella, cometiendo grandes atrocidades, pues matáron á muchos despues que los viéron sin armas y rendidos, entre ellos á Pedro de Lerma, que mandaba la accion con Orgoñoz. Los que mas se excediéron fuéron algunos de los que estaban con Alonso de Alvarado la noche que quedó prisionero. Dióse esta sangrienta batalla el dia 6 de Abril del año de 1538.

Volvamos ahora, hijos, la vista al parage desde donde la presenciaba Diego de Almagro, y contemplemos un instante lo que pasaria en su interior. ¡Qué agitacion! ¡qué sobresaltos! Cada vez que reconociese alguna ventaja por parte de Orgoñoz su alma se llenaria de esperanza, así como la

ocuparian el temor y la congoja quando advirtiese lo contrario. Su corazon seria otro campo de batalla, en donde lucharian mil encontrados afectos. Ultimamente, quando vió la total derrota de su ejército, traspasado de dolor, se retiró á la fortaleza; pero no pudiendo defenderse en ella, tuvo la desgracia de caer en manos de sus enemigos.

TODOS. ¡Ay pobrecito!

EL PADRE. Consuélele el Cielo en su adversidad, y dignese infundir en Hernando Pizarro y sus Capitanes afectos capaces de suavizar la triste suerte de este valeroso caudillo, víctima de su buena fe y su franqueza.

Mañana oíreis cómo le trataron, y lo que fue de él.

ALGUNOS. ¿Tan presto acaba vmd. hoy, papá?

EL PADRE. Sí: hasta mañana.

RELACION LI.

JACINTO. Estoy yo hoy muy desazonado y con bastante temor.

TEODORO. ¿Por qué?

JACINTO. El pobre Almagro..... ¿qué sé yo?..... me tiene con cuidado. Se me figura que esos Pizarros nos han de dar un chasco.

TEODORO. No, no lo creas.

JACINTO. Mira, Teodoro, ¿no ves cómo papá tiene el gorro muy tirado á los ojos? Yo me acuerdo que así le llevaba el día que nos refirió la muerte de Atahualpa.

TEODORO. Sí, y tambien estaba tan taciturno.

JACINTO. Creeme, sin duda va á haber alguna novedad desagradable.

Durante este diálogo, el padre sin hablar una palabra tomó su asiento, y así que todos hiciéron otro tanto, volvió á coger el hilo de su historia, llamando en gran manera la atencion y el cuidado de los oyentes la voz pausada

y el tono triste, con que dió principio, diciendo.

Despues de la batalla, la ciudad del Cuzco se entregó sin resistencia al vencedor, y Almagro fue puesto en un encierro, á manera de un reo de estado de la mayor importancia. Ocultó Hernando Pizarro muchos meses la intencion que llevaba, apartando entretanto con el pretexto de nuevas conquistas y otros medios aquellos Capitanes y soldados, de quienes podia rezelar que se mantendrian del bando de su enemigo, y de esta conformidad se deshizo de todos los que podian obligarle á tener algun miramiento, y á retardar el efecto de sus sanguinarios designios.

Entonces se dispuso á realizarlos; y para dar á su venganza algun aspecto de justicia, formó un tribunal que juzgase á Diego de Almagro. Los cargos que le hicieron, fuéron, que usurpó sin autoridad Real la ciudad del Cuzco, y prendió al que mandaba en ella; que fue contra el Capitan Alonso

Alvarado, y dió lugar á muertes y alborotos, en deservicio de Dios y del Rey, con otras muchas cosas, que nunca faltan para oprimir á los vencidos. Procuró Almagro disculparse, alegando que jamas habia sido su intencion perjudicar á los derechos de su compañero, y que si ocupó el Cuzco, fue únicamente porque en virtud de los despachos Reales estaba persuadido de que aquella ciudad caia en su jurisdiccion; pero fuéron inútiles quantos descargos produjo, pues como sus enemigos solo aspiraban á vengarse, sin mas ni mas pronunciáron contra él sentencia de muerte.

ALGUNOS. ¡Qué proceder tan iniquo!

EL PADRE. Aunque Almagro tenia ya dadas repetidas pruebas de ser un hombre intrépido y valeroso, que no temia la muerte, no oyó entonces su sentencia sin manifestar el dolor mas vivo. Aterróle el considerar, que qual vil delinquente habia de morir por mano de un verdugo, y esta reflexion le

acobardó de tal suerte, que no tuvo á menos implorar con lágrimas la compasion de sus enemigos. Tráxoles á la memoria la amistad de tantos años, y su generosidad en no haberles quitado la vida, quando se lo aconsejaban y pudo hacerlo: les dixo, que mirasen, que él habia sido el escalon por donde habian subido á la cumbre de la honra en que se hallaban, y que tuviesen consideracion á su vejez y á sus achaques; y finalmente, los suplicó que le permitiesen apelar al Emperador, dexándole entretanto vivir en la cárcel los pocos y tristes dias que le quedaban, para llorar alli sus pecados.

Estas lastimeras razones que enternecieron á los soldados mas duros, quienes varias veces habian sido testigos de las hazañas de aquel afligido anciano, no produxéron el mas minimo efecto en el alma del inflexible Hernando Pizarro, que lejos de moverse á compasion, tuvo la inhumanidad de hacer escarnio de la flaqueza del infeliz Almagro, diciéndole, que

se maravillaba, que un caballero y un hombre de su ánimo, manifestase tanto miedo á la muerte. Sin embargo, conservando Almagro todavía algun resto de esperanza, se baxó por segunda vez á pedir en los términos mas tiernos y expresivos que le concediese la vida. Mas ¡ay! harto sediento estaba de su sangre para ablandarse. Viendo él entonces la inutilidad de sus esfuerzos, recobró su antigua entereza, y con ánimo esforzado dixo: Ea pues, crueles, descargad el golpe en este cuello, agoviado por la edad, que poco puede anticiparse vuestra perfidia á mis años. Con esto se dispuso al punto á morir como buen christiano; se confesó con mucha devocion, é hizo testamento, dexando por únicos herederos al Emperador, y á un hijo que tenia, llamado tambien Diego, cuya tutela confió á su amigo Diego de Alvarado. Concluidas estas tristes ceremonias, le diéron garrote en la cárcel, porque aunque Hernando Pizarro quisiera ajusticiarle en público, no

se atrevió por temor de algun alboroto. Sacáron luego el cadáver á la plaza, en donde á voz de pregonero le degolláron con gran lástima y dolor de quantos le víeron, pues ademas de ser muy estimado de todos, asi Indios como Españoles, su edad pasaba de los sesenta y cinco años, y su salud andaba tan quebrantada, que aun quando no le apresuraran la muerte, se conocia que estaba ya muy cerca.

HENRIQUE. ¡ Ah, inhumanos ! Llegará tiempo en que lleveis vuestro merecido.

EL PADRE. Sí, llegará indubitablemente, si no en esta vida, en la otra, mediante que hay un Dios que presto ó tarde castiga á los malvados que se atreven á provocar su ira. No obstante, hijos, acordandoos de la muerte injusta del Inca Atahualpa, y de la parte que tuvo en ella Almagro, advertireis de nuevo como la mano, á veces lenta, pero infalible y segura de la divina Providencia se dexa caer sobre el delinquente que ha excitado su enojo.

Ved aquí castigado aquel crimen con el mismo suplicio que sufrió el desgraciado Monarca.

FERNANDO. Es muy cierto lo que dice papá. Almagro se lo ha merecido, y no es acreedor á que le tengamos lástima, supuesto que él tampoco se la tuvo á otros infelices.

EL PADRE. Eso no, hijo mio; compadezcamonos de él, pues la conducta de los Pizarros fue tan injusta y reprehensible con respecto á su persona, como la suya con respecto á la del Inca. Y por otra parte, ¿quién podrá dexar de sentir la desgracia de aquellos que por sus delitos se han hecho dignos de castigo, siendo esta una circunstancia por la qual son dos veces infelices? El motivo de haberos referido con alguna individualidad el funesto paradero de Almagro, ha sido para presentaros un nuevo exemplo de las sabias disposiciones de la Providencia, que procediendo siempre con igual justicia en la execucion de sus designios, suele herir al impio con el mismo cuchillo.

llo con que él hirió á su próximo.

MATIAS. ¿Segun eso, tampoco se escaparán los Pizarros?

EL PADRE. Por ahora lo ignoro, porque ya sabeis que no es en esta vida solo donde se pagan nuestras acciones. A veces la divina justicia, por sus inescrutables juicios, no esgrime sino despues de la muerte la espada de su rigor, que su bondad suspende en este breve tránsito de la vida. En vuestra mano está el embotar sus filos con acciones virtuosas y una conducta irreprehensible. Pero continuemos nuestra historia.

De todos los que sintieron la muerte de Almagro, ninguno, despues de su hijo, manifestó mas pena que Diego de Alvarado, por haber sido el que contribuyó á la libertad de Hernando Pizarro, oponiéndose al dictámen de Orgoñoz, y el que medió en el ajuste, saliendo fiador por las partes.

JACINTO. ¿Era acaso aquel mismo Alvarado que fue tan fiel á los Pizar-

ros, que Almagro no pudo cohecharle?

EL PADRE. ¿No te acuerdas que aquel se llamaba Alonso? El Alvarado de que ahora estoy hablando se llamaba Diego, hombre de grandes prendas, y hermano del famoso Pedro de Alvarado, cuyas hazañas han ocupado un lugar eminente en esta historia. Tanto mayor pues fue el sentimiento de Diego de Alvarado por la desgracia de su amigo, quanto juzgaba haber tenido él la culpa con haberle inclinado á fiarse de los Pizarros; y tal impresion hizo esta persuasion en su ánimo, que se propuso no omitir medio alguno para vengar la muerte de Almagro; con cuya mira aprovechó la primera ocasion para volver á España, en donde entabló la demanda que luego veremos.

Hernando Pizarro entretanto, conociendo que el atentado cometido contra la persona de Almagro le habia grangeado el aborrecimiento general, y temiendo que tarde ó temprano habian de asesinarle, trató con su herma-

no Francisco, que ya estaba en el Cuzco, de venir él tambien á España, tanto para desvanecer las acusaciones de los partidarios de Almagro, que ya se habian adelantado, como para solicitar nuevas mercedes; y aunque sus amigos procuráron disuadirselo, aconsejándole que aguardase á ver el semblante que ponia la Corte con la noticia de su conducta, confiando él en las grandes riquezas que traia, de ninguna manera quiso desistir de su idea.

Antes de partir tuvo una larga conferencia con su hermano el Marques, en la que le encargó que no se fiase de los del bando de Almagro, cuidando sobre todo de que nunca se juntasen mas de cinco, pues era fácil que tramasen alguna conspiracion, y le matasen. Burlóse el Marques de sus rezelos, y parecia que entonces la Providencia les vendaba á entrambos los ojos, pues solo veian el peligro el uno del otro, y á los dos se les ocultaba el suyo propio: de conformidad, que te- niéndose por seguro cada uno de por

sí, Hernando temia por Francisco, y Francisco por Hernando.

El qual por fin vino á España, y se presentó en la Corte con la ostentacion y el fausto de un Monarca. Diego de Alvarado, que ya estaba en ella, y habia expuesto al Emperador en los términos mas enérgicos la perfidia, ambicion y mala fe de los Pizarros, así que supo su llegada, esforzó la demanda, instando á que se le hiciese dar cuenta de sus acciones. No contento con esto el buen Alvarado, se ofreció, segun la costumbre de aquellos tiempos, á salir al campo con Hernando Pizarro, y á ley de caballero probarle la falta de su palabra, del juramento y pleyto homenaje que hizo en su mano quando salió de la prision, la desobediencia al Rey y á sus órdenes, y finalmente, la crueldad é ingratitud usada por él y su hermano el Gobernador con el Adelantado Diego de Almagro; pero todo lo atajó su repentina muerte, que sucedió en cinco dias, no sin sospecha de que le diesen

veneno los parciales de Pizarro, á quienes hacian mal tercio la generosidad, el valor y la franqueza de Alvarado. No obstante, dexó su instancia tan bien fundada, que á pesar de todos los descargos que dió luego Hernando Pizarro, y de sus esfuerzos por justificarse, no pudo menos el Consejo de Indias de conocer que habia obrado con injusticia y pasion, y de consiguiente le mando prender y encerrar en el alcázar de Madrid, desde donde le trasladáron luego, quando la Corte se mudo á Valladolid, al castillo de la Mota de Medina. Allí estuvo veinte y tres años; y aunque los historiadores dicen que al cabo de tan larga prision consiguió su libertad, es de creer que moriria poco despues en la obscuridad y el olvido, porque ninguno vuelve á hacer mencion de él.

TEODORO. Aquí tenemos á otro que ya ha recibido el premio de sus culpas, y segun va la cosa, se me figura que no hemos de tardar mucho en ver el castigo de los demas.

EL PADRE. Puede ser muy bien: mas prosigamos.

Sosegado y tranquilo vivia Francisco Pizarro, y la Corte reputaba por muy arriesgado obligarle con la fuerza á que diese cuenta de su conducta. Sin embargo, deseando una noticia exâcta del estado de las cosas, de la fuerza, extension y recursos del Perú, para establecer en él un gobierno adecuado, resolvió tomar un expediente de gran disimulacion, enviando una persona de autoridad, que con apariencia de arreglar los negocios de justicia, y ayudar y aconsejar en ella á Pizarro, se informase de lo que habia pasado en aquellas altercaciones, y procurase excusar otras con maña y cordura. Pedia esta comision un sujeto de no menos probidad que prudencia, y por fortuna recayó la eleccion en el Licenciado Cristobal Vaca de Castro, que seguramente reunia todas las qualidades necesarias para tanta empresa. Pero antes que entremos en la relacion de sus operaciones,

adelantémonos á ir al Perú, á fin de imponernos en lo que entretanto estaba sucediendo en aquel Imperio.

En donde, desembarazado el Marques de su rival, mandaba sin limitacion, abusando imprudentemente de su poder y fortuna. Conferia empleos, y repartia las tierras sin mas norma que su capricho, pues al paso que daba á sus hermanos y amigos las haciendas mas pingües, dexaba las de menos valia para los que no gozaban de su favor, aunque fuesen acreedores á mayor premio. De quien menos se acordaba era de los del bando de Almagro, los quales con eso se viéron reducidos á tal pobreza, que la historia nos cuenta que doce de ellos vivian juntos en una misma casa, y entre todos no tenían mas que una capa andrajosa, con la qual salian á sus negocios por su rueda, aguardando el que habia de salir á que volviese el compañero.

CARLOTA. ¿Pues como? ¿No tenían amigos?

EL PADRE. Los tuviéron antes de

la muerte de su Capitan; pero despues de su desgracia ninguno se atrevia, no digo á favorecerlos, mas ni tampoco á rozarse con ellos de miedo de enojar al Gobernador. Contemplad por un instante qual seria la indignacion de aquella gente al verse desatendida y despreciada de aquella conformidad. ; Y qué os parece de la injusticia de Pizarro, ó por mejor decir de su imprudencia, supuesto que debia conocer que semejante parcialidad habia de grangearle el odio de tantos soldados intrépidos y valientes, que á la primera ocasion procurarian vengarse? Mas tan alucinado le traia la prosperidad, que ya no veia los peligros, ó por lo menos estaba tan engreido, que los despreciaba. Proseguia pues en favorecer á sus paniaguados, sin atender á los demas, haciendo alarde de menospreciar las quejas y murmuraciones de los agraviados, á quien su proceder ofrecia continuamente nuevos motivos de disgusto y desabrimiento. Entre los desfavorecidos

se halló tambien Sebastian de Belalcazar; por lo qual, sin embargo de que, como habeis oido, fue el que reduxo y sujetó el Reyno de Quito, no se detuvo Pizarro en deponerle de aquel gobierno, para conferírsele á su hermano Gonzalo. Y no satisfecho con eso, deseando extender todavía mas los límites de la jurisdiccion de Gonzalo, le propuso un proyecto de grande importancia, cuya execucion prometia no menos honra que provecho al que le emprendiese.

Corria la voz de que fuera de los términos de Quito, y de lo que los Incas señoreáron, habia al otro lado de los Andes hácia el oriente una tierra de mucha extension, donde se criaba con abundancia canela y otras especies; y conociendo el Marques la utilidad que resultaria de descubrirla, confió esta empresa á su hermano Gonzalo. El qual al frente de mas de trescientos y quarenta soldados, la mayor parte de á caballo, y de quatro mil Indios, cargados con sus armas y viveres,

y lo demas necesario para la jornada, como hierro, hachas, maromas y clavos, se puso en marcha, con direccion al pais indicado.

Antes de pasar adelante, echemos la vista á nuestro mapa, para tomar un conocimiento exácto de la tierra de que vamos á hablar. Aquí teneis la provincia de Quito. De allí salió Gonzalo Pizarro, dirigiéndose al sueste por las márgenes de un rio, que aun no está bien averiguado si fue el Napo ó el Coca, aunque parece mas verosímil fuese el primero, de donde se separó despues para volver al sur. Ya veis que este rio entra en el Marañon ó rio de las Amazonas, uno de los mas caudalosos y dilatados del mundo, el qual atraviesa de occidente á oriente casi toda la América meridional, para sepultar luego en el océano su magestuosa corriente. Reparad con especialidad la extension del pais por donde corre este gran rio, á fin de acompañar á los Españoles en la nueva expedicion, á que va á guiar-

los su acostumbrado atrevimiento.

Las primeras dificultades que Gonzalo Pizarro tuvo que vencer, fuéron otra vez aquellas sierras nevadas de las cordilleras, de que ya os he dado noticia. Antes que llegase á ganar la cumbre, se conjuró contra él toda la naturaleza. Cogióle una tormenta furiosa que duró de quarenta á cincuenta dias, en la qual comenzó desde luego á llover á mares, con truenos, relámpagos y rayos sin cesar. A esto se siguió un temblor de tierra tan violento, que no parecia sino que se hundia el mundo; de cuyas resultas se abrió la tierra por muchas partes, y una noche, para colmo de desventuras, un rio inmediato al campamento de los nuestros, creció con tanto ímpetu y rapidez, que apenas tuviéron lugar de acogerse á los altos, donde los aguardaba otra extremidad no menos penosa, porque pareció que de repente habian pasado al triste y rígido clima de las zonas frias, fuera de los círculos polares. Pienso que no se os habrá

olvidado, qué son los círculos polares,
 NICOLAS. No señor; son aquellos
 dos círculos imaginarios, que se supone
 que dan vuelta al globo en el pa-
 rage en que rematan las zonas tem-
 pladas y empiezan las frias.

EL PADRE. Muy bien. Una gran
 parte de los Españoles y de los Indios
 fue víctima de aquel excesivo frio, y
 los demas debieron la vida á su com-
 plexión mas robusta, y al exercicio
 continuo que hicieron. Vencida por
 fin la cordillera, alcanzaron la llanura,
 pero sin llegar al término de sus tra-
 bajos, pues encontraron nuevas difi-
 cultades, que aunque de otro género,
 no eran menos penosas, ni menos in-
 terrumpidas. Hábitaban aquellas ex-
 tensas campiñas Indios salvages y fe-
 roces, y en ellas faltaba toda suerte
 de víveres y refrescos. Costaba cada
 paso infinitas incomodidades, pues
 apenas acababan de salir de un panta-
 no, en que habian estado mil veces á
 riesgo de quedar sumergidos, quando
 se presentaba un bosque tan espeso,

que tenían necesidad de abrir todo el camino á fuerza de brazos y á golpe de hachas, agregándose á estas calamidades la de dos meses de continua y copiosísima lluvia. Paraos un momento, hijos míos, á considerar la constancia que sería menester para aguantar la suma de tantos males. ¡Qué valor! ¡qué ánimo no tendrían aquellos Españoles, que muchas veces sin mas guía que el sol emprendían marchas dificultosísimas por tierras inhabitables, y del todo desconocidas! En esto sin duda se aventajaron á los Griegos y Romanos, porque ¿qué nacion antigua ni moderna imaginó siquiera unas expediciones tan extraordinarias y arriesgadas, en que se requería una entereza y un arrojo, que exceden toda humana creencia. La relacion de los trabajos é incomodidades que pasaron los Españoles en el Nuevo Mundo, la osadia con que los arrostraban, y la constancia y teson con que los sufrían dexa atónito á qualquiera que lea nuestros historiadores de América;

á mi entender adquiriéron con esto aun mas gloria, que en haber conquistado en tan corto número aquellas dilatadas regiones, porque parece imposible que hubiese hombres con fuerzas bastantes para superar tantas dificultades, y de tanta resolucion para buscarlas. Por este exemplo echareis de ver á lo que alcanzan el espíritu y cuerpo del hombre, quando, principiando temprano á exercer sus facultades, aprende á familiarizarse insensiblemente con los males inevitables de la vida.

Vuelto Gonzalo Pizarro á las inmediaciones del Napo, acordó construir una embarcacion para pasar de una orilla á la otra, segun lo exígiese la calidad del terreno, y conducir con mas comodidad el bagage. Aquí fuéron los trabajos. Para resguardarse de la continua lluvia, tuviéron que levantar cobertizos, donde dispusiéron fragua, hiciéron carbon, y labraron clavos de las herraduras de los caballos que se habian comido. A falta de

brea sacaron goma y resina de los árboles, y en lugar de estopa se sirvieron de las camisas y de los vestidos. Gonzalo era el primero en cortar la madera, forjar el hierro, hacer el carbon, y en qualquiera otro oficio por muy baxo que fuese. De esta manera concluyeron el navío con el afan que se dexa considerar, y le botaron al agua con grandísimo regocijo, pareciéndoles que aquel dia se acababan todas sus penalidades.

Embarcáron en él lo que llevaban de mas precio, y luego Gonzalo Pizarro confió su dirección á su Teniente, Francisco de Orellana, con cincuenta hombres, y órden de que baxase por el rio en busca de víveres, y que con ellos despues aguardase el cuerpo del ejército á la entrada del Marañon. Partió Orellana, y apenas perdió de vista á su Capitan, quando concibió el temerario proyecto de alzarse con el navío, y hacer por sí nuevos descubrimientos. Con esta mira resolvió desamparar á Gonzalo Pizar-

ro y seguir la corriente del rio en aquella frágil embarcacion hasta alcanzar el océano; empresa inaudita, y que quizá no le hubiera ocurrido tampoco á Orellana, por muy acalorada que tuviese la imaginacion, si hubiera podido prever las inmensas dificultades que la acompañaban, y hubiera sabido, que el rio de las Amazonas, antes de desaguar en el mar, corre el espacio de mas de mil y seiscientas leguas. Una navegacion tan larga en un navío tan mal construido y tripulado, por entre tierras incultas y naciones barbaras, era sin duda una expedicion propia solo para el hombre mas atrevido y de mas valor, y que sería digna de perpetua admiracion, y del asombro del orbe entero, á no haberla promovido la deslealtad y la traicion.

No manifestó su designio Orellana sino quando llegó al parage en que debia esperar á su General. Comunicósele entonces á los soldados, y aunque al principio encontró alguna oposicion, consiguió luego atraerlos á

su partido. Uno solo, llamado Hernan Sanchez de Vargas, natural de Badajoz, se mantuvo fiel á Pizarro, y se atevió á contradecir á Orellana; quien irritado á vista de su resistencia, le dexó en un desierto para que fuese víctima del hambre, y prosiguió su camino adelante, metiéndose por el rio de las Amazonas.

Intentaria inútilmente haceros una descripcion circunstanciada de las dificultades y obstáculos que tuvieron que vencer aquellos Españoles. Unas veces se hallaban precisados á atravesar tierras desiertas, y desproveidas enteramente de víveres; otras tenían que ganarlos con las armas, peleando contra Indios feroces, que les disputaban el paso con gran denuedo y flechas emponzoñadas; otras, navegando por el rio, recogidos en su frágil barca, tenían que hacer frente á un número inmenso de canoas, que por todas partes los embestian y acosaban. No obstante, á pesar de tantas incomodidades jamas interrumpió Orellana su viage,

hasta que al cabo de siete meses de camino con increíbles trabajos, llegó por último á la boca del río. Sin embargo, no acabaron aquí los peligros de su expedición, pues era necesario todavía que se aventurase al océano, á fin de arribar á alguna colonia Española. Mandó pues construir otro navío, por ser ya casi inservible el primero; con los dos se hizo al mar, y caminando á la ventura, despues de algunas semanas de una navegacion feliz, aportó á la isla de Cubagua, que podeis ver en el mapa primero, á corta distancia de la tierra firme. Desde allí vino á España, donde metió grande ruido con sus aventuras; porque aunque su viage por sí era asombroso, no se ciñó Orellana á publicar con sencillez y verdad sus circunstancias, sino que juzgando llamar mas la atencion, añadió muchas fábulas, que han merecido fe largo tiempo, y que solo á mediados del siglo pasado se reconociéron por tales.

CARLOTA. ¿Y qué es lo que contó?

EL PADRE. Contó que habia caminado por tierras donde el oro, los diamantes y demas piedras preciosas eran tan comunes como los guijarros en Europa: que arribó á un pais en que mandaban unas mugeres guerreras y valientes sin intervencion de hombres; de lo qual resultó la fábula del nuevo pais de las Amazonas, y la aplicacion de este nombre al Marañon que le riega, nombre que el rio y el pais conservan todavía. Quizá habreis oido hablar de aquellas pasmosas provincias, que se llamáron del Dorado, y que jamas han existido sino en la imaginacion de los codiciosos: el mismo Orellana con la primera de sus fábulas dió lugar á semejante quimera, que por el espacio de muchos años tuvo ocupada la credulidad de la gente.

ANTONIO. ¿Pero cómo se sabe ya positivamente que no hay esos dos paises?

EL PADRE. Por algunos viageros fidedignos, que en nuestros tiempos han corrido aquellas mismas tierras por

donde anduvo Orellana, sin hallar rastro ni de las Amazonas ni del Dorado.

LUISITO. ¿Y quiénes son esos viajeros?

EL PADRE. El mas célebre de todos es el famoso Condamine, de nacion Frances, hombre instruido é ilustrado, que solo por mera curiosidad, y para contribuir á los progresos de las ciencias, anduvo todo ese país de las Amazonas. La relacion de su viage, hecha, si no me engaño, á la Academia de las Ciencias de Paris, de que era individuo, está traducida al castellano. Despues de él cierta Madama Godin, llevada únicamente del amor de su marido, emprendió tan larga y penosa peregrinacion. Las aventuras de esta incomparable muger son tan extrañas, como dignas de admiracion, y propias para enternecer.

RELACION LII.

EL PADRE. Volvamos ahora, hijos, á Gonzalo Pizarro, á quien la traicion

de Orellana puso en la mayor consternacion. Esperaba encontrarle cerca de donde se juntan los dos rios, y conseguir por medio suyo algunos bastimentos, de que tenia suma necesidad, habiendo sido este el motivo principal de haberle enviado adelante. Pero figuraos qual seria su admiracion al ver que ni barco, ni soldados, ni víveres parecian. Sin embargo, lejos de sospechar ninguna maldad, se persuadió mas bien á que Orellana hubiese perecido, ó que quizá obligado á alejarse por algun accidente imprevisto, le estaria aguardando mas adelante. En esta confianza resolvió proseguir caminando por la orilla del rio abaxo hasta alcanzarle. No tardó mucho en salir de dudas, porque pocos dias despues encontró al buen Hernan Sanchez de Vargas, aquel fiel Estremeño, que, como oísteis ayer, prefirió su honra á la vida, el qual le dió entera razon de los intentos de Orellana. Semejante noticia fue para Gonzalo un golpe mortal; porque con ella se le puso delante

de los ojos su lamentable situacion, y la de toda su gente. Hambrientos y consumidos se hallaban en un pais inculto y desierto, sin víveres y sin recursos. Con la fuga de Orellana, el hambre y las fatigas, habian quedado reducidos á menos de la tercera parte, y el bagage habia corrido la misma suerte del navío; por lo qual no faltándoles ya sino desesperarse, tratáron de dar la vuelta para Quito.

Pero habiéndose alejado al pie de quatrocientas leguas, era muy verosímil que la mayor parte de ellos pereciese, si se exponia segunda vez á las incomodidades y trabajos que acababan de padecer. No obstante, como no habia otro partido que tomar, se acogieron á este. Y esperando mejorar de camino echáron por otro rumbo, donde sin mas guia que el sol diéron principio á su marcha, entrándose por tierras nuevas y desconocidas. ¿Quién creeria que aquella ruta habia de ser aun mas áspera y dificultosa que la que habian llevado antes? En

ella tuviéron tal falta de víveres, que ademas de comerse los pocos caballos que les habian quedado, y todos los perros, hubo ocasion en que se mantuviéron muchos dias sin comer mas que hojas de árboles, yerbas, insectos asquerosos, y hasta correas, y suelas de zapatos cocidas. Con la mucha agua del cielo y de la tierra se les pudrió quanta ropa llevaban, y viniéron á andar todos en cueros, cubriéndose por honestidad con hojas de árboles, de que hacian unos cintos, con que rodeaban el cuerpo; cuya incomodidad aumentaban los garranchos, las espinas, zarzas, y otras matas pünzantes que se crian en aquellas ásperas montañas, pues como tenian que abrir de continuo el camino á manos, parecia que iban desollados.

De resultas de tantas y tan crueles fatigas, que dudo pudiesen soportarlas hombres que no fuesen de bronce, muriéron mas de doscientos Castellanos, y los quatro mil Indios, con tal desventura, que á veces por no poder

andar, era forzoso desampararlos en aquellos desiertos, donde espiraban de cansancio y necesidad al pie de los árboles.

En esta conformidad proseguian lentamente los demas su trabajoso camino, hasta que por fin, quando á Dios plugo, llegaron á cien leguas de Quito en el estado mas deplorable, y tan negros, flacos y desfigurados, que unos á otros no se conocian. Quizá allí hubieran acabado de perecer, á no haber encontrado víveres y refrescos. Arrebatados de gozo al reconocer los límites de Quito, besáron la tierra, dando gracias á Dios, de que los hubiese librado de tantos peligros y males; y se arrojaban á la comida con tanta ansia, que para evitar funestas consecuencias fue necesario irles á la mano, tasándosela por algunos dias. Noticiosos de su llegada los de Quito, juntáron quantos bastimentos, vestidos y caballos pudiéron, y diputáron doce de los principales que les llevasen aquel socorro. Encontráronlos á trein-

ta leguas de la ciudad, donde los unos y los otros se recibieron con muchas lágrimas y regocijo, alegrándose los de Gonzalo Pizarro por haber librado la vida, porque nunca en las angustias pasadas lo imaginaron, y llorando de lástima y dolor los de la ciudad de ver quales iban, y de saber que de los que faltaban, unos habian perecido de hambre, y otros habian quedado desamparados por aquellas montañas.

Recibió Gonzalo Pizarro las dádivas y el regalo con el agradecimiento debido; mas viendo que no habia vestidos ni caballos para todos, rehusó servirse de ellos, por guardar igualdad con sus soldados. Imitaron su exemplo los demas Capitanes, y una mañana entraron todos de una misma manera, desnudos y á pies descalzos en Quito, yendo en derechura á la Iglesia á oír Misa, y á dar gracias al Todopoderoso de que los habia preservado de la muerte.

Es claro que esos desgraciados viajeros procurarian desquitarse de las

fatigas pasadas, entregándose al descanso, de que hacia tanto tiempo que carecian. Solo Gonzalo Pizarro no pudo gozar de este alivio, pues las nuevas que recibió al entrar en Quito, hicieron mas mélla en su constancia, que todos los males y desastres que acababa de padecer.

TEODORO. ¿Y qué nuevas tan infaustas fueron esas, que tanto le abatiéron?

EL PADRE. Venid conmigo á Lima, y presenciareis la tragedia terrible que se executó, durante su ausencia, y cuya catástrofe causó en él tanta sensación.

Ya os acordareis de que Almagro dexó un hijo, llamado tambien Diego, á quien en virtud de provision Real instituyó heredero de su gobierno. Este jóven tuvo la suerte de recibir en su niñez una educacion superior á la que comunmente se daba entonces, y cierto Juan de Rada, caballero de ingenio no vulgar, se esmeró en perfeccionarle. Era mozo de gallarda presen-

cia, diestro en todos los ejercicios caballerescos, y con muchos conocimientos, difíciles de reunir en aquel siglo. Tenia en la guerra el mismo ánimo y esfuerzo que su padre, y la misma prudencia y consejo en la paz; qualidades todas que prometian que algun dia se haria visible en el Perú, tierra fecunda en grandes sucesos.

Tanta disposicion no podia menos de traer inquieto á Francisco Pizarro, el qual estimulado de su ordinaria ambicion, y temiendo encontrar presto en el mozo Almagro un rival, que aunque no fuese mas que para vengar la muerte de su padre, le disputase su autoridad, formó la intencion de obscurecerle. Empezó con mandarle guardar en qualidad de preso; y luego quando tuvo por conveniente restituirle su libertad, lo hizo con la condicion de que no saliese de Lima, á fin de no perderle de vista, y con esta cautela atajar en su origen qualquiera trama.

¡Inútil precaucion! La casa del

mozo Almagro se convirtió presto en punto de reunion, donde se juntaban, no solo los amigos de su padre, que como habeis oido estaban peréciendo, sino todos los agraviados en general, que anhelando por encontrar un caudillo capaz de vengarlos, depositaban en él sus secretos, consultándole acerca de los medios de mejorar su suerte.

Por último, salió de aquellas conferencias, que era necesario sacudir el yugo, y acabar de una vez con el tirano que los oprimia; y pareciéndoles que la ausencia de sus dos hermanos les ofrecia la ocasion oportuna de realizar sus intentos, acordaron aprovecharla.

Las continuas juntas en casa de Almagro no tardaron en llamar la atencion de muchos del bando contrario, los quales, rezelando que no pudiesen encaminarse á buen fin, se lo avisaron al Gobernador, aconsejándole que tomase las providencias que exigia la gravedad del caso. Pero el Marques, que estaba acostumbrado á burlarse de

los peligros, no hizo aprecio del aviso, respondiendo, que no habia para que meterse con aquellos infelices, que harta desventura tenian con su miseria, y que ademas sus cabezas guardaban la suya.

Un dia dispusieron los conjurados que Juan de Rada fuese á ver al Marques, con el fin de escudriñar su ánimo, y le halló en un jardin, donde le dixo : que no sabia por que motivo queria mandarle quitar la vida á él y á sus compañeros. Juróle Pizarro, que jamas tuvo tal intencion; que antes le habian insinuado que ellos eran los que trataban de asesinarle, y que se proveian de armas para ello; á lo qual contestó Juan de Rada, diciéndole, que no era mucho, que pues él compraba lanzas, comprasen ellos corazas para defenderse; pero que para que saliese de aquella sospecha, permitiese á Diego de Almagro y á los suyos que se ausentasen de la ciudad. En ningun autor he hallado que Pizarro se lo otorgase, y los historiadores que he

consultado solo dicen, que dió fin á la plática, asegurándole de nuevo con palabras blandas y cariñosas, no ser su ánimo hacerles daño. Cogió luego unas naranjas, que entonces por ser las primeras se tenían en mucho, y se las regaló, diciéndole al oído, que viese de lo que necesitaba, que él le socorrería. Dióle Juan de Rada las gracias con gran rendimiento, y dexándole descuidado, se despidió, y se fue á su casa, donde al punto concertó con los suyos, que el domingo siguiente le matarian quando saliese á misa, ó bien en su posada, si sucediera que no saliese.

Llegó la víspera del dia señalado, sin que Pizarro aun hubiese concebido la menor desconfianza; pero en aquel mismo dia ocurrió una novedad, que debia haberle abierto los ojos, y pudo desbaratar el plan de sus contrarios, y arruinarlos, á no haber sido el Gobernador temerario en sumo grado. Arrepentido uno de los conjurados de haber entrado en la conspira-

cion, dió cuenta de lo que pasaba á un sacerdote, y este corrió inmediatamente á avisar al Gobernador, el qual aunque por el pronto quedó algo suspenso, recobrando luego su acostumbrada serenidad, respondió con gran sosiego: que no habia fundamento para creer que los de Almagro estuviesen en ánimo de cometer aquel atentado, porque habiendo visto pocos dias antes á Juan de Rada, no habia notado en sus expresiones ni en su semblante cosa que pudiese infundirle rezelos, y que así presumia que era suposicion de algun necesitado, que aspiraba á ganar por aquel medio alguna recompensa. Con esto despidió al sacerdote, y como si tal cosa hubiese sucedido se fue á la cama.

Sin embargo, con la soledad y el silencio de la noche entró en cuentas consigo mismo, y principió á conocer que podia muy bien ser cierto el peligro, y que la prudencia exígia que se guardase. Hacia tiempo que sus amigos le importunaban para que llevase

consigo gente de escolta; pero como ya se habia divulgado la ida del Juez Vaca de Castro, diferia el ponerlo por obra, á fin de que no entendiesen que lo hacia de miedo, ó con ánimo de resistirse á las órdenes del Rey; en cuya consideracion ciñó sus precauciones á no salir á la calle en todo el dia siguiente.

Y en vez de ir á oír misa á la Iglesia, como acostumbraba, la mandó celebrar en su propia casa, donde luego al medio dia recibió á varios de sus principales amigos, que solian acompañarle á comer. Siendo pues aquel el punto precisamente que los conjurados habian elegido para la execucion de su designio, porque no ignoraban que en aquellas horas de calor todos estaban descansando, salió Juan de Rada de la posada de Almagro con diez y ocho compañeros, quienes con las espadas desenvaynadas se encaminaron de tropel hácia la casa del Marques, diciendo á grandes voces: viva el Rey, y muera el tirano: expresion que de-

bia servir de señal á los demas conjurados que estaban esparcidos por la ciudad.

Con este alboroto entraron hasta el patio, sin que nadie reparase en ellos; pero oyendo entonces algunos criados de Pizarro aquel estrépito, corrieron precipitadamente á avisar á su amo. El Gobernador, que de sobre-mesa estaba conversando muy sosegado con su Alcalde mayor el Doctor Velazquez, el Capitan Francisco de Chaves, su hermano materno Francisco Martin de Alcántara, y otras doce ó trece personas de su confianza, se impuso al instante de lo que podia ser, y mandó á Francisco de Chaves que cerrase la puerta de la sala y del aposento, mientras él y los suyos se armaban para salir á la defensa. Chaves, entendiendo que sería alguna pendencia particular de soldados, y que bastaria su autoridad para apaciguarla, en lugar de hacer lo que le fue mandado, salió á ellos, y los halló que subian ya la escalera. Turbado de ver lo que no

pensabá, les preguntó, qué era lo que querian, y la única respuesta que recibió fue una estocada. Viéndose herido, echó mano al acero para defenderse; mas todos cargaron sobre él, y uno le dió tan fuerte cuchillada en el cuello, que, segun dice un historiadór, le llevó la cabeza á cercen, y el cuerpo fue rodando la escalera abaxo. Acudiéron al ruido los que estaban en la sala, y viendo muerto á Francisco de Chaves, volviéron huyendo, y se echáron vilmente por los balcones que salian al jardin. Con esto entráron los contrarios en la sala sin oposicion, y no hallando gente en ella, se dirigieron al aposento. Pizarro, sintiéndolos tan cerca, salió á medio armar, pues no tuvo tiempo de atarse las correas de la coraza; sacó embrazada una adarga, y con la espada en la mano se puso á la puerta con dos pages y su hermano. Los quatro estuviéron peleando valerosamente largo rato; mas como Francisco Martin de Alcántara no llevaba armas defensivas, le matáron luc-

go. Ocupó entonces su lugar uno de los pages, defendiendo los tres la puerta con tal denuedo, que los enemigos desconfiaban ya de poderla ganar; y temiendo que si durára mas el combate acudiría gente, y pudiera frustrárseles su intento, Juan de Rada, y otro arrebatáron en brazos á uno de los compañeros, llamado Narvaez, y le arrojáron la puerta adentro, para que el Gobernador se cebase en él, y entretanto pudiesen entrar los demas. Así sucedió, que el Marques recibió á Narvaez con una estocada y otras heridas, de que murió poco despues; pero con eso los conjurados tuvieron lugar de meterse, echándose unos sobre Pizarro, y otros sobre los pages, quienes murieron como valientes, dexando heridos á quatro de los contrarios. Entonces arremetiéron todos con el Marques, quien se defendió mucho tiempo, esgrimiendo la espada con tanta destreza, que hirió mortalmente á tres de los agresores; pero como eran tantos para uno solo, y su edad

pasaba ya de los sesenta y cinco años, se desalentó de manera, que uno de sus enemigos se le acercó, enderezándole una estocada á la garganta, de que cayó en el suelo, pidiendo confesion á grandes voces, y caido como estaba, hizo con la mano derecha una cruz, sobre la qual puso la boca, y besándola, dió el alma.

Los conjurados (de los quales quatro quedáron muertos y muchos heridos) así que viéron que ya el Gobernador no daba señales de vida, saliéron á la calle con las espadas todavía teñidas en sangre, gritando: viva el Rey; muerto es el tirano. Y habiéndoseles juntado mas de doscientos soldados de su partido, Juan de Rada mandó montar á caballo al mozo Almagro, y conduciéndole por la ciudad, en forma de triunfo, le hizo proclamar por único Gobernador de todo el Perú, permitiéndole despues, que su gente saqueara la casa del Marques, la de su hermano Francisco Martin de Alcántara, y las de algunos otros allegados suyos.

Así acabó el gran Francisco Pizarro, cuyo valor, intrepidez y constancia en las adversidades excitarán la admiración de la mas remota posteridad, al paso que los hombres de bien tendrán el sentimiento de hallarse precisados á reprobear su carácter ambicioso y disimulado. Pagó con este lamentable fin la muerte de Atahualpa, y la de su infeliz compañero Diego de Almagro, á quien por disposicion suya, ó á lo menos con su consentimiento, mandó quitar la vida su hermano Hernando. Unos negros lleváron el cadáver á la Iglesia, casi arrastrando, y nadie osaba enterrarle, hasta que un tal Juan de Barbaran, que habia sido criado suyo, pidió licencia para ello: Diego de Almagro, y conseguida, lo executó lo mejor que pudo, siendo tanta la priesa que se dió, que apenas tuvo lugar para vestirle el manto de la Orden de Santiago y las espuela segun el estilo de los caballeros, por que le avisáron que los amotinados iban á cortar la cabeza al cadáver pa

exponerla con oprobrio al público.

TODOS. ¡Qué lástima!

CARLOTA. ¡Pobre Pizarro!

EL PADRE. He de referiros ahora algunos rasgos de la vida privada de este célebre conquistador, á fin de que forméis una idea mas exácta de su carácter y sus calidades.

Uno de nuestros historiadores ha hecho una prolixa comparacion entre él y el Adelantado Diego de Almagro, y resulta que los dos se asemejaron de un modo extraordinario en nacimiento, crianza, costumbres, calidades, vida y muerte. Gozaba Francisco Pizarro de una complexión sana y robusta, y tan inagotables eran las fuerzas de su cuerpo como las de su espíritu. Por lo que toca á constancia y sufrimiento en los trabajos, vosotros mismos habeis visto mas de una vez, en el discurso de esta historia, en quanto grado poseia estas dos calidades. Teniendo la coraza puesta, ya se le figuraba que no habia quien le venciese, y no dudaba romper solo por

cien Indios de guerra, sin reparar si lo seguian sus soldados.

Ya notamos desde el principio que nadie cuidó de su educacion, ó por mejor decir, que se crió conemas grande abandono; de consiguiente, no solo estaba destituido de todos aquellos conocimientos, que en la vida civil aprovechan y adornan, sino que tambien ignoraba hasta lo que es vergonzoso que ignore todo hombre bien nacido. Sin embargo, llenaban en algun modo el hueco de estas faltas su aplicacion, paciencia, actividad y vigilancia. No sabia siquiera poner su nombre, y quando tenia que firmar algun despacho ó cosa semejante, hacia con la pluma dos señales, en medio de las quales su secretario escribia *Francisco Pizarro*.

Quizá á vista de este exemplo pudieran algunos jóvenes inadvertido concebir la ridícula esperanza de llegar á la cumbre de la fortuna, sin haber adquirido de antemano la instruccion de que carecia Pizarro; pero ¡ay

quánto se engañarian! Ya pasáron aquellos tiempos en que bastaba la intrepidez y el valor para que un soldado se aventajase á los demas. Ahora en todas las carreras hay otro órden. El militar que aspira á hacer fortuna, necesita señalarse de distinto modo que entonces. Es tanto lo que han variado las costumbres, y lo que se ha adelantado en las ciencias, que el hombre que años hace era capaz de desempeñar el cargo de General, en el dia apenas tendria los conocimientos necesarios para ser un mediano subalterno.

Pizarro era por naturaleza activo y de ánimo elevado; pero faltó que la mano cuidadosa de la educacion le perfeccionase; así discurría é intentaba siempre proyectos vastos y sublimes, y quanto mayores eran las dificultades que encontraba, tanto mas se empeñaba en superarlas. Sobre todo, parecia que la generosidad y grandeza de alma eran connaturales en él, á pesar de que la ambicion y el amor pro-

pio suspendiesen una que otra vez el curso ordinario de estas dos calidades, propias de su carácter. Algunas particularidades de su vida os lo manifestarán con mas claridad.

Supo un dia que á un soldado se le habia muerto el caballo , y pensando hallarle en el juego de pelota de su casa, baxó á él con un tejuelo de oro en el pecho, que pesaba diez libras, para dárselo. No encontrándole allí, ajustó un partido, y jugó sin aligerarse de ropa, porque no le viesen el oro , teniéndole oculto con suma incomodidad mas de tres horas, hasta que llegó el soldado. Llamóle entonces aparte, y entregándole el tejuelo, le dixo : mas quisiera haberos dado tres tantos mas, que sufrir el trabajo que me ha ocasionado vuestra tardanza.

En el modo de favorecer, usaba regularmente de mucha delicadeza, porque á todos ocultaba los beneficios que hacia, teniendo mas respeto á socorrer la necesidad que á ganar opinion.

Escuchad otro rasgo suyo, que merece referirse. Aconteció que al pasar un río en una de aquellas penosas marchas que solia emprender, la corriente se llevaba un Indio de su servicio. Pizarro se echó á nado tras él, y con peligro de ahogarse, pues era tal la furia del agua, que ninguno de su ejército, por mozo y valiente que fuera, hiciera otro tanto, le sacó asido de los cabellos; y desaprobando algunos de los Capitanes su demasiado arrojo, les respondió, que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.

Gustó siempre de vestir á la antigua, y su trage sencillo, que nunca varió, consistia en un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo, zapatos de venado blancos, sombrero tambien blanco, con espada y puñal á la antigua; y quando algunos dias de fiesta, por importunacion de sus amigos, se ponía una topa de martas, que de Nueva-España le envió Hernan Cortés, así que volvía de oír misa, la arrojaba de sí,

quedándose en cuerpo, con una especie de tohalla al cuello, de la qual se servia para limpiarse el sudor de la cara, porque lo mas del dia en tiempo de paz le empleaba en jugar á los bolos y á la pelota; á cuya diversion era tan aficionado, que á veces se ocupaba en ella todo un dia, sin reparar con quien jugaba, aunque fuese un simple soldado ó un marinero; y no solo no permitia que gastasen entonces con él las ceremonias debidas á su dignidad, sino que tampoco consentia que nadie le alzase la pelota del suelo, y si acaso alguno lo hacia, la tomaba para echarla lejos de sí, y volver por ella.

Cuentan que en una ocasion se puso á jugar á los bolos con un soldado, llamado Alonso Palomares, hombre alegre y de buen humor, y ó ya fuese por alguna pesadumbre oculta, ó ya porque era mucho lo que perdía, pues pasaba de ocho mil pesos, estuvo aquel dia de muy mala condicion, sin cesar de reñir por qualquiera pequeña dificultad que ocurría. Acabóse

el juego, y se pasáron bastantes dias sin que Pizarro tratase de pagar los ocho mil pesos, aunque el soldado le importunaba para ello, hasta que una vez, mostrándose enfadado de tantas instancias, le dixo: No me los pidais mas, porque no os los he de pagar; á lo qual respondió Palomares con gran prontitud: Pues si vuesa Señoría no me los habia de pagar, ¿por qué me reñía tanto quando los perdía? Cayóle en gracia al Gobernador la respuesta, y mandó que le pagasen luego.

Pero lo que mas distinguió á Francisco Pizarro fue el afecto y la veneracion que profesó siempre al Rey; en tales términos, que muchas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de la silla á alzar los pedacitos de oro y plata que arrojaba el cincel con que cortaban los quintos reales (de que ya teneis noticia), diciendo, que con la boca los recogeria, quando no pudiese de otra manera.

Estos son los rasgos mas notables, que para darnos á conocer las buenas

partes de su carácter, ha perpetuado la historia. Espero que servirán de contrapeso á sus defectos, la mayor parte fruto de la educacion que recibió. Téngale Dios en su descanso.

ANTONIO. ¿Y se acabó aquí?

EL PADRE. Ya murió el héroe principal de la tragedia; casi toda la América está descubierta y conquistada; ¿para qué pues detenernos mas tiempo en un teatro que solo ofrece catástrofes y guerras civiles, ajenas del asunto de mi historia?

HENRIQUE. Pero á lo menos, papá, haganos vmd. el favor, si lo tiene por conveniente, de decirnos en qué pararon los conjurados; qué dispuso Vaca de Castro, y qué fue de Almagro el mozo, y de Gonzalo Pizarro.

EL PADRE. He de satisfacer, hijos míos, vuestra curiosidad; pero es necesario que tengais paciencia hasta mañana.

HENRIQUE. Viva papá, viva.

EL PADRE. Hasta mañana pues.

TODOS. Hasta mañana.

RELACION LIII.

EL PADRE. **E**a, niños, vamos aprieta, que hoy es el último día que hablamos de las cosas de América, porque aunque yo me propuse concluir con la muerte de Francisco Pizarro, como lo hace el autor alemán, de donde he sacado el método de esta historia, ahora para complaceros os he de enterar del fin que tuvieron otros personajes, que en el discurso de ella han hecho un papel brillante. Y para ejecutarlo con mas acierto, os referiré la serie de los sucesos acaecidos desde el asesinato del Gobernador hasta la muerte de su hermano Gonzalo, al pie de la letra como los traen compendiosamente Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa en su citada relacion del viage hecho á la América meridional, quienes, prosiguiendo el resúmen histórico de los sucesos mas notables del Perú, se explican en estos términos.

„ Luego que los del partido de Almagro diéron muerte al Marques, aclamáron por Gobernador general á Diego de Almagro el mozo con gran estruendo y alboroto. El Cabildo de Lima le recibió mas por fuerza que por voluntad, y despachando el nuevo Gobernador al Cuzco y á las demas poblaciones la noticia de su exáltacion, para que le reconociesen, unas lo executáron, y otras lo resistiéron. De la del Cuzco se habia apoderado Peralvarez Holguin, y héchose declarar Capitan general, ínterin que por el Rey se nombraba Gobernador. Don Diego de Almagro luego que tuvo esta noticia, formó ejército para ir contra aquella ciudad; pero á pocas jornadas supo que habia llegado á Quito el Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, que iba por Juez pesquisidor de la muerte de D. Diego de Almagro el viejo, llevando tambien órden para que en caso de haber á su llegada muerto Francisco Pizarro, ó que muriese durante su comision, quedase por

Gobernador general de todo el Reyno, hasta que se tomase otra providencia. Todas aquellas provincias le diéron sin repugnarlo la obediencia; pero Almagro, que se hallaba con bastante gente á su devocion, y habia ya sido recibido en el Cuzco, se resolvió á disputarle el mando; y sabiendo que pasaba Vaca de Castro con buen número de gente en busca suya, le salió al encuentro con ejército que formó de la que le habia acudido.

„ Llegáron los dos ejércitos á la llanura de Chupas, que está cerca de Guamanga; y aunque Vaca de Castro convidó á Diego de Almagro con un perdon general para él y los suyos, si dexaba las armas, y se sometia á la obediencia, no tuvo lugar esta proposicion por la desconfianza que suscitaban los perturbadores de la paz, y así fue inevitable la batalla, que despues de mantenerse indecisa y con mucha mortandad de ambas partes, se declaró la victoria por el ejército del Rey, quedando aquel dia, que fue el 16 de

Setiembre de 1542, destruido el partido de los Almagros. Su caudillo se puso en fuga con muy pocos, favoreciéndole la obscuridad de la noche, y se encaminó hácia el Cuzco, quedando presos muchos que no murieron de los suyos.

„ No pocos de los que seguian el partido de Almagro se retiráron á Guamanga, donde fuéron aprehendidos y degollados, ó ahorcados los mas culpables; y pasando de allí Vaca de Castro al Cuzco, hizo executar lo propio con Almagro y con los pocos que le acompañáron y alli fuéron cogidos: de los quales hicieron fuga algunos, y no hallando sitio donde acogerse con seguridad, se retiráron á las montañas en donde habitaba Manco Inca. El qual los recibió con grandes muestras de afecto; y al cabo de algun tiempo, uno de ellos, llamado Gomez Perez, jugando con el Inca á los bolos, tuvo el atrevimiento, sobre cierta diferencia que se suscitó, de darle un golpe en la cabeza con la bola, de que

le mató ; lo qual fue motivo de que irritados los Indios á vista de tanta ingratitude, acabasen con Gomez Perez y todos sus compañeros.

„ Con los buenos sucesos y providencias expuestas quedó pacificado el Perú, y su Gobernador Vaca de Castro dispuso gratificar á los que habian servido en el ejército del Rey, dándoles repartimientos de tierras é Indios á unos, y mejorando á otros en los que tenian. Pero como no habia para igualarlos á todos, y por este motivo era forzoso quedasen muchos descontentos ; para que no tuviesen lugar de inquietarse, formó varias compañías, destinándolas á que fuesen á poblar, y á conquistar otras provincias de aquel Imperio ; con lo qual quedó seguro de que hubiese nuevos motivos de sublevacion, y continuó su gobierno con gran paz, quietud y acierto, dedicado á establecer el régimen que se habia de guardar entre Españoles é Indios ; en disponer las leyes que á favor de todos se habian de prac-

ticar ; y principalmente puso su mayor aplicacion y cuidado en que se doctrinasen los Indios, y se les instruyese en lo necesario para que se hiciesen cristianos, y viviesen en la católica religion. Estas providencias, acompañadas de su gran capacidad, madurez y suavidad, le hicieron amable en aquellos paises, y tuviéron en tranquila seguridad las gentes de ellos, hasta que con nuevos asuntos se volviéron á formar otras parcialidades, y á encender las guerras civiles, con las quales continuáron los rigores, las tiranías, los desastres y las lástimas en que estuvo anegado aquel Imperio por largo tiempo ; y empezáron á experimentarse desde que llegó á sucederle Blasco Nuñez Vela, el qual mostrándose poco satisfecho de la conducta del Licenciado Vaca de Castro, por creerle partícipe en las revoluciones contra su gobierno, le hizo prender, en cuyo estado se mantuvo, hasta que yendo á Lima Gonzalo Pizarro con la pretension de ser admitido por Gobernador

general, no habiendo querido Vaca de Castro dar para ello su dictámen, estuvo á riesgo de la vida, de que escapó huyendo con el navío en que Blasco Nuñez Vela le tenia preso, y fue á Panamá, de donde vino á España; y despues de haber estado acá tambien preso, justificada su conducta, fue restituido á sus honores y libertad.

FEDERICO. ¿Qué fue lo que dió motivo á las otras guerras civiles?

EL PADRE. Voy á decíroslo. „ Por el año de 1542 se habian hecho en España ciertas ordenanzas para el mejor gobierno y régimen de las Indias, libertad y buen tratamiento de los Indios, y para su execucion se despacháron varias personas de autoridad y talentos que velasen sobre su cumplimiento. Ésto no parecia á todos de igual conveniencia, porque conteniéndose en algunos de sus capítulos, que no pasasen á los hijos los repartimientos de los conquistadores, y que se les quitasen los que tenian á los que hubiesen intervenido en las pasadas re-

voluciones, se hallaba el inconveniente de que quedase sin recompensa el mérito tan singular de aquellos héroes, y expuestas sus familias á la necesidad y al desamparo, y aun se temia que esto fuese causa de nuevos alborotos é inquietudes.

„ Con el fin de que se pusiesen en planta estas ordenanzas, fue provisto Blasco Nuñez Vela, natural de Avila, por Virey, Gobernador y Presidente, erigiéndose entonces esta dignidad en aquel Imperio, como tambien la Audiencia en la Ciudad de los Reyes ó Lima, compuesta de quatro Oidores y el Virey. Blasco Nuñez era hombre de una condicion fuerte, inflexible y severa, tal que sin reflexionar los casos, ni medir las circunstancias, ponía en execucion sus resoluciones, no dando lugar á súplicas, no admitiendo representaciones, no considerando daños ni perjuicios, ni premeditando las tristes conseqüencias que traen consigo las disposiciones absolutas, quando se ponen en práctica sin

observar primero la coyuntura para que tengan buen efecto. Con esta falta de consideracion, luego que llegó al Perú, sin atender á otra cosa que el pronto establecimiento de las ordenanzas, fue entablando su observancia en todos los parages por donde pasaba, y causando con ellas no poco alboroto é inquietudes, tanto que llegaron muchas ciudades á dudar el darle la obediencia, ni admitirle por Virey. Pero esta idea se desvaneció con el maduro consejo de los hombres prudentes, y con la constante resolucion de Vaca de Castro de entregarle el gobierno, luego que llegase á Lima, como lo hizo. Toda esta puntualidad, y la lealtad con que siempre procedió durante su gobierno, no fuéron bastantes á librarle de que Blasco Nuñez le pusiese preso, segun ya os he dicho, sospechando tenia parte en los alborotos y discordias suscitadas con motivo de las ordenanzas.

» Entró en Lima el Virey Blasco Nuñez Vela el año de 1544; y aun-

que fue recibido con grande ostentacion, entablándose en su persona las primeras ceremonias de esta dignidad, á poco tiempo empezáron los ánimos á manifestar la displicencia de su llegada, descubriendo en lo público la que les causaba el nuevo reglamento que iba á executar, y que quanto era favorable á los Indios, tenia de perjudicial á los Españoles; pues pendiendo las riquezas de estos de los repartimientos, cesando ellos, era preciso les faltasen aquellas. De aquí provino la conmocion universal de aquel grande Imperio, porque divulgándose en todas partes la constante resolucion del Virey en sostener su observancia, y rezelando que sus ofertas de dar lugar á que se suplicase de ellas, era para mas asegurarlos, y promoverlas, quando no pudiesen hacerle resistencia, pasó Gonzalo Pizarro al Cuzco, y allí se hizo declarar Procurador general y Justicia mayor de aquel Reyno, para interponer la suplicacion de las mismas ordenanzas; y agregándosele gen-

te de todas partes, formó ejército, con pretexto de baxar á Lima con mas seguridad de su persona á fomentar la comision que llevaba puesta á su cargo. Baxo de este colorido salió del Cuzco, acompañado de quinientos Españoles, y mas de veinte mil Indios con artillería, y muchas municiones de guerra y boca, dirigiendo su camino á aquella capital.

„ A la displicencia con que todos se hallaban del Virey por su desabrido natural y aspereza, se agregó el acaecimiento de haber dado muerte á puñaladas él y los de su familia al factor de Lima Illan Suarez de Carvajal, por rezelo de que era del bando de los malcontentos, con cuya atropellada accion acabó de alborotarse aquella ciudad, y de inclinarse los mas al partido de Pizarro, que caminaba hácia ella, mas para disputarle el mando al Virey, y hacerle salir del Reyno, que con el fin de executar pacífica y sumisamente la comision de que las ciudades le habian encargado. Sabido esto

por el Virey, determinó fortalecerse en Lima, porque no tenia gente ni provisiones suficientes para salirle al encuentro ; mas considerando no ser bastante la que estaba á su obediencia para resistirle allí, se reduxo á retirarse por mar, y llevar consigo la Audiencia á Truxillo. A cuya determinacion se opusieron los Oidores, que ya estaban disgustados con él, y tenian inteligencias secretas con Pizarro. Esta última discordia llegó con facilidad á tanto extremo , que los Oidores pusieron preso á Blasco Nuñez con el fin de enviarle á España, persuadidos á que con su ausencia se sosegarían los tumultos , se tranquilizarían los ánimos, y quedarían deshechos los bandos, que tenian en una continua inquietud á todos los Españoles. Embarcáronle en un navío, y se le entregáron al Oidor Alvarez para que le conduxese. Este Oidor, que era uno de los que habian promovido la prision del Virey, luego que el navio se hizo á la vela, le puso en libertad, y some-

tiéndosele, le dexó el mando, pidiéndole perdon del desacato que contra él habia cometido. El Virey se encaminó á Tumbes, y desembarcando allí, empezó á juntar gente con que ir á oponerse á los designios de Pizarro.

„ Luego que el Virey partió de Lima, se acercó Gonzalo Pizarro con su ejército, que se habia acrecentado mucho con los que descontentos de los rigurosos procedimientos del Virey, ó temerosos de las fuerzas de Pizarro se le habian juntado: así obligó á la Audiencia y al Cabildo á que le admitiesen por Gobernador general de aquellos Reynos, y se recibió en aquel empleo, pretendiendo tener derecho á él, por haberle nombrado su hermano el Marques en su testamento, en virtud de facultad que para ello tenia, y se comprehendia en la concesion de su gobierno. El Virey no pudo detenerse mucho en Tumbes, temeroso de la gente que por mar podia enviar Pizarro, estando ya apoderado de la armada; y así se retiró á Quito, donde

fue bien recibido; y habiendo juntado hasta doscientos hombres de armas, determinó baxar con ellos á S. Miguel de Piura, para haber de aumentar sus fuerzas en aquel parage con la gente que continuamente entraba en el Perú, y habia de hacer su paso por allí forzosamente, como lo consiguió, llegando á juntar en tiempo muy corto hasta quinientos hombres. Conociendo Pizarro que si dexaba sosegar á Blascó Nuñez en Piura, se podria hacer mas poderoso, y desvanecerle sus intentos, procuró cortar este embarazo, saliéndole al encuentro con su gente, y pasar á sorprehenderle.

„ Con este fin se embarcó en el Callao, llevando consigo mas de seiscientos hombres de infantería y caballos: desembarcó en Santa, y luego caminó hácia S. Miguel de Piura; pero reconociendo el Virey ser las fuerzas de Pizarro mayores que las suyas, no le pareció esperarle, y se retiró con su gente hácia Quito, por no exponerse al riesgo de una batalla con tanta pro-

babilidad de perderla. Pizarro le siguió con su ejército; y á tal inmediatecion, que picando su retaguardia, y apoderándose de mucha parte del bagage, le obligó con las aceleradas marchas, y la tribulacion regular en iguales casos, á que rendida de la fatiga se fuese quedando por el camino la mas de su gente; la que iba recogiendo Pizarro, y despachando á las ciudades, ó dando muerte á aquellos de quienes tenia algun sentimiento. Llegó á Quito el Virey, pasó á Pasto, y de allí le fue preciso continuar á Popayan; y viendo Pizarro que ya estaba fuera de los términos del Perú, despues de haberle seguido veinte leguas mas adelante de Pasto, se volvió á Quito, disponiendo de allí que su armada pasase á Panamá, para estorbar que Blasco Nuñez recogiese en ella alguna gente por medio de los Capitanes que le habian quedado, y pudiese reforzarse. Llegada la armada á aquella ensenada desembarcáron doscientos hombres de ella. Viendo los de Panamá este arma-

mento, que se componia de once á catorce velas, y sabiendo las revoluciones del Perú, y que la gente desembarcaba como si intentase entrar en la plaza, se puso en arma para defenderla; y estando en punto de darse batalla, se interpusieron personas religiosas, y obtuviéron que se capitulara de una y otra parte, y se dexasen las armas. Pedro de Hinojosa, que era el que por Pizarro mandaba la armada, entró en Panamá con treinta hombres, segun se habia capitulado, y deshizo el partido que Blasco Nuñez tenia formado por medio de dos Capitanes suyos, enviados alli para que le recogiesen gente de la que llegase de España: atraxo con su agrado cerca de doscientos hombres que tenian ya reclutados; y despues que los dos Capitanes se volvieron á juntar con el Virrey, partió él con la armada, llevando esta gente al Perú.

., Interin que en Quito y Panamá pasaba lo que se acaba de referir, no eran menos en la Ciudad de la Plata las

revoluciones, porque armándose en ella con Diego Centeno algunos del vecindario contra Francisco de Almen-
dras, Teniente de Pizarro, le diéron muerte por justicia, ocasionándolo el haber injustamente mandado dar garrote á Gomez de Luna, uno de los principales vecinos. Diego Centeno juntó alguna gente para mantener el partido del Rey, y resistir á las órdenes de Pizarro; pero sabida esta resolución por uno de sus Tenientes que estaba en el Cuzco, levantó gente contra ellos, que no se atrevieron á esperarle. Pizarro despachó á su General Francisco de Carvajal para que los reduxese á su obediencia; pero no le fue fácil executarlo con los principales, porque estos excusáron llegar al combate, ó ponerse en parage de ser presos; y como en este Capitan fuesen vicios característicos la avaricia y el rigor, practicó grandes crueldades con los que encontraba, fatigados del huir, y que quedaban rendidos al cansancio en los caminos.

„El Virey, que se mantenía en Popayan interin que Pizarro en Quito, procuraba juntar gente con que volver al Perú; y teniendo ya la que le pareció bastante para dar principio á la empresa, se encaminó hácia Quito, con tanta mayor seguridad, quanto creia que Pizarro se alejaba de esta provincia; pero como este á la tercera ó quarta jornada, fingiéndose enfermo, detuviese su marcha con la noticia de la vuelta del Virey, salió determinado á buscarle presentándole la batalla con setecientos hombres que tenia. A mediados de Enero llegó el Virey al llano de Iña-Quito, donde ya se hallaba Pizarro; y no obstante ser en mucho mayor número la gente de este que la de Blasco Nuñez, no siendo ya tiempo de tomar otra determinacion, le fue preciso admitir la batalla, y se dió con tal desgracia por parte de los leales, que vencido el ejército Real, despues de haber combatido largamente con sobrado valor, fue muerto el mismo Virey, y mu-

chos de los principales que le seguian, saliendo otros mal heridos, y escapando dificultosamente de la saña y crueldad de los enemigos; los quales á sangre fria, despues de la victoria, no perdonaban á aquellos con quienes tenían sus particulares motivos de enemistad, siendo uno de los que experimentáron esta suerte el mismo Virey, muerto á manos de un esclavo de órden del Licenciado Benito Suarez de Carvajal, en venganza de la muerte dada á su hermano el Factor Illan Suarez.

„Con esta victoria quedó Gonzalo Pizarro sin contradiccion por Gobernador general de todos aquellos Reynos: luego pasó á Truxillo, y de allí á los Reyes, en donde estableció su asiento. Hizo su entrada muy ostentosa, y despues comenzó á entender en las materias de gobierno, y en dar las disposiciones de conservarse en la autoridad en que se hallaba y se habia adquirido, enviando para ello sus Procuradores á Castilla, que die-

sen razon de su conducta, y solicita-
sen la confirmacion, o el perdon de lo
executado. Entre otras providencias
dió la de que se observasen y cumpli-
esen algunos capítulos de las ordenan-
zas; y aunque le importunáron algu-
nos de los suyos, y mas que todos
Francisco de Carvajal, para que se le-
vantase por Rey, el respeto y vene-
racion á su Soberano, ó lo feo de tan
descubierta accion, le sirviéron de fre-
no para no condescender con sus ins-
tancias; aunque por ello padeciese,
como con efecto se la atribuyen, la no-
ta de indiscreto y de poca resolucion.

„ Las muertes que con motivo de
esta rebelion se causáron, fuéron innu-
merables: cada partido las executaba
no solo en aquellos que se pasaban al
contrario, sino en los propios, quan-
do con algun leve indicio ó presun-
cion creia que se le faltaba á la fe: ca-
da uno trataba á los de la otra parcia-
lidad como traidores, y el bando de
Pizarro no se decia menos leal que el
del Virey; así causa compasion el ver

la gente que con inhumana crueldad pereció, fuera de la que dexaba la vida en los varios reencuentros y batallas que continuamente se ofrecieron.”

MATIAS. ¡Qué dolor!

NICOLAS. ¿Con que á Pizarro ya no hay quien le quite de Gobernador del Perú?

EL PADRE. Escuchad, y lo vereis. Llegadas á España y al Emperador, que se hallaba en Alemania, las noticias de los grandes alborotos sobrevenidos en el Perú, fue nombrado á consulta del Consejo por Presidente de la Audiencia de Lima, y Gobernador del Perú el Licenciado Pedro de la Gasca, natural de Navarregadilla en el Obispado de Avila, Colegial que habia sido en el viejo de San Bartolomé de Salamanca, y entonces de la suprema y general Inquisicion, para que pasase á sosegar aquellos reynos, y pacificar á sus moradores. A este fin se le concedieron amplios poderes para hacer y disponer todo lo que tuviese por conveniente al servicio de S. M.;

y firmados todos los despachos por el Emperador, salió de España, y llegó á Panamá, en donde fue su primera diligencia, despues de irse grangeando con la afabilidad del trato los Capitanes de Pizarro que se hallaban en aquellas partes de Tierrafirme, el enviar á Lima á Pedro Fernandez Panyagua, dirigiendo con él á Pizarro una carta del Emperador, que acompañó con noticia de los despachos que llevaba, y del poder general que se le habia conferido para perdonar en todos los delitos pasados, y remunerar los méritos de los que se habian señalado en la conquista de aquel Imperio, distribuyéndoles nuevos honores. Luego que Pizarro tuvo la noticia de haber llegado á Panamá el Presidente, hizo junta de sus confidentes, á saber, el Licenciado Cepeda, que era uno y el mas antiguo Oidor de los que habian sido contrarios al Virey, el Licenciado Benito Suarez de Carvajal y otros, en la que despues de varios debates, se hubo por fin de seguir el dictámen de

Pizarro , apoyado de su ambicion , y sostenido del Licenciado Cepeda , que fue el de no dexar entrarse en el Perú el Presidente. Algunos añaden que Francisco de Carvajal , con la libertad militar de que usaba , le dió á entender en esta ú otra ocasion lo favorable de las provisiones que traia el Licenciado Gasca , y que pues todos los delitos pasados se indultaban , y las ordenanzas que habian dado motivo á tomar las armas , quedaban abolidas , era de sentir se recibiese al Licenciado Gasca con todo agrado , ostentacion y magnificencia , y si posible fuese empedrándole el camino con tejos de oro y plata , á que era acreedor quien les llevaba cosas tan favorables. Pero como ya en Pizarro estaba arraigada la dulzura del mando , y fuese difícil que se despojase de una autoridad que le parecia poder conservar , despreció aquel dictámen tan cuerdo y conveniente á la quietud y bien estar de todos , con que él mismo hubiera conservado su honor y reputacion , excu-

sado tanta efusion de sangre como por su causa se hizo, y no dexado tan mal vista con la infamia su memoria. Confirmado pues en su dictámen en otras juntas, despachó á Panyagua con la respuesta al Presidente de lo deliberado en ellas.

„ La armada de Pizarro se hallaba en Panamá, quando el Presidente Gasca llegó allí, y era su General Pedro de Hinojosa, con el qual trabó mucha amistad el Presidente; y habiéndole hecho saber las órdenes que llevaba del Emperador, y entre ellas las del perdon general para todos, y la suspension de las ordenanzas, Hinojosa, de comun consentimiento con sus Capitanes, no tuvo dificultad en entregarle la armada, y someterse desde luego á su autoridad, reconociéndole por legítimo Gobernador de aquel Imperio. El Presidente le estimó mucho esta demostracion de fidelidad, y los confirmó á todos en sus mismos empleos en nombre del Emperador. Con este accidente tan favorable ordenó

que saliesen quatro de aquellos navíos para la costa del Perú, á fin de esparcir en él las noticias del perdón general y de la anulacion de las ordenanzas, por medio de cartas que escribió á los Gobernadores y gente principal del país. Los Capitanes practicáron estas comisiones con tanto acierto, que en poco tiempo se hizo público su contenido en todo el reyno, y empezáron las Ciudades, Gobernadores y Capitanes á declararse á favor del Presidente. Sabida por este la buena disposicion en que estaban los ánimos de aquellos naturales, salió de Panamá, y llegó á Tumbes, en cuyo parage se le juntáron hasta quinientos hombres, con los quales pasó hasta Truxillo, y con la noticia de que todas las Provincias de la sierra se habian declarado á su favor, despachó orden para que se juntase la gente de guerra que hubiese en ellas, y que fuese á unírsele en la provincia de Xauxa, á la qual pasó despues con los que le acompañaban.

„ Luego que Pizarro conoció que no se hallaba el Presidente con ánimo de retroceder, hizo leva de gente para oponérsele, y juntó hasta mil hombres, los quales iban por lo general tan contra su voluntad, que arrostrando á los riesgos del castigo amenazado en la fuga, no la excusaban en primer lugar los principales. Este rezelo obligó á Pizarro á dexar á Lima, y creyendo que con la distancia se quitaría la oportunidad de la desercion, se fue retirando hácia Arequipa, mas sin lograr el intento, pues todo su ejército quedó en breve reducido á solos trescientos hombres; y aunque se le habia juntado en Arequipa Juan de Acosta, Capitan muy confidente suyo, con poco mas de cien hombres que le habian quedado, no eran todos bastantes á contrarestar las fuerzas del Presidente, que tenia ya un crecido ejército, formado de lá mucha gente que de todas partes le habia acudido; y así hubo de preferir por entonces el designio de retirarse á Chile, o por las

asperezas de los Andes á los descubrimientos del Rio de la Plata.

Antes que se ausentase de Lima Gonzalo Pizarro , el Licenciado Cepeda para animar mas á los de aquel partido , juntó á todos los juristas que habia en aquella ciudad , y formó un proceso criminal contra Gasca y contra todos los que se habian declarado por él , sentenciándolos á muerte y á ser arrastrados por traidores.

Siguiendo su marcha Pizarro , supo que Diego Centeno (el qual habia padecido grandes riesgos por mantener la voz del Rey desde las revoluciones suscitadas en tiempo del Virey Blasco Nuñez Vela) habia juntado un ejército de mil y doscientos hombres , bien armados , de las ciudades del Cuzco , Arequipa y la Plata , y que con ellos intentaba cortarle el paso de la laguna Titicaca , que era forzoso para el intento de Pizarro , á cuyo fin y para la seguridad de su logro , habia hecho quemar el puente que estaba en el desaguadero de aquella laguna , y ca-

minaba á encontrarle. Pizarro no dexó de hallarse confuso, considerando que sus fuerzas eran muy inferiores á las del contrario; y por esto dispuso tantee el ánimo de Centeno, por si lo podia atraer á su partido, ó descuidarle ínterin se le juntaba mas gente, ó se le pasaban algunos del campo opuesto. Pero no habiendo logrado nada de lo que deseaba, determinó continuar su marcha con la firme resolucion de no desfallecer en la empresa. El dia 20 de Octubre de 1547 llegaron á darse la batalla los dos exércitos en el llano nombrado Guarina, y en ella quedó Pizarro victorioso, por las buenas máximas de su Maestre de Campo Carvajal, siendo así que todo su campo solo era de quatrocientos ochenta y siete hombres, y el contrario pasaba de nuevecientos. De este murieron trescientos cinquenta: salieron muchos heridos y prisioneros, y del de Pizarro fuéron los muertos menos de ciento, la mayor parte de caballeria. Con la gloria y aliento de esta

victoria mudó Pizarro de pensamientos, abandonando del todo los que tenia antes de la retirada, y envió sus Capitanes al Cuzco, Arequipa y la Plata; para que recogiesen el dinero y provisiones que hallasen, y diesen disposicion para mantener á su devocion aquellas ciudades. Pasados algunos dias de la batalla, se volvió á poner en marcha, y entró en el Cuzco en forma de triunfo con grandes aparatos, pompa y magestad, porque de su órden se habia prevenido aquella Ciudad para las ceremonias de este acto.

„ El Presidente Gasca recibió esta noticia no con pequeño sentimiento á tiempo que entre los suyos se pensaba en deshacer el ejército que tenia allí, por considerarse bastante el de Centeno para rendir á Pizarro; pero viendo la necesidad de acudir con nuevo ejército á estorbar los progresos del enemigo, dispuso lo necesario, y dada la órden para la salida, se executó esta, llevando quatrocientos caballos, setecientos arcabuceros y quinientos pi-

queros; y dirigiéndose á la provincia de Andaguaylas, hizo alto en ella, hasta que pasado lo riguroso del invierno y de las nieves, despues de habersele incorporado Sebastian de Belalcazar, Diego Centeno, Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile, y otros con sus gentes, continuó el camino hácia el Cuzco, llegó al rio Apurimac; y como su paso era tan dificultoso, que con pocos que le hubieran defendido, habrian salido inútiles los esfuerzos de todo el ejército, fue forzoso hacer un puente. Para deslumbrar á Pizarro en órden al sitio donde se habia de echar, mandó disponer quatro en distintos parages, cuya cautela no bastó, porque los Indios diéron el aviso de que el Presidente iba á pasar por el que se estaba haciendo en Cotabamba. Los corredores de Pizarro, y con ellos algunos Indios, lograron poner fuego á varios materiales del puente, y despues hicieron sus soldados algunas tentativas para embarazar su conclusion; pero el destino con que ya caminaban

las cosas de este Capitan á su ruina, hizo faltase en sus providencias aquella actividad que requieren los lances de la guerra, y así ó fuéron pocas ó tarde; y apoderados ya los Reales de la contraria orilla, y de la cuesta que sigue, pudieron sin contraste vencer aquel embarazo.

» Habiendo pasado todo el ejército este peligroso tránsito, se puso en marcha para el Cuzco á pequeñas jornadas; y con el aviso de ello determinó Pizarro salir á recibirle al llano de Xaquixaguana, que dista de aquella ciudad quatro leguas. Carvajal era de sentir que no se arriesgase todo al lance de una batalla, porque conocia no les convenia: Pizarro no quiso conformarse con su dictámen, fiado en las vanas esperanzas, que él y muchos de los suyos habian concebido con la felicidad de la funcion de Guarina, y resuelto á executar lo que le dictaba su opinion, salió del Cuzco con mas de nuevecientos buenos soldados, y llegó al mismo llano de Xaquixaguana, don-

de se diéron vista los dos exércitos, y se pusieron en órden de batalla, para darla la mañana siguiente de madrugada. En esta disposicion, como los que componian el de Pizarro estaban ya totalmente disgustados con él, cansados de sus crueldades, y deseosos de hallar ocasion de desampararle, no bien se habia dado principio á las primeras escaramuzas entre uno y otro campo, quando principiáron á pasarse al exército Real los primeros caudillos y soldados, entre los quales fue uno el Licenciado Cepeda, que dexando su profesion de la Jurisprudencia habia seguido hasta allí el partido de las armas por fomentar con ellas y su exemplo el de Pizarro y el de su ambicion, cebada en la gran parte que le tocaba del gobierno. Al exemplar de los primeros fuéron siguiendo en la desercion los demas soldados, luego que á cada uno se le proporcionaba la ocasion, de modo que en muy cortas horas eran bien pocos los que se mantenian con Pizarro; los quales viéndose

ya impõsibilitados de hacer contrareñto, unos tomáron la fuga, y otros rindiéron las armas, y pasándose al ejército contrario, dexáron solo á Pizarro con algunos pocos Capitanes, que luego fuéron hechos prisioneros. El mismo Pizarro hay quien diga que al verse ya sin otro recurso que el de huir, ó entregarse, escogió este último partido, acaso juzgando merecer alguna compasion. Fue presentado al Presidente Gasca, quien despues de algunas pocas palabras, le mandó retirar y poner á buen recaudo, irritado con lo soberbio de las respuestas que le dió Pizarro. Carvajal se puso en huida; pero fue alcanzado, y apenas á costa de algunas diligencias pudo ser preservado de la ira de los soldados, que deseando satisfacerse en él de las crueldades que habia executado, quisiéron darle la muerte en el camino, siendo preciso contenerlos sus Capitanes, y hacer se contentasen con los baldones é injurias con que le motejaban. Apriõnãronse otros muchos que huian, y

de este modo quedó todo concluido el dia 9 de Abril de 1548 á las diez de la mañana. En toda esta funcion solo murieron de diez á doce del partido de Pizarro , y del ejército del Presidente uno solo; circunstancia no fácil de verificar en muchos de semejantes reencuentros, y que no se podia esperar de las grandes precauciones que le antecedieron.

„ Al siguiente dia fuéron ajusticiados en el mismo campo Gonzalo Pizarro, Francisco Carvajal y algunos otros de sus Capitanes. A Pizarro le degolláron, teniendo entonces de edad quarenta y dos años no cumplidos , y Carvajal fue ahorcado, siendo ya de ochenta y quatro. Las casas que Pizarro tenia en el Cuzco y en los Reyes se mandáron demoler y sembrar de sal, y que en el sitio que ocupaban, se pudiesen unos pilares, ó columnas de mármol, con letreros que indicasen haber sido del traidor Gonzalo Pizarro, para que quedase perpetuada la memoria de la pena y del delito.”

Con su muerte quedó pacificado el Perú; y aunque algunos años despues hubo todavía alguna sublevación particular, fuéron todas de poco momento y corta trascendencia.

Este fin tuvo el último de los cinco hermanos Pizarros, siendo cosa muy extraña que todos acabasen tan desastradamente, bien que en esta conquista fuéron muy pocos los que murieron de muerte natural.

TEODORO. ¿Con que ya se acabó?

EL PADRE. A lo menos por lo que toca al América, pues estais impuestos en los sucesos mas notables de su descubrimiento y conquista. ¡Quiera el Cielo, hijos míos, que todo lo que habeis oido os sirva de alguna instrucción, y que los grandes hechos de Colón, Cortés y Pizarro os estimulen á imitar sus virtudes, al paso que la pintura de sus defectos os haga evitarlos!

ADVERTENCIA.

*En el tomo primero, página 335,
línea 23, donde dice notable que hu-
bo lugar, lease notable que acaeció.*



Tomo. 3.^o
CARTA ESFERICA
DE LA AMERICA
MERIDIONAL,
Para inteliq. de la Obra
 intitulada:
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DE LA AMERICA,
Construida segun las Cartas
ultimamente publicadas
por la Direccion de Hidrografia.
 Año de 1802.

L. Grande

Escala general de 20 leguas en grado

Longitud Occidental de Cadiz

